

**Gordon R. Dickson**

# **EL DORSAI PERDIDO**

**Cielo Dorsai VI**



**FUTUROPOLIS**

*se*

**Lectulandia**

Como un hombre atrapado en un sueño, alargó la mano y desactivó al último centinela, «el perro guardián», el robot que orbitaba más cerca del Puesto. En una exhalación desapareció el primer fortín, mientras el enemigo avanzaba, indemne, hacia la última línea de números «veinte», a cincuenta mil kilómetros, con la pantalla defensiva a sólo diez mil kilómetros por detrás. Sin vacilar, sus manos recorrieron el teclado y sus «veinte» se lanzaron hacia delante, intentando contactar con el enemigo en una zona lo más alejada posible de la pantalla. Cuarenta minutos más tarde, tres naves alienígenas se adentraron en una zona desguarnecida, donde dos de sus defensas, los números «cuarenta» y todos los «treinta» ya no estaban. Y las naves se hallaban apenas a mil quinientos kilómetros de la pantalla protectora.

**Lectulandia**

Gordon R. Dickson

# **El dorsai perdido**

**Futurópolis 26: Ciclo Dorsai - 6**

ePub r1.0

XcUiDi 18.05.18

Título original: *Lost dorsai*

Gordon R. Dickson, 1980

Traducción: Elías Sarhan

Editor digital: XcUiDi

Digitalización y OCR: Grupo de digitalización de exvagos

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

### Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny

(1970).

5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).
12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphane Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).
32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).

38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

## El dorsai perdido

Soy Corunna El Man.

Por fin pude hacer aterrizar la pequeña nave mensajera en el espaciopuerto de la Ciudad de Nahar, en Ceta, ese mundo grande que gira alrededor de Tau Ceti. Había logrado realizar el trayecto desde Dorsai en seis cambios de fase para transportar hasta la fortaleza de Gebel Nahar a nuestra Amanda Morgan... aquélla a quien llaman la Segunda Amanda Morgan.

Tengo un rango demasiado alto como para realizar tareas de piloto de una nave mensajera. Sin embargo, durante esa época me encontraba de permiso en casa. Las naves mensajeras propiedad de los Cantones Dorsai son demasiado caras como para arriesgarlas con ligereza; pero, la situación requería la presencia de un experto en contratos en Nahar de forma más rápida de lo que nadie podía llegar hasta allí con plena seguridad. Me pidieron que me encargara del problema, y yo lo había resuelto alargando al límite las posibilidades de cada cambio de fase al viajar hasta aquí.

Los riesgos que corrí no parecieron molestar a Amanda. Ello no resultaba sorprendente, ya que ella era una Dorsai. Sin embargo, tampoco me habló mucho durante el trayecto; y eso era algo que, conmigo, resultaba, ciertamente, inusual.

Ya que todo había sido diferente para mí después de lo de Baunpore. En la masacre que siguió al asedio, cuando finalmente los freilandeses del norte se apoderaron de la ciudad, me cortaron el rostro por simple venganza; y mataron a Else, por el único motivo de que se trataba de mi esposa. De ella no quedó nada más que un gas incandescente, que se disipó por todo el universo; y como no existía la esperanza de una tumba, nada que me hiciera regresar allí, ni sitio alguno en el que pudiera ser recordada, yo me negué a la cirugía entonces, y elegí llevar mis cicatrices como un homenaje a ella.

Fue una decisión que jamás lamenté. No obstante, es verdad que con las cicatrices se produjo una alteración en la forma en que otra gente reaccionaba conmigo. Para algunos, descubrí que casi me había vuelto invisible; y casi todo el mundo parecía relajar sus impulsos naturales de mantener en privado sus secretos y preocupaciones personales.

Era como si sintieran que, de algún modo, yo me encontraba más allá del punto en que podía emitir algún juicio acerca de sus penas y dolores. No, pensándolo más detenidamente, resultaba algo más fuerte que eso. Era como si se tratara de una vela casi consumida en la cámara oscura de su más recóndito yo... un compañero apagado, pero seguro, cuya presencia les garantizaba que su intimidad se mantenía aún incólume. Dudo mucho que Amanda y aquellos que encontraría en este viaje a Gebel Nahar me hubieran hablado con tanta libertad, como más tarde hicieron, si los hubiera conocido en los días en los que Else vivía y era mía.

Tuvimos suerte en nuestra llegada. Gebel Nahar es más una fortaleza montañosa que un palacio o un centro de gobierno; y por razones militares, la Ciudad de Nahar,

que se encuentra en un emplazamiento próximo, dispone de un espaciopuerto con capacidad para recibir a naves estelares provenientes del espacio profundo. Desembarcamos, con la creencia de que seríamos recibidos en la terminal en el momento en que atravesáramos las puertas. Sin embargo, no fue así.

El principado de la Colonia de Nahar se halla en las latitudes tropicales de Ceta, y la sala principal de la terminal era pequeña, aunque con un techo alto y bien aireada; el suelo y el techo estaban recubiertos con colores brillantes, con plantas que crecían por doquier; también había unos cuadros vivos, enormes y de marcos pesados en todas las paredes. Permanecimos en medio de todo ello mientras la gente pasaba a nuestro alrededor. Nadie nos miró directamente; no obstante, ni yo con mis cicatrices, ni Amanda —que tenía un parecido notable con las fotografías que mostraban a la primera Amanda en nuestros libros de historia— resultábamos fáciles de ignorar.

Yo me dirigí hasta el mostrador de mensajes y no encontré nada para nosotros. De regreso, tuve que buscar a Amanda, que se había alejado del lugar donde había dejado.

—El Man... —dijo su voz a mi espalda sin advertencia previa—. ¡Mira!

El tono que empleó me puso en guardia en el momento en que me volvía. Logré verla a ella y al cuadro que estaba contemplando, todo en el mismo instante. Se hallaba colgado en lo alto de una de las paredes; ella permanecía justo debajo, simplemente mirándolo.

Los rayos del sol, que penetraban a través de la pared delantera transparente, la bañaban a ella y a la pintura por igual. Ella aparecía reflejada en todos los colores naturales de la vida —tal como lo estuviera Else—, alta, delgada, con una chaqueta de un tono azul claro y una falda corta de color crema, con el cabello de un rubio casi blanco y esa increíble juventud que su antepasada del mismo nombre también había poseído. En contraste, la pintura era rica en tonalidades chillonas, doradas y carmesíes, mientras que las figuras que representaba aparecían atrapadas en actitudes exageradas y melodramáticas.

*Lecho de Muerte*, anunciaba la larga placa de latón que había debajo, tal como se traducía el título del español bastardo y arcaico que hablaban los nahareses. Mostraba una gran cama dorada colocada en una llanura abierta después del fragor de una batalla. A su alrededor había cadáveres y oficiales heridos, de pie, con uniformes llamativos. Los vivos rodeaban la cama y a su ocupante, el Héroe muerto, quien, con una gran musculatura aunque demacrado, horriblemente herido y desnudo hasta la cintura, yacía sobre una gruesa pila de mantas de terciopelo, armas enjoradas, tapices maravillosamente trabajados y utensilios dorados, todo lo cual cubría la cama.

El cuerpo estaba tendido sobre su espalda, el mentón apuntando hacia el cielo, el rostro tenso con la agonía de la muerte, la gran mano aferrando aún sobre el pecho la empuñadura de una espada enorme y repujada, su sólido acero oscurecido por la sangre. Los oficiales heridos que había allí de pie, observando el cadáver, aparecían en posturas dramáticas. Sobre el campo, delante del lecho, un soldado raso, vestido

con el destrozado uniforme de batalla, moribundo, tenía una mano extendida como tributo al hombre muerto.

Amanda me miró durante un segundo cuando me acerqué hasta ella. No pronunció palabra alguna. No era necesario decir nada. Con el fin de sobrevivir, en el transcurso de doscientos años, nosotros, los Dorsai, hemos exportado la única cosa que nos pertenecía —las vidas de nuestras generaciones— para ser abatida en guerras libradas por las causas de otros. Vivimos con la guerra real; y para aquellos que así viven, una pintura como ésta se aproximaba mucho a la obscenidad.

—De modo que así es como piensan aquí —comentó Amanda.

Bajé la vista y la miré de reojo. Junto con el aspecto de su antepasada, también había heredado la increíble juventud de la Primera Amanda. Incluso yo, que sabía que sólo tenía media docena de años más que ella —y ya me encontraba a mitad de la treintena—, a veces olvidaba ese hecho, y sufría una especie de sacudida cuando me daba cuenta de que ella pensaba como mi generación y no como la joven que aparentaba ser.

—Cada cultura posee sus propias fantasías —dije—. Y esta cultura es hispánica; por lo menos, en herencia.

—Tengo entendido que, en la actualidad, menos del diez por ciento de la población naharesa es hispana. —Respondió—. Además, esto es una caricatura del comportamiento hispano.

Tenía razón. Nahar, originariamente, había sido colonizada por inmigrantes: gallegos provenientes del noroeste de España, quienes habían soñado con grandes ranchos en un territorio abierto y enorme. A cambio, Nahar, estrujada por sus vecinos más industriales y poderosos, se había convertido en un pequeño país superpoblado, conservando una versión bastarda de la lengua española como lengua nativa, y una mezcla de comportamientos y costumbres españoles medio recordados como su cultura. Después de la primera oleada de inmigrantes, aquellos que habían venido a establecerse aquí mostraban todo tipo de ascendencia, menos hispana; no obstante, habían continuado con el lenguaje y las costumbres encontrados aquí.

Los primeros rancheros se habían hecho enormemente ricos... ya que, a pesar de que Ceta resultaba un planeta poco poblado, era pobre en alimentos. Las llegadas posteriores de colonos habían inundado las ciudades de Nahar, y continuaron siendo pobres... muy pobres.

—Espero que la gente con la que tenga que entrevistarme posea más de un diez por ciento de sentido común —comentó Amanda—. Este cuadro hace que me pregunte si no preferirán la fantasía. Si es así como funcionan las cosas en Gebel Nahar...

Dejó la frase inconclusa, sacudió la cabeza y, luego —aparentemente apartando el cuadro de su mente—, me sonrió. El gesto le iluminó el rostro, en mayor medida de lo que comúnmente expresa esa frase. Con ella, resultaba algo distinto, una iluminación interior más profunda y grande que lo que esas palabras habitualmente

indican. Yo la había conocido por primera vez hacía tres días, y Else era todo lo que yo quería o desearía alguna vez; sin embargo, ahora podía captar lo que la gente en Dorsai quería dar a entender cuando comentaban que había heredado las capacidades de la primera Amanda para el mando sobre otros y para hacer que la amaran.

—¿Hay algún mensaje para nosotros? —inquirió.

—No... —Comencé. Pero, entonces, me volví, ya que por el rabillo del ojo había visto que alguien se nos acercaba.

Ella también giró. Nuestra atención se vio atraída debido a que el hombre que avanzaba en nuestra dirección sobre piernas bastante largas era un Dorsai. Era grande. No poseía el tamaño de los gemelos Graeme, Ian y Kensie, que eran los que estaban al mando en Gebel Nahar, según el contrato con los nahareses; sin embargo, se aproximaba a ese tamaño y resultaba considerablemente más grande que yo. No obstante, los Dorsai ostentan todas las formas y todos los tamaños. Lo que le había identificado ante nosotros —y, obviamente, a nosotros ante él— no era el tamaño, sino una multitud de señales pequeñas, demasiado sutiles para ser catalogadas. Vestía el uniforme naharés de director de banda del ejército, con galones oficiales en el cuello del traje; su cabello era rubio, su rostro, enjuto, y apenas sobrepasaba los veinte años. Yo le reconocí.

Era el tercer hijo de un vecino de mi propio cantón de Isla Alta, en Dorsai. Se llamaba Michael de Sandoval, y poco se había sabido de él en los últimos seis años.

—Señor... señora —dijo, deteniéndose delante de nosotros—. Lamento la espera que han sufrido. Hubo un ligero problema para conseguir transporte.

—Michael —comenté—. ¿Conoces a Amanda Morgan?

—No —se volvió hacia ella—. Es un honor conocerla, señora. Supongo que estará cansada de oír decir a todo el mundo que la reconoce por las fotografías de su bisabuela, ¿verdad?

—Jamás me canso de ello —repuso Amanda con voz alegre, mientras le ofrecía la mano—. Pero ¿usted ya conocía a Corunna El Man?

—La familia El Man es vecina de las Tierras Altas —replicó Michael. Durante un segundo, me sonrió casi con tristeza—. Recuerdo al capitán cuando yo tenía seis años y él vino en su primera visita. Si son tan amables de venir conmigo, por favor. Ya he hecho que colocaran su equipaje en el autobús.

—¿Autobús? —repetí a medida que lo seguíamos hacia los ventanales de salida de la terminal.

—El autobús de la banda del Tercer Regimiento. Fue todo lo que pude conseguir.

Salimos a una pequeña plataforma de *parking* en la que se veían algunos voladores atmosféricos y vehículos de tierra. Michael de Sandoval nos llevó a un coche pesado de energía, que por su aspecto parecía poder llevar a unos treinta pasajeros. En el interior, sólo una persona hacía que el vehículo no estuviera vacío por completo. Se trataba de un Exótico con una túnica de color azul oscuro, un Exótico de cabello blanco y un rostro que, extrañamente, parecía sin edad. Podría

haber tenido entre treinta y ochenta años y estaba sentado en la zona del vestíbulo del autobús, justo delante de la pared del compartimento que separaba la zona de control del morro del vehículo. Nos miró cuando nos acercábamos.

—Padma, Unificador en Ceta —presentó Michael—. Señor, ¿puedo presentarle a Amanda Morgan, Reguladora de Contratos, y a Corunna El Man, capitán de nave, los dos Dorsai? El capitán el Man acaba de traer a la Reguladora en una nave mensajera.

—Claro, ya estoy al tanto de su llegada —comentó Padma.

Padma no ofreció la mano a ninguno de los dos. Tampoco se puso de pie. Sin embargo, al igual que muchos de los otros Exóticos avanzados que he conocido, no parecía necesitar hacerlo. Como sucedía con los otros, había a su alrededor semejante paz y calidez que todos nosotros nos vimos de inmediato envueltos en ellas, y cualquier comportamiento suyo pareció natural y esperado.

Nos sentamos juntos. Michael se introdujo en el compartimento de control y, un momento más tarde, con una suave vibración, el autobús se elevó de la plataforma de *parking*.

—Es un honor conocerle, Unificador —comentó Amanda—. No obstante, mayor es el honor de hacer que usted nos conozca a nosotros. ¿Qué es lo que nos brinda tanta atención?

Padma sonrió fugazmente.

—Me temo que no he venido sólo a conocerles —le contestó—. Aunque Kensie Graeme me ha contado muchas cosas acerca de ustedes; y... —Me miró a mí—, hasta yo he oído hablar de Corunna El Man.

—¿Hay algo de lo que ustedes los Exóticos no hayan oído hablar? —inquirí.

—Muchas cosas —repuso sacudiendo la cabeza leve pero seriamente.

—Entonces, ¿cuál fue la otra razón que le trajo al espaciopuerto? —preguntó Amanda.

La miró pensativo.

—Algo que no tiene nada que ver con su llegada —replicó—. Da la casualidad de que debía hacer una llamada a otra parte del planeta, y los teléfonos de Gebel Nahar no eran tan privados como me hubiera gustado. Cuando me enteré de que Michael vendría a recogerles, le acompañé para realizar mi llamada desde la terminal de aquí.

—¿No se trataba, entonces, de una llamada en nombre del Conde de Nahar? —quise saber.

—Si lo hubiera sido... o una en mi nombre —sonrió—, no querría traicionar la confianza depositada en mí reconociendo ese hecho. ¿Doy por supuesto que conoce al Conde? ¿Al gobernante titular de Nahar?

—He estado instruyéndome sobre la Colonia y acerca de Gebel Nahar desde que me enteré de que requerían mis servicios aquí —contestó Amanda.

Me di cuenta de que me hacía señales para que la dejara sola con él. Lo percibí en la forma en que se sentó y en el ángulo en que mantuvo la cabeza. Los Exóticos son perceptivos; sin embargo, dudo que Padma hubiera captado ese mensaje sutil y

privado.

—Perdóñenme —les dije—. Creo que iré a charlar un poco con Michael.

Me incorporé y atravesé la puerta que llevaba a la sección de control, cerrándola a mi espalda. Michael estaba sentado de forma relajada, con una mano apoyada en el mando de conducción; me senté en el asiento del copiloto.

—¿Cómo están las cosas en casa, señor? —me preguntó sin volver la cabeza del cielo que teníamos ante nosotros.

—Ésta es la primera vez que yo mismo he regresado desde que tú te marchaste —le comuniqué—. Pero, no ha cambiado mucho. Mi padre murió el año pasado.

—Lamento oír eso.

—Tu padre y tu madre se encuentran bien... y he oído decir que tus hermanos se hallan bien entre las estrellas —continué—. Claro está que tú ya sabes eso.

—No —dijo, aún observando el cielo—. No he recibido noticias de ellos en bastante tiempo.

Un silencio amenazaba con caer entre nosotros.

—¿Qué ocurrió para que terminaras aquí? —le pregunté. Se trataba de una pregunta casi ritual entre los Dorsal que estábamos lejos de casa.

—Oí hablar de Nahar. Pensé que me gustaría echarle un vistazo.

—¿Sabías que era tan falsamente hispana como es?

—No falsa —corrigió él—. Tiene algo... pero, no eso.

Tenía razón, por supuesto.

—Sí —corroboré—. Supongo que no debería emplear la palabra falsa. Las situaciones que imperan aquí, como todas las demás, surgen por causas naturales.

Me miró directamente. Yo había aprendido a leer esas miradas desde que Else murió. En ese momento, se encontraba muy próximo a revelarme algo que, probablemente, no le habría comunicado a nadie más. Sin embargo, el momento pasó, y de nuevo volvió a depositar los ojos en el parabrisas.

—¿Conoce la situación de aquí? —inquirió.

—No. Se trata del trabajo de Amanda —dije—. En este viaje, sólo soy un piloto. ¿Por qué no me pones al corriente?

—Seguro que ya sabe algo —comentó—, y Kensie e Ian Graeme le informarán del resto. No obstante, de cualquier modo... El Conde es un figurín. Literalmente. Su padre fue instaurado con ese título por los primeros inmigrantes naharitas, quienes ahora son unos ricos rancheros. Tenían el sueño de iniciar aquí su propia aristocracia hereditaria; sin embargo, nunca funcionó. No obstante, sobre el papel, el Conde es el soberano hereditario de Nahar; y, en teoría, el ejército está bajo su mando como Comandante en Jefe. Pero, el ejército siempre ha sido reclutado de entre los pobres de Nahar... los pobres de la ciudad y los *campesinos*; y éstos odian a los primeros inmigrantes ricos. Ahora hay una revolución a punto de estallar y el ejército no sabe de qué lado inclinarse.

—Ya veo —comenté—. Así que se avecina un cambio violento de gobierno, y

nuestro contrato aquí está firmado por un gobierno que, quizá, mañana ya no esté en el poder. Amanda tiene un problema.

—Es el problema de todos —dijo Michael—. La única razón de que el ejército aún no se haya declarado a favor de los revolucionarios, es porque no se llevan muy bien entre sí. Viniendo desde fuera, como usted, la ridícula actitud de los locales tal vez sea lo primero que le llame la atención. No obstante, esas actitudes, en realidad, son quizá todo lo que los pobres poseen aquí, más allá de su simple existencia... este asunto de las banderas, los uniformes, la música, los duelos por una mirada malinterpretada y la idea de morir por tu regimiento... o de estar dispuesto a saltarle al cuello a cualquiera de otro regimiento tan sólo por tirar una gorra.

—Pero, lo que describes no resulta nada práctico para funcionar con una fuerza militar —expuse.

—No. Ésa es la razón por la que Ian y Kensie fueron contratados, para que convirtieran al ejército local en algo parecido a una fuerza defensiva efectiva. Los otros principados alrededor de Nahar tienen los ojos puestos en las tierras de los ranchos de aquí. Con una situación normal, los Graeme ya habrían progresado... ya conoce la reputación que tiene Ian en el entrenamiento de tropas. Sin embargo, tal como ha salido todo, los soldados piensan que los Graeme son instrumentos en manos de los rancheros, y los revolucionarios predicán que deberían ser expulsados, y los regimientos se muestran poco cooperativos con ellos. No creo que, bajo las presentes condiciones, puedan hacer algo útil con el ejército; y día a día la situación se vuelve más peligrosa... para ellos y, ahora, para usted y Amanda. La verdad es que yo pienso que Ian y Kensie serían inteligentes si aceptaran las pérdidas de su contrato y se marcharan.

—Si sólo hubiera que aceptar las pérdidas y marcharse, aquí no haría falta alguien como Amanda —dije—. Tiene que haber algo más para que los Dorsai se vean involucrados en general.

Guardó silencio.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunté—. ¿Cuál es tu posición aquí? Tú también eres un Dorsai.

—¿De verdad? —le dijo en voz baja al parabrisas.

Finalmente, había conseguido tocar lo que había permanecido silencioso entre nosotros. En nuestro planeta, había un nombre para los individuos como Michael. Se les llamaba los «Dorsai perdidos». Ese nombre no se aplicaba a aquéllos que sólo habían elegido dedicarse a una ocupación militar. Se reservaba a los Dorsai de herencia que parecían haber decidido el trabajo de su vida, fuera cual fuere, y, luego —de repente y sin explicación alguna— lo abandonaban. En el caso de Michael, como yo sabía, éste se había graduado en la Academia con honores; sin embargo, después de la graduación, había retirado bruscamente su nombre de los destinos asignados y había dejado el planeta sin dar explicación alguna, ni siquiera a su familia.

—Soy el Jefe de la Banda del Tercer Regimiento Naharita —comentó ahora—. Le gusto a mi regimiento. En general, la gente nativa no me encasilla con todos ustedes... —sonrió de nuevo con cierta tristeza—, salvo por el hecho de que nadie me reta a duelos.

—Ya veo —afirmé.

—Sí —en ese momento me miró—. De modo que, mientras que el ejército, técnicamente, todavía se mantiene a las órdenes del Conde, como su Comandante en Jefe, en la realidad, prácticamente todo se ha detenido. Ésa es la razón por la que tuve algunos problemas al conseguir un transporte desde el parque de vehículos para venir a recogerles.

—Ya veo —repetí.

Mi intención era seguir haciéndole algunas preguntas; sin embargo, justo en ese momento, la puerta del compartimento de mandos se abrió detrás de nosotros y Amanda entró.

—Bueno, Corunna —dijo—, ¿qué tal si me das una oportunidad para hablar con Michael?

Le sonrió; y él le devolvió el gesto. Yo no pensé que él se hubiera visto muy impresionado por ella... cualquier cosa que tuviera oculta en su interior constituía una barrera para cosas de ese estilo. Pero, su sola presencia, que hacía revivir en él los recuerdos del hogar, resultaba claramente cálida para él.

—Adelante —comenté, al tiempo que me ponía de pie—. Voy a intercambiar unas palabras con el Unificador.

—Se trata de una persona con la que vale la pena mantener una conversación —me comunicó Amanda mientras me marchaba.

Salí, cerré la puerta a mi espalda, y me reuní de nuevo con Padma en la zona de los pasajeros. Miraba por la ventana que tenía a su lado, hacia la zona de praderas que había entre la ciudad y la pequeña montaña, de la cual Gebel Nahar había adoptado su nombre. La ciudad que acabábamos de dejar se hallaba justo en una pequeña elevación al oeste de esa montaña, con zonas suburbanas y plantíos que las separaban. Alrededor y más allá de esa montaña —ya que la residencia-fortaleza que era Gebel Nahar daba al este— comenzaban los territorios reales del pastoreo del ganado. Nuestro autobús era uno de esos vehículos diseñados para volar, en circunstancias normales, un poco por encima de la copa de los árboles, aunque, claro está, podía llegar hasta los mismos límites de la atmósfera muy rápidamente; sin embargo, en ese momento nos hallábamos a unos trescientos metros de altura. Cuando salí del compartimento de control, Padma desvió su atención de la ventana y me miró.

—Su Amanda es sorprendente —comentó cuando me senté delante de él— para ser tan joven.

—Dijo algo parecido sobre usted —le conté—. Sin embargo, en su caso, no es tan joven como aparenta.

—Lo sé —Padma sonrió—. Hablaba desde el punto de vista de mi propia edad. Para mí, incluso usted parece joven.

Me reí. Lo que tuve de juventud yacía muy lejos en el pasado, unos cuantos años antes de Baunpore. No obstante, era verdad que, en términos de años, yo ni siquiera llegaba a la mediana edad.

—Michael me ha estado contando que hay una revolución en ciernes aquí en Nahar —le expuse.

—Sí —corroboró, ya con gesto serio.

—¿No será eso lo que trae a alguien como usted a Gebel Nahar?

Sus ojos almendrados, de repente, adquirieron un brillo divertido.

—Creí que Amanda era la de las preguntas —contestó.

—¿Le sorprende que las formule? —inquirí—. Éste es un emplazamiento bastante apartado para que se encuentre un Unificador.

—Cierto —sacudió la cabeza—. Sin embargo, las razones que me traen hasta aquí son puramente Exóticas. Lo que, me temo, quiere decir que no tengo libertad para discutir las.

—Pero ¿está al corriente de los movimientos locales hacia una revolución?

—Oh, sí —permaneció sentado perfectamente relajado en su inmovilidad, con las manos unidas flojamente sobre el regazo de su túnica: un marrón tenue sobre un azul oscuro. Su rostro se mantenía calmo e indescifrable—: Forma parte del esquema global de los acontecimientos de este mundo.

—¿Sólo de este mundo?

Me devolvió la sonrisa.

—Claro está que —repuso con voz suave—, nuestra ciencia exótica de la ontogenética trata de la interacción entre todas las fuerzas conocidas humanas y naturales en todos los mundos habitados. Sin embargo, la situación que hay aquí, en Nahar, y, específicamente, la situación de Gebel Nahar, es, en esencia, el resultado de fuerzas locales cetanas.

—Política planetaria internacional.

—Sí —corroboró—. Nahar se encuentra rodeado por otros cinco principados, que, a diferencia de él, no poseen tierras para el ganado. A todos les gustaría tener una parte del control de esta colonia, por no decir todo.

—¿Cuáles son los que respaldan la revolución?

Durante un momento, miró por la ventanilla sin responder. Era una presunción por mi parte imaginar que la extraña atracción que yo ejercía sobre los demás, la que hacía que la gente quisiera contarme sus intimidades, funcionaría con un Exótico. Sin embargo, por un instante, tuve la sensación familiar de que iba a abrirse a mí.

—Mis disculpas —respondió al fin—. Puede que a mis años haya caído en el hábito de tratar a todos los demás como a... niños.

—¿Cuántos años tiene usted?

Sonrió.

—Soy viejo... y cada día me hago más viejo.

—De cualquier forma —proseguí—, no tiene por qué disculparse conmigo. Se producirá una situación anormal cuando países fronterizos no tomen partido en la revolución de un país vecino.

—Por supuesto —dijo—. En realidad, los cinco principados creen que cada uno tiene cierto poder sobre los revolucionarios. Tan mal como está Nahar ahora, sería una ruina después de una revolución que tuviera éxito, con todos luchando entre sí por tratar de establecer objetivos distintos. Los demás principados buscan una situación en la que puedan intervenir y obtener algún beneficio. Pero, usted tiene toda la razón. La política internacional siempre está funcionando, y nunca es sencilla.

—Entonces, ¿qué es lo que está avivando la situación de aquí?

—William —Padma me miró directamente, y, por primera vez, sentí el poderoso efecto de esos ojos almendrados. Su rostro mantenía tal calma, que toda su expresión parecía estar concentrada en esos ojos.

—¿William? —pregunté.

—William de Ceta.

—Correcto —dije, recordando—. Él es dueño de este mundo, ¿verdad?

—No es realmente correcto decir que es el propietario —comentó Padma—. Controla la mayor parte... y muchas otras de otros mundos. En bastantes aspectos, sería algo así como una versión actualizada de un príncipe mercante. Sin embargo, no controla todo, ni siquiera aquí, en Ceta. Por ejemplo, los rancheros nahareses siempre se han unido férreamente para tratar con él; y todos los esfuerzos que ha hecho él para dividirlos y obtener una autoridad directa en Nahar han sido en vano. Controla en cierto modo; pero sólo manipulando las condiciones externas con las que tienen que tratar los rancheros.

—¿Así que es él quien se encuentra detrás de la revolución?

—Sí.

Me resultó totalmente claro que lo que había traído hasta esta parte perdida del planeta a Padma era el hecho de que William estuviera involucrado aquí. La ciencia exótica sobre la ontogenética, que, en esencia, era el estudio de cómo los humanos interactuaban, ya fuera como individuos o como sociedades, era algo que se tomaban muy en serio; y William, al ser uno de los grandes manipuladores de nuestro tiempo, siempre vería sus maquinaciones observadas muy de cerca por ellos.

—Bueno, de todos modos, no es nada que tenga que ver con nosotros —comenté yo—, a excepción de la posible influencia sobre el contrato de los Graeme.

—No del todo —interpuso Padma—. William, como todos los individuos de gran talento, conoce la ventaja que tiene el hecho de matar a dos o, incluso, a cincuenta pájaros de un tiro. De forma directa e indirecta, siempre contrata a buenos mercenarios. Él resultaría beneficiado si los acontecimientos que se produjeran aquí pudieran devaluar la reputación de los Dorsai y el valor de mercado de sus militares.

—Ya veo —comencé; y me interrumpí cuando el interior del autobús resonó con

un ruido metálico... como si hubiera recibido un golpe—. ¡Abajo! —exclamé, tirando a Padma contra el suelo del vehículo y alejándolo de la ventanilla al lado de la cual había estado sentado.

Una cosa buena acerca de los exóticos: confían en que dominas tu profesión. Me obedeció al instante y sin protestar. Esperamos... sin embargo, el sonido no se repitió.

—¿Qué fue eso? —preguntó pasado un momento, aunque sin moverse de donde yo le había tirado.

—El perdigón de un proyectil sólido. Probablemente, de un arma pesada de mano —le contesté—. Nos han disparado. Hágame el favor de permanecer agachado, Unificador.

Me incorporé, quedándome acuclillado y en el centro del autobús, y atravesé la puerta que comunicaba con el compartimento de control. Cuando entré, tanto Amanda como Michael giraron sus cabezas hacia mí, con los rostros en alerta.

—¿Quién trata de eliminarnos? —le pregunté a Michael.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé —repuso—. Aquí, en Nahar, podría tratarse de cualquier cosa o de cualquier persona. Quizá sean los revolucionarios o, simplemente, alguien a quien no le caen bien los Dorsai; tal vez alguien a quien no le caen bien los Exóticos... incluso, alguien a quien yo no le caiga bien. Y, finalmente, alguien borracho, drogado o, sencillamente, que se encuentre en un estado anímico machista.

—... Que también posea un arma militar de mano.

—Es verdad —aceptó Michael—. Sin embargo, cualquiera en Nahar está armado; y, la mayoría, ya sea legal o ilegalmente, son propietarios de armas militares. —Con un gesto de la cabeza indicó el parabrisas—. De cualquier modo —continuó—, casi hemos llegado.

Miré hacia afuera. La masa de edificios intercomunicados que formaban el asentamiento gubernamental de Gebel Nahar se hallaba extendida desde la cima de la pequeña montaña hasta la falda. Bajo la luz del sol tropical, parecía una instalación hotelera, construida sobre terrazas que descendían por la empinada pendiente. La única diferencia era que cada terraza terminaba en un muro, y hasta el más bajo de éstos constituía un terraplén de sólidas fortificaciones con armas pesadas emplazadas a lo largo de su extensión. Gebel Nahar, adecuadamente pertrechada, debería haber sido capaz de dominar todo el campo frente a tropas de asalto situadas a lo largo de todo el horizonte; por lo menos, de este lado de las montañas.

—¿Cómo es por el otro lado? —pregunté.

—Un precipicio montañoso... allí también hay emplazamientos fortificados cortados en las rocas, surcados por túneles que se adentran en las montañas —respondió Michael—. Los rancheros no repararon en gastos cuando mandaron levantar este lugar. Mentalidad gallega. Algún día quizá ellos y sus familias tuvieran que encerrarse aquí.

Al poco rato nos hallábamos en la superficie de cemento del *parking* de vehículos. Los tres regresamos a la parte trasera del autobús para reunimos con Padma, momento en el que Michael nos dejó salir. Fuera, la zona de *parking* se hallaba sumida en un silencio anormal.

—No sé lo que ha ocurrido —comentó Michael cuando bajamos.

Los tres Dorsai, de forma instintiva, habíamos comprobado el terreno por si hacía falta retroceder de nuevo al vehículo y reanudar el vuelo.

Una voz que gritaba desde alguna parte situada más allá de los voladores y vehículos de superficie alineados, hizo que giráramos las cabezas. Se escuchó el sonido de pies corriendo y, un momento más tarde, un soldado que llevaba una pistola de energía, vestido con los colores verde y rojo del uniforme de batalla del ejército naharés, con insignias en los brazos, apareció a la vista y se detuvo jadeante delante de nosotros.

—Señor... —musitó en el dialecto local de español arcaico—. Han desaparecido...

Esperamos a que recuperara el aliento; después de un segundo, lo volvió a intentar.

—¡Han desertado, señor! —le comunicó a Michael, tratando de ponerse en posición de firme—. Se han marchado... ¡todos los regimientos, todo el mundo!

—¿Cuándo? —inquirió Michael.

—Hace dos horas. Estaba todo planeado. No cabe duda de que estaba planeado. En cada grupo, y al mismo tiempo, se incorporó un hombre. Dijo que ése era el momento de desertar, para mostrarle a los *rincones* de qué lado se encontraba el ejército. Todos se marcharon, con sus banderas, sus armas, con todo. ¡Mire!

Dio la vuelta y señaló con el dedo. Todos seguimos con los ojos el gesto. El *parking* de vehículos se hallaba en el quinto o sexto nivel por debajo de la cima de Gebel Nahar. Desde éste o los otros niveles, resultaba posible ver en línea recta kilómetros de distancia sobre las praderas. Al mirar ahora, vimos, tan lejos que no se distinguía ningún otro signo, los diminutos y ocasionales parpadeos de la luz solar, que, en apariencia, se encontraba justo sobre el horizonte.

—Se encuentran acampados allí, aguardando a un ejército que dicen que vendrá desde todos los demás países que nos rodean, para que los refuerce y consigan así la revolución.

—¿Todo el mundo se ha marchado? —Las palabras en español de Michael hicieron que los ojos del soldado retornaran a él.

—Todos menos nosotros. Los soldados de su banda, señor. Ahora somos la Guardia de Élite del Conde.

—¿Dónde se encuentran los dos comandantes Dorsai?

—En sus despachos, señor.

—He de ir a verles de inmediato —nos comunicó Michael—. Unificador, ¿esperará usted en sus cámaras o vendrá con nosotros?

—Iré —repuso Padma.

Los cinco atravesamos la zona de aparcamiento, dejando atrás la zona atestada de vehículos y nos adentramos en un laberinto de corredores. Finalmente, encontramos el camino que nos condujo a una gran sala de despachos, donde la pared exterior de cada habitación era un enorme ventanal. A través del cristal del despacho en el que nos encontrábamos, miramos hacia la pradera que había debajo, donde se hallaban acampados los lejanos regimientos nahareses. Encontramos a Ian y Kensie Graeme juntos, en una de las oficinas interiores, de pie, hablando ante un escritorio sólido y lo suficientemente grande para servir como mesa de conferencias a media docena de personas.

Se volvieron en el momento en que entramos... y una vez más me vi impactado por la extraña ilusión que usualmente experimento cuando me encuentro con ellos. Resultaba bastante notable cada vez que me aproximaba a uno de los dos. Sin embargo, cuando los gemelos se hallaban juntos, como ahora, el efecto aumentaba.

En mi propia mente siempre lo asocié al hecho de que, a pesar de su tamaño —y cualquiera de ellos es una cabeza más alto que yo—, son tan proporcionados físicamente, que sus verdaderas dimensiones no quedan registradas en ti hasta que dispones de algo con lo que compararlos. Desde la distancia, resulta fácil tomarlos por hombres de estatura un poco más alta que la normal. Luego, una vez que, inconscientemente, los has subestimado, tú o alguien cuyo tamaño conozcas se acerca a ellos; y es ese individuo el que parece cambiar de tamaño cuando él, o ella, o tú se aproximan. Si se trata de ti, eres muy consciente del cambio. Pero, si se trata de algún otro, tú mismo puedes encoger un poco más junto con esa otra persona. Cuando sientes que te vuelves más pequeño en relación con otra persona resulta bastante extraño, si el fenómeno es completamente subjetivo.

En este caso, el elemento de medición resultó ser Amanda, quien corrió hacia los dos hermanos en el momento en que entramos en la habitación. Su hogar, Fal Morgan, era la Casa más próxima a la de los Graeme en Foralie, y ellos tres habían crecido juntos. Tal como he dicho, ella no resultaba ser una mujer pequeña; pero, cuando llegó hasta ellos y abrazó a Kensie, pareció haberse vuelto no sólo diminuta, sino frágil; y, de repente —repito, como siempre sucede—, pareció que el cuarto se orientara alrededor de los dos Graeme.

La seguí y extendí mi mano hacia Ian.

—¡Corunna! —exclamó.

Era una de las pocas personas que aún seguían llamándome por el primero de mis nombres. Su mano enorme se cerró en torno a la mía. Su rostro —tan diferente, pero tan similar, al de su hermano— bajó hacia el mío. Para ser sincero, parecían idénticos; no obstante, entre ellos existía toda la diferencia del universo. Pero no se trataba de una diferencia física, a pesar del poderoso efecto que ejercía sobre los ojos. Literalmente, Ian poseía menos luz, y todo el elemento resplandeciente que podría haber sido suyo recaía en su hermano, de modo que Kensie irradiaba el doble de la

cantidad humana normal de soleada calidez. Oscuridad y luz. Noche y día. Hermano y hermano.

Sin embargo, había una unidad, una identidad entre ellos, propia de una categoría que yo no había visto jamás entre dos seres humanos.

—¿Has de marcharte de inmediato? —me preguntaba Ian—. ¿O vas a quedarte para llevar de regreso a Amanda?

—Puedo quedarme —repuse—. Mi permiso con los Dorsai no era demasiado estricto. ¿Os serviría de alguna ayuda aquí?

—Sí —respondió Ian—. Tú y yo hemos de hablar. Sin embargo, aguarda un minuto...

Se volvió para saludar a Amanda y decirle a Michael que fuera a ver si el Conde estaba preparado para una visita. Michael se marchó con el soldado que había salido a recibirnos a la zona de aparcamiento. Parecía que Michael y su banda, más un puñado de sirvientes y el mismo Conde, sumaban toda la población que residía en Gebel Nahar, aparte de los que nos encontrábamos en esta sala. Las murallas estaban diseñadas para que, en caso necesario, pudieran ser defendidas por un puñado de personas; sin embargo, nosotros apenas disponíamos de ese puñado, contando con los cuarenta miembros de la banda del regimiento que Michael había comandado, y éstos, evidentemente, no poseían ningún tipo de entrenamiento, salvo saber desfilar.

Dejamos a Kensie junto a Amanda y Padma. Ian me condujo a una oficina adyacente, me indicó que me sentara en una silla y él mismo cogió una.

—Desconozco cuál es la situación de tu presente contrato... —comenzó.

—No hay problemas. Mi contrato es con una fuerza espacial contratada por William de Ceta. Soy el jefe de Vuelo Rojo, bajo el mando absoluto de Hendrik Galt. Aparte del hecho de que Galt lo comprendería, igual que cualquier otro Dorsai, si una situación como ésta lo requiriera, sus fuerzas, de momento, se encuentran sin nada que hacer. Razón por la que, en primer lugar, yo me encontraba de permiso, junto con la mitad de sus oficiales. No soy oficial de William; lo soy de Galt.

—Bien —comentó Ian.

Giró la cabeza para mirar más allá del respaldo alto del sillón en el que estaba sentado, hacia la llanura donde se distinguían los pequeños resplandores de luz. Tenía los brazos relajados sobre los apoyabrazos del sillón, y sus manos sólidas se curvaban flojas sobre los extremos de los mismos. Había algo, siempre lo había habido, terriblemente solitario, pero, terriblemente invencible en torno a Ian. La mayoría de las personas que no son Dorsai parecen extraer un confort notable cuando se hallan cerca de un Dorsai en épocas de peligro físico, como si creyeran que cualquiera de nosotros sabría actuar correctamente y, por lo tanto, así lo haría. Puede que suene fantasioso; sin embargo, he de reconocer que esta gente reacciona con los Dorsai casi de la misma forma que los Dorsai que yo he conocido reaccionan frente a Ian.

Pero eso no nos ocurre a todos nosotros. Por supuesto, a Kensie, nunca. Ni, ahora que lo pienso, a los demás Graeme que conozco. No obstante, siempre ha habido algo

—no solitario, sino independiente y distante— en cada uno de los Graeme. Incluso en Kensie. Es una característica familiar. Lo que ocurre es que Ian tiene una porción doble.

—Tardarán dos días en asentarse ahí afuera —comentó ahora, haciendo un gesto a los campamentos casi invisibles que había en la llanura—. Después, se verán obligados a avanzar sobre nosotros o empezarán a pelear entre ellos. Lo cual significa, que en dos días podemos esperar un ataque a la fortaleza.

—¿A menos que ocurra qué? —pregunté. Me miró de nuevo—. Siempre hay un «a menos que» —añadí.

—A menos que Amanda encuentre una salida airosa a la situación —contestó—. Tal como está ahora, no parece haber ninguna salida. Nuestra única esperanza es que ella pueda descubrir algo en el contrato, o en la situación, que todos hayamos pasado por alto. ¿Una copa?

—Gracias.

Se puso de pie y se acercó al mueble situado contra la pared, llenó a medias un par de copas con un licor oscuro y las trajo consigo. Se sentó una vez más, alcanzándome una, y yo olfateé su punzante oscuridad.

—*Whisky Dorsai* —confirmé—. Veo que aquí estáis bien provistos.

Asintió. Los dos bebimos.

—¿Crees que ella podrá hacer algo? —pregunté.

—No —repuso—. Es una esperanza más allá de la esperanza. Un problema de honor.

—¿Qué la hace tan sensible, que necesitáis a un Regulador desde casa? —inquirí.

—William. Por supuesto, ya le conoces. Pero ¿qué sabes acerca de la situación que reina aquí, en Nahar?

Le repetí lo que había sacado de Michael y Padma.

—¿Nada más? —preguntó.

—No he tenido tiempo para averiguar nada más. Me pidieron que trajera a Amanda sin pérdida de tiempo, de modo que durante el viaje estuve bastante ocupado. Además, ella misma se encontraba inmersa en el análisis de todos los datos disponibles sobre la situación. No hablamos mucho.

—William... —repitió, posando su copa sobre una mesita que había al lado de su sillón—. Bueno, es culpa mía, más que de Kensie, que nos hallemos en esta situación. En este contrato, yo soy el estratega, él es el táctico. Mi trabajo consistía en una visión de conjunto, y no tuve suficiente vista.

—Si hubo cosas que el gobierno naharés no te comunicó durante la discusión de vuestro contrato, ahí tienes tu salida.

—Oh, de acuerdo, el contrato es discutible —corroboró Ian. Sonrió. Sé que existen esas personas a las que les gusta creer que nunca lo hace; esa idea es una estupidez. Sin embargo, la sonrisa es como el resto de su persona—. No es la información que no nos dieron lo que nos ha atrapado; se trata de ese asunto del

honor. No sólo nuestro honor personal... ni la reputación y el honor de todos los Dorsai. Nos tienen en una posición en la que, tanto si nos quedamos y morimos como si nos vamos y vivimos, mancharemos toda la reputación planetaria.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo pueden hacerlo? ¿Cómo podéis encontraros en esa clase de trampa?

—En parte —Ian alzó la copa, bebió y la volvió a depositar a su lado—, porque el mismo William es un estratega extremadamente capaz... repito, eso ya lo sabes. Y, en parte, porque ni a mí ni a Kensie se nos ocurrió pensar que nos estábamos metiendo en un acuerdo tripartito en vez de uno bipartito. —No te sigo.

—La situación en Nahar —prosiguió— siempre contaba con una especie de cláusula interna de despido... me refiero a los rancheros, los colonos originales. El tipo de país que intentaron establecer era algo que únicamente podía existir bajo condiciones casi de pioneros, con poca población. Los principados situados alrededor de sus zonas de pastos fueron colonizados hace unos cincuenta años cetanos. Después, los países vecinos se crearon y fueron industrializados; y la idea semifeudal de las llanuras abiertas y las grandes posesiones de tierra por parte de un solo individuo se volvió poco práctica, al nivel internacional de este mundo. Claro que, los primeros colonos, aquellos gallegos provenientes de Galicia, en el noroeste de España, lo vieron venir desde el principio. Ésa es la razón por la que erigieron este lugar en el que estamos sentados. La sonrisa retornó a su rostro.

«Pero, eso era cuando sólo intentaban retrasar lo inevitable —continuó—. En algún momento de años recientes, evidentemente, decidieron llegar a un compromiso».

—¿Te refieres a que intentaron pactar con los principados modernos que les rodeaban? —pregunté.

—De hecho, pactar con el resto de Ceta —contestó—. Y el resto de Ceta, hoy en día, es William... por lo menos, para todos los asuntos prácticos.

—Ahí lo tienes otra vez; si llegaron a un acuerdo con William del que nada te hablaron —indiqué—, dispones de todas las excusas, tanto de honor como de papel, para cancelar el contrato. No veo la dificultad.

—El trato que establecieron con William no es escrito, ni siquiera un contrato hablado —repuso Ian—. Lo que hicieron los rancheros fue hacerle saber que podía tener el control que quería aquí, en Nahar —tal como he expuesto, resultaba obvio que, tarde o temprano, lo perderían de todos modos... si no con él, con algo o alguien más— si él aceptaba sus términos.

—¿Y qué buscaban ellos a cambio?

—Una garantía de que su estilo de vida y esta pequeña cultura que habían desarrollado sería mantenida y protegida.

Me miró por debajo de sus oscuras cejas.

—Ya veo —comenté—. ¿Cómo creían que William podría hacerlo?

—No lo sabían. Sin embargo, no se preocuparon por eso. Ésa es la parte más

delicada del asunto. Simplemente, le hicieron saber a William que si conseguían lo que querían, dejarían de luchar en su intento por controlar Nahar de forma directa. Dejaron que él decidiera la forma de fijar el precio que ellos pedían. Ésa es la razón por la que no existe ningún otro contrato que podamos citar como excusa para romper el nuestro.

Bebí de mi propia copa.

—Suenas como el tipo de actitud propia de William. Si le conozco —comenté—, incluso disfrutaré planeando la situación necesaria para que este país quede a cincuenta años por detrás de los tiempos que corren. Pero, antes me pareció como si quisieras dar a entender que, al mismo tiempo, intentaba conseguir algo de los Dorsai. ¿Qué beneficio obtendría si tuvierais que pagar una indemnización por romper este contrato? No os pondrá a vosotros, los Graeme, en la bancarrota, ¿verdad? Y hasta si tuvierais que emplear los fondos de emergencia de los Dorsai, ello no significaría nada contra esos fondos. Además, todavía no habéis explicado este asunto que os mantiene atrapados aquí, y no por el contrato, sino por el honor general de los Dorsai.

Ian asintió.

—William ya se ha encargado de las dos cosas —dijo—. Su plan era que los nahareses contrataran a los Dorsai para que prepararan su ejército como una unidad operativa. Luego, sus agentes revolucionarios provocarían una rebelión de ese mismo ejército. Entonces, con la situación fuera de control, él podría intervenir con sus oficiales no Dorsai y controlar todo, trayendo de nuevo el orden a Nahar.

—Ya veo —reconocí.

—Entonces, él actuaría como un mediador en el asunto —continuó Ian—, los revolucionarios recibirían una parcela de poder limitado en el gobierno —bajo su control externo, por supuesto—, y los rancheros cederían su autoridad local absoluta, aunque muy poco más. Permanecerían a cargo de sus ranchos, como directores de los mismos, con todas las riquezas y el poder de él para apoyarles contra cualquier intento de la facción revolucionaria para quitarles el control; quienes, eventualmente, serían pacificados y puestos a raya... de la misma forma en que lo ha hecho con el resto de este mundo, y buena parte de otros planetas.

—De modo que —interpuse con gesto pensativo— lo que persigue es mostrar a la gente lo que sus fuerzas militares pueden hacer y no los Dorsai, ¿cierto?

—Me vas siguiendo —acordó Ian—. Podemos exigir nuestros precios actuales sólo porque los militares como nosotros no proliferamos mucho. Si lo que desean son resultados Dorsai —situaciones militares con pocos o ningún coste, ya sea en vidas o en material—, han de contratar a Dorsai. El presente es así. Sin embargo, si da la impresión de que hay otra gente que puede realizar el trabajo tan bien o mejor, nuestro precio habrá de bajar, y los Dorsai comenzarán a pasar penurias.

—Hará falta que pasen muchos años para que ello suceda. Puede que, en ese tiempo, podamos anular los resultados de esta situación.

—Sin embargo, va más allá. William no es el primero en soñar con poder contratar a todos los Dorsai y emplearlos como una fuerza personal que domine todos los mundos. Nosotros nunca hemos tomado en consideración la posibilidad de que nuestros efectivos terminen en un único campamento. Sin embargo, si William consigue bajar nuestros precios por debajo de lo que necesitamos para mantener a los Dorsai libres e independientes, entonces, él podrá ofrecernos sueldos que superen a los del mercado —sueldos de supervivencia, que sólo él esté capacitado para pagar—, y no nos quedará otra salida que aceptarlos.

—Entonces, tú mismo no tienes otra elección —dije—. Has de rescindir ese contrato, sin importar lo que cueste.

—Me temo que no —respondió—. En este momento, parece que ese coste es el único que no podemos pagar. Tal como te he explicado, si lo hacemos nos condenamos, lo mismo que si continuamos adelante... estamos atrapados en las pinzas de este rompenueces a menos que Amanda descubra una forma para poder salir...

La puerta del despacho en el que estábamos sentados se abrió en ese momento y la misma Amanda se asomó.

—Parece que unos nativos que se llaman a sí mismos los Gobernadores acaban de llegar... —El tono de ella mostraba cierto humor; sin embargo, cada trazo de su cuerpo mostraba una preocupación seria—. Evidentemente, se supone que he de ir a hablar con ellos de inmediato. ¿Vienes, Ian?

—A quien necesitas es a Kensie —repuso Ian—. Les hemos acostumbrado a que comprendan que no necesariamente nos tendrán a los dos cada vez que silben. De todas formas, descubrirás que es otro paso en esta danza... no hay nada que se pueda hacer con ellos.

—De acuerdo —cuando estaba a punto de marcharse, se detuvo—. ¿Puede venir con nosotros Padma?

—Consúltalo con Kensie. En este momento, yo diría que es mejor no tocarles las plumas a los Gobernadores pidiéndoles que le dejen participar de la conversación.

—Tienes razón —replicó ella—. Kensie ya había recomendado que fuera así; pero me dijo que lo consultara contigo.

Se marchó.

—¿Seguro que no deseas estar presente? —le pregunté.

—No hace falta. —Se puso de pie—. Hay algo que quiero mostrarte. Es importante que comprendas a la perfección la situación imperante aquí. Si Kensie y yo fuéramos eliminados, Amanda sólo te tendrá a ti para que la ayudes a manejar todo... siempre que estés seguro de que puedes quedarte.

—Como ya te he expuesto —repetí—, puedo hacerlo.

—Bien. Entonces, acompáñame. Quería que conocieras al Conde de Nahar. Pero he estado esperando tener noticias de Michael para saber si el Conde estaba dispuesto a recibir ahora. No aguardaremos más. Vayamos a ver cómo se encuentra el viejo

caballero.

—¿No querrá —me refiero al Conde mismo— estar presente en el encuentro entre Amanda y los Gobernadores?

Ian inició el camino fuera de la sala.

—No, si se trata de hablar de asuntos serios. Sobre el papel, el Conde controla todo menos a los Gobernadores. Ellos le eligen. Claro está que, más allá del papel, ellos son los que de verdad controlan todo.

Dejamos las salas de despachos y, una vez más, comenzamos a marchar por los corredores de Gebel Nahar. Dos veces montamos en unos ascensores y en una ocasión nos dejamos llevar por una cinta motorizada que descendió por un largo pasillo; pero al llegar al final, Ian abrió una puerta y nos adentramos en lo que, obviamente, era la antesala del ayudante, que daba a la sección de las barracas.

El soldado de la banda militar, sentado detrás de un escritorio, se puso inmediatamente de pie al vernos... o, quizá, sólo fuera por la visión de Ian.

—¡Señores! —exclamó en español.

—Le ordené al Sr. de Sandoval que averiguara si el Conde estaba dispuesto a recibir al capitán El Man y a mí —explicó Ian en el mismo idioma—. ¿Sabe dónde se encuentra ahora el Director de la Banda?

—No, señor. No ha regresado. Señor... no siempre es posible ponerse rápidamente en contacto con el Conde...

—Soy consciente de ese hecho —dijo Ian—. Descanse. Entonces, ¿espera pronto el regreso del señor de Sandoval?

—Sí, señor. En cualquier momento. ¿Querrían los señores esperar en el despacho del Director de la Banda?

—Sí —replicó Ian.

El ayudante se hizo a un lado, alzando la mano en un gesto decididamente no militar, para que pasáramos al lado de su escritorio, por una entrada que daba a una sala más amplia, muy ordenada y con un despacho limpio, aunque atiborrado de archivadores y paredes de las que colgaban instrumentos musicales.

La mayoría eran desconocidos para mí, a pesar de que se trataba de variantes de instrumentos de cuerda o de aire. Había uno que parecía una gaita escocesa antigua. Sólo tenía un roncón, de unos setenta centímetros de largo, y un puntero de, aproximadamente, la mitad de longitud. Otro, era claramente una corneta con un teclado, con la mayor parte de su estructura central envuelta en cuerdas de color rojo, que caían en borlas. Recorrí las paredes, examinando cada instrumento a medida que lo veía, mientras Ian se sentó y me contempló. Finalmente, retorné a la gaita austera.

—¿Sabes tocarla? —le pregunté a Ian.

—No soy un gaitero —respondió—. Claro que sé soplar un poco...; sin embargo, jamás he tocado nada que no fueran gaitas corrientes de las tierras altas. Si deseas una demostración, será mejor que se la pidas a Michael. Parece que él sabe tocar todos los instrumentos... y bien.

Me aparté de las paredes y también me senté.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Ian. Eché una ojeada alrededor del despacho. De nuevo le miré y vi que me observaba con curiosidad—. Es... extraño —añadí.

Y la sala resultaba extraña por razones que, posiblemente, jamás sorprenderían a un Dorsai. No existen dos personas que mantengan de la misma forma un despacho; sin embargo, así como hay características sutiles por las que uno que ha nacido Dorsai podrá reconocer a otro, de la misma forma existen pequeños indicios en el despacho de cualquiera que cumpla un servicio militar y que pertenezca al mismo planeta. Con una mirada podía apreciar, del mismo modo que podía hacerlo Ian o cualquiera de nosotros, si la oficina en la que acababa de entrar pertenecía a un Dorsai. Las pistas no se encuentran tanto en lo que hay en la sala, sino precisamente en la forma en que la habitación está distribuida. No existe nada particular para los individuos nacidos Dorsai en semejante reconocimiento. Casi cualquier oficial veterano está capacitado para comunicarte si el despacho en el que acaba de entrar pertenece a otro oficial veterano, sea o no Dorsai. Pero, en ese caso, como en éste, resulta más fácil brindar la respuesta que enumerar las razones por las que has respondido de determinada forma.

Así, el despacho de Michael de Sandoval era, sin lugar a error, el de un Dorsai. Al mismo tiempo, poseía una extraña diferencia respecto a otras oficinas Dorsai, que casi se proclamaban a gritos como tales. La diferencia era básica, por debajo de cualquier comparación entre este lugar y el despacho de un Dorsai que tuviera sus paredes llenas de armas, o con otro que ostentara un escritorio y unos cestos pulcramente limpios y ordenados y que prefería no tener ningún arma a la vista.

—Conserva estos instrumentos musicales como si fueran elementos de batalla —dije.

Ian asintió. No hacía falta expresar con palabras la implicación de ese detalle. Si Michael había elegido colgar un estandarte de una pared para que testificara el hecho de que él se negaría en redondo a tocar un arma, no podría haberse anunciado de forma más clara ante Ian y ante mí.

—Parece ser algo muy importante para él —continué—. Me pregunto qué le sucedió.

—Es asunto suyo, por supuesto —replicó Ian.

—Sí —dije.

No obstante, el descubrimiento me dolió... porque, de repente, identifiqué lo que había notado en el joven Michael desde el primer momento en que le vi, aquí en Ceta. Era dolor, un dolor constante y profundo; y es imposible conocer a alguien desde que es un niño y no sentirte conmovido por esa clase de dolor.

El ayudante asomó la cabeza por la habitación.

—Señores —dijo—, viene el Director de la Banda. Llegará en un momento.

—Gracias —repuso Ian.

Un momento más tarde, hizo acto de presencia Michael.

—Lamento haberles hecho esperar... —comenzó.

—No hay ningún problema —acotó Ian—. El Conde le hizo esperar antes de recibirle él mismo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, ¿está disponible ahora para que nos reciba a mí y al capitán El Man?

—Sí, señor. Los dos son bienvenidos.

—Perfecto.

Ian se puso de pie y yo hice lo mismo. Fuimos hasta la puerta del despacho, seguidos por Michael.

—En este momento, Amanda Morgan se encuentra con los Gobernadores —le comunicó Ian cuando salimos—. Una vez que acabe la reunión, quizá desee hablar con usted. Sería bueno que estuviera dispuesto para verla.

—Permaneceré aquí —indicó Michael—. Señor... quería disculparme por las excusas que presentó mi ayudante cuando no me encontraron aquí... —Miró al ayudante, que mostraba aspecto de encontrarse avergonzado—. Mis hombres han recibido las órdenes de no...

—Está bien, Michael —intervino Ian—. Usted sería un Dorsai inusual si ellos no intentaran protegerle.

—A pesar de ello... —insistió Michael.

—A pesar de ello —repitió Ian—. Sé que sólo están entrenados como hombres de música. Puede que en este momento desempeñen la función de hombres de línea — todos los hombres con los que quizá debamos mantener este lugar—; pero no espero que ocurran milagros.

—Bueno —comentó Michael—. Gracias, comandante.

—De nada.

Nos marchamos. Una vez más, Ian me condujo a través de una serie de corredores y ascensores.

—¿Cuántos hombres de su banda decidieron quedarse con él en el momento en que se marcharon los regimientos? —le pregunté a medida que avanzábamos.

—Todos —respondió Ian.

—¿Y no permaneció nadie más?

Ian me miró con un destello de humor.

—Has de recordar —contestó— que, después de todo, Michael se graduó en la Academia.

Un recorrido último y breve nos llevó ante unas puertas dobles y enormes. Ian oprimió un botón para anunciar a los visitantes que había en la pared derecha y habló ante un intercomunicador en español.

—El comandante Ian Graeme y el capitán El Man se encuentran aquí con permiso para visitar al Conde.

Se produjo una pausa momentánea y, luego, una de las puertas se abrió para mostrarnos a otro de los músicos de Michael.

—Tengan la amabilidad de entrar, señores —invitó.

—Gracias —repuso Ian mientras pasábamos—. ¿Dónde se encuentra el mayordomo del Conde?

—Se ha marchado, señor. También la mayoría de los otros sirvientes.

—Ya veo.

La habitación en la que acabábamos de ser introducidos era un salón lleno de enormes y muy bien conservados muebles; pero carecía de ventanas. El músico nos condujo a través de dos salas iguales, también sin ventanas, hasta que, finalmente, fuimos llevados a una tercera habitación, ésta con una pared formada por un ventanal, que mostraba la inalterable vista de las praderas de abajo. Un hombre delgado como un palo, vestido de negro, se hallaba de pie, ayudado por un bastón de mango de plata, ante el centro del ventanal.

El soldado desapareció del cuarto. Ian me llevó a un anciano.

—Conde —comenzó, todavía hablando en español—, le presento al capitán Corunna El Man. Capitán, tiene el honor de conocer al Conde de Nahar, Macías Francisco Ramón Manuel Valentín y Compostela y Abente.

—Sea bienvenido, capitán El Man —dijo el Conde. Hablaba un español más correcto, aunque también más arcaico, que el de los nahareses que había conocido hasta ahora; su voz era el leve recuerdo de lo que una vez debió ser un bajo notable—. Si son tan amables, ahora nos sentaremos. Si mi edad tiene alguna debilidad, es que me resulta agotador permanecer de pie durante un tiempo prolongado.

Nos acomodamos sobre unos sillones pesados y mullidos, con unos apoyabrazos bien acolchados... resultaban más parecidos a tronos que a sillones.

—El capitán El Man —explicó Ian—, se hallaba de permiso en Dorsai. Se ofreció como voluntario para traer a Amanda Morgan hasta aquí para discutir la presente situación con los Gobernadores. Está reunida ahora con ellos.

—No he conocido... —El Conde titubeó con el nombre—... a Amanda Morgan.

—Es una de nuestras expertas, de la clase que la situación actual requiere.

—Me gustaría conocerla.

—Ella anhela conocerle a usted.

—¿Posiblemente esta noche? Me habría gustado tenerles a todos ustedes como invitados a cenar; sin embargo, supongo que ya sabe que la mayoría de mis sirvientes se han marchado.

—Acabo de enterarme —reconoció Ian.

—Pueden marcharse —comentó el Conde—. No se les permitirá retornar. Como tampoco a los regimientos que han abandonado su deber se les autorizará a volver a mis fuerzas armadas.

—Con permiso del Conde —dijo Ian— aún desconocemos todos los motivos de su marcha. Puede resultar justificada alguna indulgencia.

—No se me ocurre ninguna —la voz del Conde era débil por la edad; pero su espalda se mantenía erguida como un mástil y sus ojos negros no parpadearon—. Sin

embargo, si usted considera que existe algún motivo para esa actitud, de momento reservaré mi decisión.

—Se lo agradeceríamos —repuso Ian.

—Usted es muy indulgente. —El Conde me miró. Su voz adquirió un timbre inesperado—. Capitán, ¿se lo ha comunicado el comandante? Esos desertores de ahí afuera —con el gesto de un dedo indicó la ventana y las praderas lejanas—, bajo la instigación de gente que se llaman a sí mismos revolucionarios, han amenazado con tomar Gebel Nahar. Si osan venir aquí, yo, y los pocos sirvientes leales que permanezcan, resistiremos. ¡Hasta la muerte!

—Los Gobernadores... —comenzó Ian.

—¡Los Gobernadores no tienen nada que decir en el asunto! —El Conde se volvió con fiereza hacia él—. Hace tiempo, ellos —más bien sus padres y sus abuelos— eligieron a mi padre para que fuera Conde. Yo heredé el título, y ni ellos ni nadie más en el universo poseen la autoridad para arrebatármelo. Mientras yo viva, yo seré el Conde; y la única forma en que dejaré de ostentar ese rango será cuando la muerte me lleve. Yo me quedaré aquí, y lucharé —solo, si es preciso— mientras sea capaz de hacerlo. ¡Pero jamás retrocederé! ¡Jamás cederé!

Continuó hablando durante unos minutos; pero, aunque sus palabras cambiaron, el mensaje que transmitían seguía siendo el mismo. No cedería ni un centímetro ante nadie que buscara cambiar el sistema de gobierno de Nahar. Si se le había informado mal, o era ignorante de las implicaciones de lo que decía, habría resultado fácil dejar que sus palabras se las llevara el viento. No obstante, estaba claro que ése no era el caso. Su fragilidad sólo se hallaba en el viejo y delgado cuerpo. Su mente no sólo comprendía, sino que era plenamente consciente de la situación. Lo único que anunciaba era una determinación inconquistable para no ceder jamás, a pesar de la razón o de las abrumadoras probabilidades en su contra.

Pasado un rato, se calmó. Con gracia se disculpó de sus emociones, aunque no de su actitud; y, después de unos pocos minutos de educada conversación intrascendente sobre la historia misma de Gebel Nahar, nos dio permiso para marcharnos.

—Ahora ya ves una parte de nuestro problema —me dijo Ian cuando volvimos a encontrarnos solos, de regreso a su despacho.

Caminamos una corta distancia en silencio.

—Parte de ese problema —repliqué— parece radicar en la diferencia entre nuestra noción del honor y la de ellos.

—Y de la total carencia de la misma por parte de William —señaló Ian—. Tienes razón. Para nosotros, el honor es una obligación del individuo hacia sí y hacia su comunidad... que puede terminar siendo hacia la especie humana en general. Para los nahareses, el honor sólo es una obligación hacia sus almas.

De forma involuntaria, me reí.

—Lo siento —me disculpé cuando me miró—. Es que has dado en el clavo. ¿Has leído alguna vez el poema de Calderón acerca del Alcalde de Zalamea?

—No lo creo. ¿Calderón?

—Pedro Calderón de la Barca, un escritor español del siglo diecisiete. Escribió una obra titulada *El Alcalde de Zalamea*.

Le recité las palabras que me había hecho recordar.

*Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar, pero el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios.*

—Ya veo lo que quieres dar a entender —musitó Tan.

Iba a decir algo; pero, entonces, decidí que resultaría demasiado esfuerzo. Fui consciente de que Ian me miraba de reojo a medida que avanzábamos.

—¿Cuándo comiste por última vez? —me preguntó.

—No lo recuerdo —repuse—. Aunque, en este momento, no necesito comida de forma especial.

—Entonces, lo que te hace falta es dormir —dijo Ian—. No me sorprende, después de la forma en que viniste hasta aquí desde Dorsai. Cuando regresemos al despacho, llamaré a uno de los hombres de Michael para que te muestre tus habitaciones, donde será mejor que duermas un poco. Me disculparé por ti ante el Conde, si es que aún desea que cenemos todos juntos esta noche.

—Sí. Bien —asentí—. Te lo agradecería.

En el momento en que percibí el cansancio que me dominaba, me resultó un esfuerzo incluso pensar. Para aquellos que jamás han navegado entre las estrellas, es fácil olvidar las implicaciones del hecho de que el peligro aumenta rápidamente con la distancia que se recorre en una sola fase... más allá de una cierta seguridad de años luz. Nosotros habíamos excedido esos límites de seguridad hasta el máximo en las seis fases que nos habían traído a Amanda y a mí hasta Ceta.

No se trata únicamente del peligro... del peligro de encontrarte con un error tan grande en el destino que has programado, que ya no consigas reconocer ninguna marca estelar en la que puedas basarte para navegar. Es el hecho de que hasta cuando sales al espacio conocido, un factor grande de error requiere una modificación de cálculos infinitamente mayor para localizar de nuevo tu posición. Es vital que te sitúes en un punto de forma bastante exacta, de modo que tu error en la siguiente fase no se vea incrementado y te encuentres perdido más allá de toda posible rectificación.

Durante tres días, sólo pude echar algunas cabezadas entre los períodos de cálculo. Me encontraba atontado por la fatiga, que había mantenido a raya hasta este momento gracias a la adrenalina de mi cuerpo, que te puede ayudar en las situaciones de emergencia.

Cuando el músico que me envió Ian me llevó por fin a mis habitaciones, descubrí que lo único que anhelaba era derrumbarme en la enorme cama del dormitorio. Sin embargo, años de instinto hicieron que primero recorriera los cuartos para inspeccionarlos. Mis cámaras consistían en tres habitaciones y un baño; también estaba el inevitable ventanal que daba a la pradera... aunque con una diferencia. Ésta, disponía de una puerta que daba a una pequeña terraza que recorría la planta en la que

me hallaba. Ésta se hallaba dividida en una zona exterior semiprivada para cada cámara, por medio de plantas altas empotradas en macetas, que servían como pantalla para cada punto divisorio.

Comprobé las habitaciones y la terraza, activé la cerradura de las puertas que daban al corredor y al exterior, y dormí.

Fue poco después de que oscureciera cuando repentinamente me desperté. Abrí los ojos y saqué las piernas por el borde de la cama, quedando sentado, en un movimiento reflejo, antes de que mi cerebro registrara que lo que me había despertado había sido el sonido de un timbre en la puerta de entrada a mis habitaciones.

Alargué el brazo y oprimí la tecla del anunciador.

—¿Sí? —dije—. ¿Quién es?

—Michael de Sandoval —repuso la voz de Michael—, ¿puedo entrar?

Toqué el botón de acceso y la puerta se abrió, dejando entrar una guadaña de luz desde el corredor en la oscuridad de mi salón, tal como yo lo veía desde el dormitorio. Por entonces, yo me había puesto de pie y me dirigía hacia el salón para encontrarme con él. Entró y la puerta se cerró a su espalda.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—El sistema de ventilación se encuentra en este nivel —replicó—. Entonces, me di cuenta de que el aire de mi cámara se hallaba en ese momento perfectamente inmóvil... inmóvil y empezando a estar caliente y cargado. Evidentemente, Gebel Nahar había sido diseñada para quedar aislada de la atmósfera exterior.

—Quería comprobar todas las habitaciones en esta planta —continuó Michael—. Las puertas internas no son tan herméticas como para que usted se hubiera asfixiado; no obstante, la respiración se habría hecho un poco dificultosa. Quizá por la mañana consigamos localizar el fallo y arreglarlo. Esto forma parte del problema del personal de mantenimiento que se marchó junto con el ejército. Mi sugerencia es que abra la puerta de la terraza para usted, señor.

Ya estaba cruzando la habitación en dirección a la puerta que había mencionado.

—Gracias —dije—. ¿Cuál era la situación con los sirvientes? ¿Eran también simpatizantes revolucionarios?

—No necesariamente —descorrió la puerta para que penetrara el aire nocturno, que pasó fría y dulcemente a través de la abertura—. Lo que ocurre, es que no querían que les cortaran los cuellos junto con el Conde, cuando el ejército asaltara la fortaleza.

—Ya veo —comenté.

—Sí —regresó hasta donde me hallaba yo en el centro del salón.

—¿Qué hora es? —quise saber—. He estado durmiendo como si me encontrara sedado.

—Un poco antes de la medianoche.

Me senté en uno de los sillones del salón en penumbras. El destello de las suaves

luces del exterior, que se hallaban espaciadas a intervalos de diez metros a lo largo del borde exterior de la terraza, entraba por el ventanal e iluminaba débilmente la sala.

—Siéntate un rato —pedí—. Cuéntame cómo fue la reunión de esta noche con el Conde.

Ocupó una silla delante de mí.

—He de regresar pronto —dijo—. Soy el único disponible en este momento como oficial de guardia. No obstante, la recepción con el Conde fue encantadora. Se encontraba tan ocupado siendo amable con Amanda, que casi olvidó anunciar su desafío contra los desertores del ejército.

—¿Sabes cómo le fue a Amanda con los Gobernadores?

En la penumbra, sentí, más que vi, un encogimiento de hombros por su parte.

—No había gran cosa que se pudiera hacer con ellos —repuso—. Expusieron su preocupación sobre la desertión de los regimientos y quisieron garantías de que Ian y Kensie podían controlar la situación. Efectivamente, todo estaba calculado.

—Entonces, ¿se fueron?

—Así es. También pidieron garantías para la seguridad del Conde. Tanto Ian como Kensie les dijeron que no había ninguna garantía; pero, que protegeríamos al Conde, por supuesto, con todos los medios a nuestro alcance. Entonces, se marcharon.

—Parece —comenté— como si Amanda se hubiera podido ahorrar el tiempo y el esfuerzo.

—No. Ella indicó que deseaba vivir personalmente la sensación que le transmitían. —Se inclinó hacia adelante—. ¿Sabe?, es algo que se podría escribir a casa. Creo que si alguien puede encontrar una salida a esto, es ella. Ella misma dice que no hay duda de que existe esa salida... sólo que descubrirla entre las próximas veinticuatro a treinta y seis horas es pedir mucho.

—¿Te ha pedido información acerca de esta gente? Parece que eres tú el único que los conoce bien.

—Habló conmigo cuando les traje hasta aquí... ya lo recuerda. Le indiqué que me hallaría disponible cuando lo considerara necesario. Hasta ahora, sin embargo, ha pasado la mayor parte del tiempo trabajando, ya sola, ya con Ian o Padma.

—Ya veo —dije—. ¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿Quieres que te releve un poco como oficial de guardia?

—Ian dice que usted tiene que descansar. Que le necesitará mañana. Yo llevo mis deberes bastante bien. —Se dirigió hacia la puerta de entrada de la cámara—. Buenas noches.

—Buenas noches —repuse.

Salió, con la hoja de luz del corredor atravesando brevemente la moqueta de mi salón y volviendo a desvanecerse cuando la puerta se abrió y, luego, se cerró a su espalda.

Permanecí en el sillón del salón en el que estaba sentado, disfrutando de la suave brisa nocturna que provenía del ventanal entreabierto. Puede que me quedara dormido. De todas formas, de repente, me desperté ante el sonido de voces que venían de la terraza. No de la mía, sino de la adyacente, más allá de la ventana del dormitorio, a la izquierda.

—Si... —decía una voz.

Yo había tenido a Ian en la mente, y, durante un segundo, creí que estaba oyendo su voz. Pero, se trataba de la de Kensie. Las voces eran idénticas, salvo que existía una diferencia de actitud que las diferenciaba.

—No lo sé... —Era la voz de Amanda la que respondía, una voz atribulada.

—El tiempo pasa muy rápidamente —comentó Kensie—. Míranos a nosotros. Parece que fue ayer cuando íbamos juntos al colegio.

—Lo sé —dijo ella—; me estás hablando de que ya es hora de asentarse. Pero, puede que yo nunca lo haga.

—¿Cuán segura estás de eso?

—No lo estoy, por supuesto. —Su voz cambió, como si se hubiera apartado un poco de él.

Tuve una inesperada imagen mental de él de pie, dándole la espalda a la puerta del ventanal por el que habían salido juntos; y una de ella, habiéndose dado la vuelta y caminado hacia la barandilla de la terraza, donde se encontraba en ese momento con la espalda hacia él, mirando la noche y la llanura iluminada por el cielo estrellado.

—Entonces, podrías tomar en consideración la idea de asentarte.

—No —contestó ella—. Sé que no quiero hacer eso. —La voz experimentó otro cambio, como si ella hubiera girado y regresado hasta donde se hallaba él—. Quizá es que estoy poseída por un fantasma, Kensie. Tal vez se trate del viejo espíritu de la primera Amanda que decide las cosas por mí.

—Ella se casó... tres veces.

—Pero, sus esposos no eran importantes para ella como habitualmente sucede. Oh, sé que los amó. He leído sus cartas y lo que sus hijos, cuando se hicieron adultos, escribieron sobre ella. Sin embargo, en realidad ella pertenecía a todo el mundo, no sólo a sus maridos y a sus hijos. ¿No lo entiendes? Creo que así es como también ha de ser para mí.

Él no pronunció palabra. Después de un largo rato, ella volvió a hablar, y su voz sonó más baja y drásticamente alterada.

—¡Kensie! ¿Es tan importante?

La voz de él tuvo un tinte ligeramente alegre; no obstante, las palabras surgieron una fracción más lenta de lo que lo habían hecho antes.

—Parece serlo.

—Pero es algo en lo que caímos de niños. Simplemente, se trató de algo que asumimos entonces. Ya hemos crecido. Tú has cambiado. Yo he cambiado.

—Sí.

—Tú no me necesitas. Kensie, Tú no me necesitas a *mí*... —Su voz sonaba suave—. Todo el mundo te adora.

—¿Podría cambiarlo? —El tono alegre no había desaparecido—. ¿A todo el mundo por ti?

—¡Kensie, no!

—Pides mucho —dijo él; y ahora el humor se había esfumado, aunque no había nada reprochable en la forma en la que él hablaba—. Probablemente, me resultaría más fácil dejar de respirar.

Se produjo otro silencio.

—¿Por qué no puedes verlo? No tengo otra elección —dijo ella—. No tengo más elección que la que tienes tú. Los dos somos lo que somos, y estamos atrapados en ello.

—Sí —acordó él.

Esta vez, el silencio duró mucho tiempo. No obstante, ninguno de los dos se movió. Por ese entonces, mi oído se hallaba sensibilizado a sonidos tan leves como el respirar de un gorrión. Habían estado de pie un poco separados, y continuaron igual de separados.

—Sí —repitió finalmente él... y esta vez fue un *sí* lento, un *sí* cansado—. La vida avanza. Y todos nos movemos con ella, nos guste o no.

En ese momento, ella se le acercó. Escuché los pasos en el suelo de cemento de la terraza.

—Estás agotado —le dijo—. Ian y tú lo estáis. Duerme algo antes de que llegue la mañana. Por el día, las cosas parecerán distintas.

—Eso sucede a veces —de nuevo había retornado el matiz de humor que, sin embargo, reflejaba un gran esfuerzo—. En este caso, no es que lo crea ni por un momento.

Los dos volvieron a entrar.

Permanecí sentado donde estaba, completamente despierto. No había tenido ninguna opción para ponerme de pie y alejarme de su conversación sin dejarles saber que me encontraba allí. Su oído era, como mínimo, tan bueno como el mío y, al igual que yo, ellos habían sido entrenados para mantener sus sentidos siempre en alerta. Sin embargo, el hecho de conocer eso no ayudaba en nada. Todavía tenía la desagradable sensación de que había invadido algo ajeno a mí.

No tenía ningún sentido moverme ahora. Seguí donde estaba, tratando de convencerme de mis actos y de controlar esa desagradable sensación. Me encontraba tan concentrado en mis propios sentimientos que, por una vez, no presté atención a los sonidos que me rodeaban, y la primera advertencia que recibí fue un leve ruido en la entrada de mi propia terraza; alcé la vista para ver la oscura silueta de una mujer en el umbral del ventanal.

—Lo has oído —comentó la voz de Amanda.

Era inútil negarlo.

—Sí —corroboré. Ella permaneció inmóvil en el umbral—. Dio la casualidad de que me hallaba aquí sentado cuando salisteis a la terraza —continué—. No dispuse de la oportunidad de cerrar la puerta o de alejarme.

—Está bien —entró—. No, no enciendas las luces.

Dejé caer la mano que había alzado hacia los controles situados en el apoyabrazos de mi sillón. Con la iluminación que provenía de la terraza, situada a su espalda, ella podía verme mejor que yo a ella. Se sentó en el sillón que había ocupado hacía un rato Michael.

—Decidí pasar por aquí para ver si dormías bien —explicó—. Ian te tiene preparado mucho trabajo para mañana. No obstante, creo que esperaba encontrarte despierto.

Incluso en la oscuridad, las señales venían altas y claras. Esa atracción que ejerzo sobre la gente estaba actuando de nuevo.

—No quiero resultar entrometido —comenté.

—Si alargó el brazo y te cojo por el cuello, ¿serás un entrometido? —Su voz tenía la misma ligereza que ocultaba el dolor que yo había notado en la voz de Kensie—. Soy yo quien está a punto de abrumarte con mis problemas.

—Eso no es, necesariamente, una intromisión —dije.

—Esperaba que lo tomaras así —afirmó ella. Resultaba extraño que su voz cotidiana surgiera de una silueta en la oscuridad—. No te hubiera molestado; sin embargo, necesito tener toda mi mente concentrada en la situación de aquí, y los asuntos personales han terminado por cruzarse en mi camino. —Se detuvo—. A ti no te importa que la gente se confiese contigo, ¿verdad? —preguntó.

—No —repuse.

—Eso pensé. Tuve la sensación de que no te importaría. ¿Piensas mucho en Else?

—Cuando mi mente no está ocupada en otras cosas.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Era alguien a quien valía la pena conocer.

—Sí. Conocer a otra persona es lo que marca la diferencia. Pero el problema es que a menudo no lo sabemos. O no lo descubrimos hasta que ya es demasiado tarde —hizo una pausa—. Supongo que crees, después de lo que acabas de escuchar, que estoy hablando de Kensie, ¿verdad?

—¿No es así?

—No. Kensie e Ian... los Graeme se encuentran tan próximos a nosotros, los Morgan, que bien podríamos estar todos emparentados. Habitualmente, uno no se enamora de un pariente... o, por lo menos, no crees que lo harás cuando eres joven. La clase de persona de la que te imaginas enamorada en el futuro es alguien desconocido y excitante... alguien que se halle a cincuenta años luz de ti.

—No sé nada sobre eso —comenté—. Else era una vecina mía y creo que crecí enamorado de ella.

—Lo siento —su silueta se movió un poco en la oscuridad—. En realidad, hablaba de mí misma. Pero sé lo que quieres decir. En momentos de tranquilidad, cuando era más joven, más o menos llegué a asumir que terminaría al lado de Kensie. Algo tiene que funcionar mal en ti para no querer a alguien como él.

—¿Y hay algo que funcione mal en ti? —inquirí.

—Sí —repuso—. Eso es. El problema es que crecí.

—Todo el mundo lo hace.

—No me refiero a que creciera físicamente. Maduré. Nosotros, los Morgan, tenemos vidas muy largas y me imagino que nos desarrollamos más despacio que los demás. No obstante, ya sabes lo que ocurre con los jóvenes... ya sean animales o humanos. ¿Tuviste alguna vez, de niño, a un animal salvaje como mascota?

—A varios —repliqué.

—Entonces, ya te has encontrado en la situación de la que te hablo. Mientras el animal salvaje es cachorro, es juguetón y dócil; sin embargo, cuando crece, llega un día en que te muerde o te araña sin aviso previo. La gente comenta que ello forma parte de su naturaleza salvaje. Sin embargo, no es así. Los humanos cambian exactamente de la misma forma. Cuando un joven crece, se vuelve consciente de sí mismo, de sus propias necesidades, de sus propios deseos, de sus propios estados anímicos. Entonces, llega el día en que alguien trata de jugar con él y no se encuentra con ganas de jugar... y reacciona con un ¡Aléjate! ¡Lo que yo quiero es tan importante como lo que tú quieres! Y, de repente, la época en que era joven y juguetón ya ha pasado para siempre.

—Por supuesto —dije—. Nos ocurre a todos.

—¡Pero, con nosotros —a nuestra gente— sucede demasiado tarde! —exclamó—. O, más bien, empezamos la vida demasiado pronto. A la edad de diecisiete años, en Dorsai, ya debemos salir y trabajar como un adulto, ya sea en casa o en algún otro planeta. Se nos lanza de golpe al mundo de los adultos. Nunca tenemos tiempo de analizar el proceso, de comprender qué va a suponer para nosotros ser adultos. No comprendemos que ya hemos dejado de ser cachorros hasta que un día arañamos o mordemos a alguien sin previo aviso; y, entonces, nos damos cuenta de que hemos cambiado... y de que ellos han cambiado. Sin embargo, ya es demasiado tarde para que nosotros nos adaptemos al cambio de la otra persona, debido a que nosotros mismos estamos atrapados en nuestro propio cambio.

Se detuvo. Yo permanecí sentado, aguardando, sin hablar. Según mi experiencia con este tipo de cosas desde que Else muriera, daba por supuesto que ya no era necesario hablar. Ahora, sería ella la que llevaría la conversación.

—No, no era de Kensie de quien hablaba cuando he entrado aquí y he dicho que el problema estriba en que no conoces a alguien hasta que resulta demasiado tarde. Se trata de Tan.

—¿Ian? —pregunté, ya que ella había vuelto a guardar silencio y, de forma igualmente instintiva, sentía que ahora ella necesitaba que la ayudara a seguir.

—Sí —dijo—. Cuando era joven, yo no comprendía a Ian. Ahora, sí. Entonces, creía que él no tenía nada de especial... o que, simplemente, todo él era sólido, como un trozo de madera. Pero no es así. Todo lo que puedas ver en Kensie, se encuentra en Ian, sólo que no hay luz para poder captarlo. Ahora lo sé. Y ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —repetí—. Todavía no se ha casado, ¿verdad?

—¿Casado? Aún no. Pero ¿no lo sabías? Mira la fotografía que tiene en su escritorio. Su nombre es Leah. Se encuentra en la Tierra. La conoció cuando estuvo allí, hace cuatro años. Pero no me refería a eso cuando he comentado que era demasiado tarde. Quiero decir... que es demasiado tarde para mí. Lo que oíste que le decía a Kensie es la verdad. Llevo conmigo la maldición de la primera Amanda. Primero, he nacido para pertenecer a mucha gente; y, sólo en segundo lugar, para una sola persona. Del mismo modo que daría todo por Ian, esa ecuación se encuentra en mi interior desde que crecí. Tarde o temprano, incluso él ocuparía un segundo lugar en mi vida. Y no puedo hacerle eso a él; y ya es demasiado tarde para que yo pueda ser otra cosa.

—Quizá Ian estuviera dispuesto a aceptar esos términos.

Tardó un segundo en contestar. Luego, escuché una leve inhalación de aire desde la profunda oscuridad que era ella.

—No deberías decir eso —comentó.

Se produjo otro instante de silencio. Entonces, volvió a hablar, esta vez con fiereza.

—¿Le sugerirías algo así a Ian si nuestras posiciones estuvieran invertidas?

—No lo he sugerido —dije—. Sólo lo he mencionado.

Otra pausa.

—Tienes razón —comentó—. Yo sé qué es lo que deseo y a lo que temo en mi interior, y me parece tan obvio, que sigo creyendo que todo el mundo debería también saberlo. —Se puso de pie—. Perdóname, Corunna —prosiguió—. No tengo ningún derecho a cargarte con este peso.

—Así es el mundo —señalé—. La gente habla con la gente.

—Y contigo más que con la mayoría. —Se dirigió hacia el ventanal de la terraza y allí se detuvo—. Gracias de nuevo.

—No he hecho nada —dije.

—Gracias de todas formas. Buenas noches. Duerme si puedes.

Regresé a la cama, aunque en realidad no esperaba quedarme dormido con facilidad. Sin embargo, caí rendido y dormí como un tronco.

Cuando me desperté, ya había amanecido y el teléfono de la mesita de noche estaba sonando. Lo activé y el rostro de Michael me miró desde la pantalla.

—Le envió a un hombre con mapas del interior de Gebel Nahar —comentó—, para que pueda conocerla y moverse con comodidad. Puede desayunar en el Salón General de Personal, si ya está preparado.

—Gracias —repuse.

Me levanté y ya estaba preparado cuando llegó el soldado de la banda que me había sido enviado, portando un pequeño cubo con pantallas que contenía los mapas. Lo llevé conmigo y el soldado me acompañó al Salón General de Personal... que, tal como descubrí, no era un salón para el personal de Gebel Nahar en general, sino para los comandantes militares de ese establecimiento. Ian era la única persona presente cuando llegué y estaba terminando su desayuno.

—Siéntate —me ofreció.

Me senté.

—Continuaré creyendo que tendré que estar dispuesto a defender este lugar en un plazo aproximado de veinticuatro horas —manifestó—. Me gustaría que te familiarizaras con sus defensas, en particular con la primera línea de murallas y las armas allí emplazadas, de modo que puedas dirigir a los hombres que las manejen o, si fuera necesario, asumir la defensa general.

—¿Qué tienes en mente para una defensa general? —quise saber al tiempo que un soldado de la banda salía de la cocina para preguntarme qué deseaba comer. Se lo dije y se marchó.

—Precisamente, disponemos de las tropas suficientes de Michael como para atrincherar esa primera muralla y mantener a un grupo de reserva —explicó—. La mayoría, jamás han tocado un arma en su vida, salvo alguna de mano; no obstante, hemos de emplearlos para manejar las armas fijas contra el ataque de la infantería por la pendiente. Me gustaría que tú te hicieras cargo de ellos y les hicieras entrenar con las armas... Michael te podrá ayudar, ya que él sabe quiénes son los más aptos. Desayuna; mientras tanto, te explicaré qué espero que hagan los regimientos durante el ataque y cómo creo que podemos reaccionar nosotros cuando éste se produzca.

Continuó hablando mientras me servían el desayuno y yo me lo tomaba. Sus expectativas —basadas en lo que había aprendido del ejército naharés durante el tiempo que llevaba aquí, y de consultas que le había hecho a Michael— se reducían a una serie de oleadas de ataque de la infantería, pendiente arriba, hasta tomar la primera muralla. Su plan requería una defensa del primer muro hasta el último momento seguro, destrucción de las armas fijas, de modo que no pudieran ser usadas en contra de nosotros, y una rápida retirada hacia la segunda muralla, que ya estaría provista de armas... y así, paso a paso, un retroceso por las terrazas. En esencia, se trataba del tipo de defensa para la que había sido erigida Gebel Nahar por sus constructores.

El problema radicaría en hacer que unas tropas completamente inexpertas y exaltadas como el regimiento de músicos retrocedieran en orden y con serenidad. Si no era posible lograr eso, y permanecían rezagados, entonces, la primera oleada que cruzara la muralla reduciría el número de combatientes hasta un punto en que no quedarían los suficientes como para mantener una defensa eficaz sobre la segunda terraza, por no decir nada de la tercera, la cuarta y así sucesivamente, y no sobrevivirían hombres para una última resistencia en el interior de los muros de los

primeros tres niveles de la fortaleza.

Con una cantidad igual de tropas veteranas y adecuadamente entrenadas, por no mencionar un entrenamiento Dorsai, incluso sería posible defender Gebel Nahar de esa forma, al tiempo que podríamos ocasionar suficientes bajas en el bando contrario como para que, llegado el momento, los hiciéramos retroceder. Pero, lo que Ian y yo callamos, mientras permanecíamos sentados en el salón, era que lo máximo a lo que podíamos aspirar era a causar el mayor número posible de bajas al tiempo que perdíamos la lucha.

Sin embargo, también callamos el hecho de que cuanto más rígida fuera nuestra defensa de Gebel Nahar, incluso en una situación perdida, más difícil resultaría para los Gobernadores y para William acusar a los oficiales Dorsai de incompetencia en la defensa.

Terminé de comer y me puse de pie para marcharme.

—¿Dónde se encuentra Amanda? —pregunté.

—Está trabajando con Padma... o, tal vez debería decir que Padma se halla trabajando con ella —repuso Ian.

—No sabía que los Exóticos tomaran algún partido.

—No lo ha tomado —replicó Ian—. Simplemente, hace que el conocimiento —su conocimiento— esté disponible para alguien que lo necesita. Ése es el comportamiento corriente de los Exóticos, y tú lo sabes tan bien como yo. Amanda y él siguen buscando alguna solución política que pueda sacarnos a nosotros y a los Dorsai de todo esto sin ningún perjuicio.

—¿Cuáles crees que son, de verdad, sus posibilidades?

Ian sacudió la cabeza.

—Únicamente —comentó, recogiendo los papeles que había extendido ante sí en la mesa del salón—, claro está, que buscan en lugares bastante alejados, más allá de las zonas de estrategia que yo conozco. Podemos mantener la esperanza.

—¿Te has detenido a pensar alguna vez que, posiblemente, Michael, con el conocimiento que posee de los nahareses, estaría capacitado para proporcionarles datos que, de otra forma, no tendrían? —pregunté.

—Sí —repuso—. Se lo dije a ambos; y también le dije a Michael que estuviera disponible para ellos en caso de que consideraran que les podía resultar de alguna utilidad. Hasta ahora, creo que no ha sido así.

Se incorporó, sosteniendo los papeles, y salimos; yo me dirigí a los cuarteles del regimiento de música y al despacho de Michael; él, a su propia oficina y al trabajo general de organizar nuestros suministros y todo lo necesario para la defensa.

Michael no se encontraba en su despacho. El asistente me dijo que fuera a la primera muralla, donde le localicé entrenando ya a sus hombres con las armas allí emplazadas. Trabajé con él durante casi toda la mañana; luego, nos detuvimos, y no porque ya no hiciera falta practicar más, sino porque sus tropas no entrenadas se hallaban exhaustas y empezaban a cometer errores debidos únicamente a la fatiga.

Michael les envió a almorzar. Él y yo retornamos a su oficina y comimos unos sándwiches y café que nos trajo su asistente.

—¿Qué me dices de esto? —pregunté una vez que acabamos, poniéndome de pie y dirigiéndome a la pared, donde estaba colgada la gaita de aspecto arcaico—. Se lo pregunté a Ian. Pero él me comentó que sólo había tocado gaitas de las tierras altas y que si quería una demostración de cómo sonaba, tendría que pedírtela a ti.

Michael alzó la vista desde su asiento, detrás del escritorio, y sonrió. El entrenamiento con las armas parecía haber surtido en él un efecto del que ni él mismo era en realidad consciente. Parecía más joven y alegre de lo que le había visto hasta ahora; y, estaba claro, disfrutaba con cualquier atención que le dispensaran a sus instrumentos.

—Es una *gaita gallega* —repuso—. O, para ser correcto, se trata de una imitación local de una *gaita gallega* que aún, en ciertas ocasiones, se sigue haciendo y tocando en la provincia de Galicia, en España, allá en la Tierra. Es un instrumento que cualquiera que esté familiarizado con las gaitas de las tierras altas puede tocar. Ian podría haberla tocado... supongo que pensó que preferiría ser yo quien se la mostrara.

—Me dio la impresión de que creía que tú podrías hacerlo mejor —comenté.

—Bueno... —Michael volvió a sonreír—. Quizá un poco. —Se incorporó y se acercó hasta la pared, situándose a mi lado—. ¿Quiere oírla de verdad? —preguntó.

—Sí.

La bajó de la pared.

—Tendremos que salir fuera —indicó—. No es la clase de instrumento que puede tocarse en una habitación pequeña como ésta.

Regresamos hasta la primera terraza, al lugar donde estaban emplazadas las armas. Alzó la gaita en los brazos, con el único roncón largo con el fleco atado a los dos extremos de éste y lo apoyó sobre el hombro, apuntando hacia el cielo detrás de él. Se llevó la boquilla a los labios y posó los dedos sobre los agujeros del puntero. Entonces, sopló la bolsa y comenzó a tocar.

La música de las gaitas es como el *whisky* Dorsai. La gente cree que no hay nada comparable a él o no puede soportarlo. Da la casualidad de que yo soy uno de éstos a los que les encanta el sonido... no habría podido aducir una razón especial hasta viajar a Gebel Nahar; lo que ocurre es que mi propia ascendencia es española y no escocesa, y nunca antes había sabido que ése también era un instrumento español.

Michael interpretó algo escocés y típico —creo que era *Las Flores del Bosque*—, llevando lentamente el ritmo con los pies a medida que tocaba. Entonces, de manera brusca, dio media vuelta y avanzó un paso al frente; de hecho, casi desfiló. Entonces, comenzó a tocar algo completamente diferente.

Desearía tener las palabras adecuadas para describirlo. Era cualquier cosa menos algo escocés. Se trataba de una pieza española hasta la médula... una especie de desafío salvaje, bárbaro y musical que calentó la sangre en mis venas y amenazó con

erizar los pelos de mi nuca.

Por fin terminó con una especie de aullido moribundo en el momento en que retiró la desinflada bolsa de la axila. Su rostro ya no era joven, había cambiado. Parecía chupado y viejo.

—¿Qué fue eso? —le pregunté.

—Cuando te encuentras en compañía delicada, tiene un nombre delicado —repuso—. Sin embargo, nadie lo emplea. Los nahareses lo llaman *Su Madre*.

—¿*Su Madre*? —repetí.

Entonces, lo comprendí. El idioma español posee un cierto número de imprecaciones complejas y poéticas con las que puedes insultar a tu enemigo y a su familia; las palabras *su madre* suelen estar en todas ellas.

—Sí —corroboró Michael—. Es lo que se toca cuando desafías a tu enemigo para que salga a luchar. Le acusa de ser menos que un hombre en todo el sentido de la palabra... y a los nahareses les gusta. —De repente, se sentó en las rampas de la terraza, como si estuviera muy cansado y desanimado por haber realizado un prolongado e inútil esfuerzo, y apoyó la *gaita gallega* en sus rodillas—. También les gusto yo —continuó, mientras miraba distraídamente el muro de la zona de barracas que había a mi espalda—. A mis músicos, a mi regimiento... les caigo bien.

—Siempre hay excepciones —dije, contemplándole—. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los hombres que sirven bajo las órdenes de un Dorsai adoran a su oficial.

—No me refería a eso. —Todavía seguía mirando el muro—. No he guardado en secreto el hecho de que no pienso tocar un arma. Todos lo sabían el día en que firmé como director de la orquesta.

—Ya veo —comenté—. Así que se trata de eso.

Con un gesto brusco, me observó.

—¿Sabe cómo reaccionan ellos ante la gente cobarde —tal como ellos los consideran—, que puede luchar pero que no quiere hacerlo en esta rama particular y exaltada de las culturas divididas? Les animan a desaparecer de la faz de la tierra. Por aquí demuestran su hombría eliminando a los cobardes. Sin embargo, a mí no me tocan. Ni siquiera me desafían a duelos.

—Porque creen que no lo harás —comenté.

—Así es —la expresión de su rostro era casi salvaje—. Lo creen. ¿Por qué no?

—Porque tú *sólo* dices que no empuñarás un arma —expuse sin ningún rodeo—. En todos los demás lenguajes en los que expresas todo lo que dices o haces, transmites la información opuesta. Ello les indica que no sólo puedes usar un arma, sino que eres tan bueno que nadie que te desafiara tendría alguna oportunidad. No sólo podrías derrotar a cualquiera, sino que le harías aparecer como un idiota en el proceso. Y nadie quiere parecerlo, en especial un individuo con una mentalidad de macho. Ese mensaje aparece en todos tus gestos y tus palabras. ¿Y de qué otra forma podría ser contigo?

—¡Eso no es verdad! —Se puso súbitamente de pie, sosteniendo la *gaita*—. Amo aquello en lo que creo. Lo he hecho desde que...

Se detuvo.

—Quizá lo mejor sea que volvamos al trabajo —le dije tan suavemente como pude.

—¡No! —La palabra brotó violentamente de su interior—. Quiero contárselo a alguien. Las probabilidades son que después de esto no sobrevivamos. Quiero que alguien que...

Se interrumpió. Estaba a punto de decir «alguien que lo comprenda...» y no fue capaz de decir esas palabras. Pero yo no podía ayudarle. Como ya he expresado, desde la muerte de Else me he acostumbrado a escuchar a la gente. Sin embargo, hay algo en mí que me indica cuando debo hablar y cuando no he de ayudar a los que desean hablar. Y ahora había algo que me mantenía en silencio.

Durante unos pocos segundos se debatió consigo mismo y, luego, pareció que la calma le envolvía.

—No —dijo, como si hablara consigo mismo—, lo que la gente crea poco importa. No es muy probable que salgamos vivos de esta situación, y quiero ver cómo reacciona usted. —Me miró—. Ésa es la razón por la que deseo explicárselo a alguien como usted —prosiguió—. Quisiera saber cómo lo tomarían en casa si se lo explicara. Y su familia es como la mía, del mismo cantón, de la misma vecindad, con la misma clase de antepasados...

—¿Se te ha ocurrido que tal vez no le debas ninguna explicación a nadie? —pregunté—. Cuando tus padres te educaron, lo único que hicieron fue pagar la deuda que tenían con sus propios padres por haberlos educado a ellos. Si tienes alguna obligación con alguien —e incluso ése es un punto débil, ya que la idea que radica detrás de nuestro mundo es que se trata de un planeta para gente libre— es para con los Dorsai en general, para traer créditos de intercambio interestelar al haber encontrado un trabajo fuera de nuestro mundo. Y eso ya lo hiciste cuando te convertiste en el director de la orquesta del regimiento. Cualquier cosa adicional, es un asunto privado que sólo te concierne a ti.

Era prácticamente cierto. El intercambio vital entre los mundos no residía en la riqueza, como cualquier colegial sabe, sino en el intercambio estelar de créditos de trabajo. Los planetas habitados comercian con habilidades y conocimientos, todo ello en la forma de individuos humanos; y el crédito de intercambio que gana un Dorsai en Newton permite a Dorsai contratar a un geofísico de Newton... o a un médico de Kultis. Aparte de su paga personal, Michael había estado ganando créditos de intercambio desde que había llegado aquí. Cierto es que los podría haber ganado con una tarifa más alta si hubiera elegido trabajar como un oficial mercenario de combate; sin embargo, los créditos que ganaba como director de la orquesta justificaban sobradamente la educación y el entrenamiento recibidos.

—No hablo de eso... —comenzó.

—No —corroboré—, estás hablando de una cuestión de obligación y honor, muy similar a la que estos nahareses están sometidos.

Permaneció durante un segundo en silencio, absorbiendo mis palabras. No obstante, tenía la boca cerrada y la mandíbula encajada.

—Lo que me quiere decir —comentó al fin— es que no quiere escucharme. No me sorprende.

—Vamos —señalé—, ahora hablas como un naharés. Claro que escucharé cualquier cosa que desees contarme.

—Entonces, siéntese —me dijo. Con un gesto indicó el bastión y él mismo se sentó. Me acerqué y me situé enfrente de él—. ¿Sabe que soy un hombre feliz? —demandó—. De verdad que lo soy. ¿Por qué no? Tengo todo lo que deseo. Tengo un trabajo militar, me encuentro en contacto con todo aquello con lo que, cuando crecía, sentía que era la clase de vida que mi familia debía mantener. No hay nadie como yo. Soy el mejor en lo que hago y en todo lo que está relacionado con ello... y tengo mi otro amor, la música, como mi deber principal. Les gusto a mis hombres, mi regimiento se siente orgulloso de mí. Y mis superiores me respetan.

Asentí.

«Pero, existe este otro aspecto...».

Sus manos se cerraron en la bolsa de la *gaita* y del roncen surgió un sonido fugaz.

—¿Tu negativa a luchar?

—Sí —se puso de pie y comenzó a andar de un lado a otro, sosteniendo el instrumento en las manos, hablando con cierta brusquedad—. Esta sensación que está en contra de herir a nadie... la tuve mientras experimenté la otra... todos esos sueños que confeccioné de niño a partir de las historias que los mayores de mi familia me narraban. Siendo joven, no me importaba que esa sensación y los sueños colisionaran. Siempre ocurría que en mis propias visiones de las batallas que ganaba, éstas jamás eran sangrientas, la victoria era lograda sin que nadie saliera herido. Entonces, no me preocupaba ningún conflicto interno. Pensé que se trataba de algo que, a medida que creciera, se solucionaría solo. Claro está que no matas a nadie mientras estudias en la Academia. Usted sabe tan bien como yo que cuanto mejor eres, menos peligroso resultas para tus compañeros. Sin embargo, lo que había en mi interior no cambió. Permaneció allí conmigo todo el tiempo, inalterable.

—A ninguna persona normal le gusta la lucha y la matanza reales —señalé—. Lo que nos distingue a nosotros, los Dorsai, es el hecho de que la mayoría de las veces *podemos* ganar sin derramamiento de sangre, cuando otra persona dejaría el lugar lleno de cadáveres. Nuestro camino se justifica ante nuestros contratantes porque les ahorra dinero; sin embargo, también nos aparta de la brutalidad inherente al combate y nos mantiene humanos. Ningún buen oficial se cuelga medallas en proporción a la gente que mata y hiere. ¿Recuerdas lo que dice Cletus al respecto? Él odiaba todo lo que tú odias, de la misma forma.

—Pero, él podía hacerlo cuando se veía obligado a ello —Michael se detuvo y me

miró con un rostro en el que la piel aparecía tensa sobre la estructura ósea—. Y usted también, en esta situación. O Ian. O Kensie.

Eso era verdad, por supuesto. Era incapaz de negarlo.

—¿Sabe? —continuó Michael—, ésa es la diferencia que existe cuando estás en los mundos externos y cuando te encuentras en la Academia. En la vida, tarde o temprano, llegas a una situación en la que tiene que haber muertes. Tarde o temprano, si vives por la espada, matas con la espada. Cuando me gradué y tuve que enfrentarme al hecho de salir a los mundos como un oficial de combate, me vi obligado a tomar una decisión. Y lo hice. No puedo herir a nadie. No heriré a nadie... creo que ni siquiera para salvar mi propia vida. Sin embargo, y al mismo tiempo, yo soy un soldado, y nada más. He nacido como un soldado. No deseo otro tipo de vida, no puedo concebir otro tipo de vida; y amo ésta.

Súbitamente, se detuvo. Durante un largo rato permaneció de pie, inmóvil, mirando hacia las llanuras y hacia los lejanos resplandores de luz que provenían de los campamentos de los regimientos desertores.

—Bueno, eso es todo —concluyó.

—Sí —corroboré.

Se volvió para observarme.

—¿Se lo contará a mi familia? —me preguntó—. ¿Si usted volviera a casa y yo no?

—Si así sucediera, lo haré —prometí—. No obstante, aún nos falta mucho para estar muertos.

Inesperadamente, sonrió, una sonrisa triste.

—Lo sé —comentó—. Lo que ocurre es que llevo ese peso sobre mi conciencia desde hace mucho tiempo. ¿No le importa?

—Claro que no.

—Gracias —dijo.

Alzó la gaita en las manos, como si acabara de recordar que la sostenía.

—Mis hombres regresarán aquí en unos quince minutos —indicó—. Si usted tiene otras cosas que hacer, puedo continuar yo solo con el entrenamiento.

Le miré con los ojos un poco entrecerrados.

—¿Intentas decirme —comenté— que aprenden más rápidamente si yo no estoy cerca?

—Algo parecido. —Se rió—. Están acostumbrados a mí; sin embargo, usted les hace ser conscientes de su propia torpeza. Se inhiben y no dejan de cometer una y otra vez los mismos errores; luego, se enfurecen con ellos mismos y trabajan peor. No sé si Ian lo aprobaría, aunque yo conozco a esta gente; y creo que puedo conseguir un aprendizaje más veloz si estoy solo...

—Lo que sea mejor —reconocí—. Veré qué es lo que me puede conseguir Ian.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta que me conduciría de nuevo al interior de Gebel Nahar.

—Gracias otra vez —comentó a mi espalda.

En su voz había un tono de alivio que me emocionó más de lo que esperaba, así que, en vez de decirle que el haberle escuchado carecía de importancia, simplemente le hice un gesto con la mano y entré en la fortaleza.

Encontré mi camino hasta el despacho de Ian; pero él no estaba allí. De repente, se me ocurrió que Kensie, Padma o Amanda podrían saber adonde había ido... y que todos ellos debían estar trabajando en algún otro despacho cercano.

Fui en su busca y descubrí a Kensie con su escritorio cubierto enteramente por impresiones a gran escala de los mapas del terreno.

—¿Ian? —repitió—. No, no lo sé. No obstante, tiene que regresar pronto a su oficina. A propósito, tengo un trabajo para ti esta noche. Quiero minar la pendiente que da a la fortaleza. Los hombres de Michael, una vez que hayan descansado del entrenamiento, pueden llevar a cabo el trabajo; pero, tú y yo tendremos que recorrer la zona primero y eliminar a los observadores que hayan podido enviar desde el campamento de los regimientos. Luego, más tarde, antes de que amanezca, quiero que alguno de nosotros haga un reconocimiento de su campamento en las llanuras para adquirir una idea más o menos exacta de su número, de qué disponen para atacarnos y así sucesivamente...

—Perfecto —observé—. Me encuentro completamente descansado. Llámame cuando me necesites.

—Intenta averiguar dónde se encuentra Ian, con Padma o Amanda.

—Es lo que iba a hacer.

Amanda y Padma se encontraban en una sala de conferencias, dos puertas más abajo del despacho de Kensie, sentados a un extremo de la larga mesa cubierta por impresiones de textos y con una pantalla plana activada sobre su superficie. Amanda se hallaba estudiando la pantalla y los dos alzaron la vista cuando asomé la cabeza por la puerta. Pero, así como los ojos de Padma eran agudos e inquisitivos, los de Amanda aparecían abstraídos, como los ojos de alguien que se negara a que la hicieran regresar del lugar que tanto la absorbía.

—Sólo una pregunta... —dije.

—Ya voy —me comunicó Padma. Se volvió hacia Amanda—. Tú continúa.

Ella retornó a la contemplación de la pantalla sin pronunciar palabra. Padma se incorporó y vino hacia mí, saliendo de la sala y cerrando la puerta a su espalda.

—Estoy buscando a Ian.

—No sé dónde puede estar ahora —repuso Padma—. En algún lugar de Gebel Nahar... aunque eso no es de mucha ayuda.

—No, si tenemos en cuenta el tamaño de la fortaleza —con un gesto indiqué la puerta que acababa de cerrar—. Cada vez queda menos tiempo para que Amanda encuentre una especie de solución legal, ¿verdad? —pregunté.

—No necesariamente. —La oficina exterior en la que nosotros estábamos de pie, tenía su propio ventanal y, cerca, había varios de esos sillones mullidos que

constituían casi el mobiliario habitual en este lugar—. ¿Por qué no nos sentamos ahí? Si viene por el corredor, tendrá que atravesar esta sala; y si viene por la terraza de este nivel, podremos verle por el ventanal.

Fuimos a sentarnos en los sillones.

—No es exacto, en realidad, decir que lo que busca Amanda es una forma legal de manejar esta situación. Pensé que ya comprendía eso.

—Su trabajo es algo que desconozco por completo —le anuncié—. Es una especialidad que surgió a medida que nos dábamos cuenta de que la gente estaba realizando contratos que podían tener significados diferentes con las mismas palabras y distintas nociones de las obligaciones implícitas que las que nosotros le otorgábamos. De ese modo, educamos a gente como Amanda, que se adentran en las diferencias de actitudes con las que podemos encontrarnos entre las culturas divididas con las que tratamos.

—Lo sé —dijo.

—Sí, claro que lo sabe, ¿verdad?

—No de forma inevitable —indicó—. Ocurre que como Unificador, he de debatirme con unos problemas muy similares a los que se enfrenta Amanda. Mi trabajo es con gente que no son Exóticos, y, la mayoría de las veces, mi responsabilidad radica en cerciorarme de que les comprendemos... y ellos a nosotros. Ésa es la causa de que comente que lo que tenemos entre manos va más allá de lo legal.

—Ya veo —dije—. Esta mañana Ian me contó que Amanda afirmaba que siempre había una solución, aunque aquí el problema radica en que hay que descubrirla en poco tiempo. Lo entendí bien... ¿siempre hay una solución para una maraña como ésta?

—Siempre existen diversas soluciones —explicó Padma—. El problema consiste en encontrar aquélla que prefieres... o, quizá, la que aceptes. Las situaciones humanas, al ser creadas por humanos, son siempre manipulables en manos humanas, siempre que puedan ser dominadas antes de que se desencadenen los acontecimientos. Cuando eso sucede, claro está, se convierten en historia...

Me sonrió.

«... Y la historia, por lo menos hasta ahora, es algo que no podemos cambiar. Sin embargo, modificar lo que va a ocurrir, sólo requiere que se llegue a tiempo a la base de las fuerzas involucradas, ejerciendo las presiones adecuadas en las direcciones correctas. Lo que lleva tiempo es identificar esas fuerzas, descubrir qué presiones son factibles y dónde hay que aplicarlas». —Y nosotros no disponemos de tiempo.

Su sonrisa desapareció.

—No. De hecho, no lo tienen.

Le miré directamente a los ojos.

—En ese caso, ¿no debería estar pensando usted mismo en marcharse? —pregunté—. De acuerdo con lo que he aprendido acerca de los nahareses, una vez que

se apoderen de este lugar, es muy posible que maten a toda la gente con la que se crucen. ¿No es usted demasiado valioso para Mará como para que allí permitan que algún soldado ebrio de batalla le corte el cuello?

—Me gustaría creerlo —repuso—. Pero ¿sabe?, desde nuestro punto de vista, lo que está sucediendo aquí tiene una importancia que trasciende lo meramente local, hasta la situación planetaria. La ontogenética identifica a ciertos individuos como personas que, en potencia, pueden ser particularmente influyentes en la historia de su época. Claro está, la ontogenética puede equivocarse... ya lo ha hecho antes. Sin embargo, nosotros creemos que estudiar detalladamente a esta gente representa un valor, en algunas ocasiones, lo suficientemente importante como para que tenga prioridad por encima de todo lo demás.

—¿Históricamente influyentes? ¿Se refiere a William? —inquirí—. ¿Quién más... no el Conde? ¿Alguien del campamento revolucionario?

Padma sacudió la cabeza.

—Si catalogáramos a ciertos individuos como hombres o mujeres influyentes de su época histórica, sólo condicionaríamos sus actos y las acciones de la gente que les conociera, y, así, enturbiaríamos nuestras conclusiones sobre ellos... aunque tuviéramos la certeza de que la ontogenética hubiera descubierto de forma adecuada su importancia; pero no podemos estar seguros.

—No le resultará tan fácil salir de esto —dije—. El hecho de que usted mismo se encuentre físicamente aquí, indica que los individuos a los que observa se encuentran aquí mismo, en Gebel Nahar. No puedo creer que se trate del Conde. Su tiempo ya ha terminado, sin importar cómo concluya esto. Lo cual apunta a todos nosotros. Michael es una posibilidad; sin embargo, y de forma deliberada, ha elegido excluirse. Yo sé que no soy nadie que pueda modelar la historia. ¿Amanda? ¿Kensie? ¿Ian?

Me miró con un poco de tristeza.

—Todos ustedes, de una u otra forma, modelarán la historia. Sin embargo, quién le va a dar forma, aunque sólo en cierto modo, es algo de lo que no puedo hablar. Como ya le he dicho, la ontogenética no es una ciencia tan exacta. En lo referente a quién puedo estar observando... yo observo a todo el mundo.

Se enfrentó a mí con un escudo amable, aunque impenetrable. Dejé el tema. Miré por la ventana; pero no pude distinguir ninguna señal de Ian.

—Quizá pudiera explicarme cómo usted o Amanda intentan encontrar una solución —comenté.

—Como ya he dicho, es cuestión de buscar la base de las fuerzas ya existentes y en funcionamiento...

—¿Los rancheros... y William?

Asintió.

—William, en especial... ya que se trata del manipulador más importante. Para obtener los resultados que él desea, William, o cualquier otro, ha de establecer una estructura de causa y efecto que funcione a través de los individuos. De modo que,

para que cualquiera que controle las fuerzas que ya están en funcionamiento, pueda inclinarlas a fin de conseguir un resultado, es imprescindible descubrir dónde es vulnerable la estructura de William a las presiones cruzadas y hacer que éstas entren en acción... una vez más, a través de los individuos.

—¿Y Amanda todavía no ha encontrado el punto débil?

—Claro que sí. Varios. —Me miró con el ceño fruncido, aunque con un toque de humor—. No tengo ninguna objeción en contarle todo esto. No hace falta que trate de sonsacarme con preguntas.

—Lo siento —me disculpé.

—Está bien. Repito, ya ha encontrado varios. Sin embargo, ninguno que pueda emplearse entre hoy y mañana, siempre que los regimientos ataquen por entonces a Gebel Nahar.

Tuve una sensación extraña, como si una puerta se cerrara lenta e inexorablemente en mi cara.

—Me parece —apunté— que lo más fácil de cambiar sería la posición del Conde. Si accediera a llegar a un entendimiento con los regimientos, todo se vendría abajo.

—Las soluciones obvias no siempre son las más fáciles —dijo Padma—. Deténgase un momento y piense. ¿Por qué cree que el Conde no cambiaría jamás su punto de vista?

—Es un naharés —repuse—. Más aún, es todo un hispano. *El honor* le impide que ceda un centímetro ante unos soldados que, supuestamente, le eran leales y que ahora amenazan con destruirle a él y a todo lo que representa.

—Pero, dígame —insistió Padma, observándome—, aunque *el honor* se viera satisfecho, ¿querría tratar con los rebeldes?

Sacudí la cabeza.

—No —dije. Era algo que había descubierto antes de esta charla, aunque sólo de forma inconsciente. Mientras hablaba con Padma ahora, era como si algo saliera de las sombras a plena luz del día—. Éste es el gran momento de su vida. Es la oportunidad de justificar el título que ostenta, de hacerlo real. De esta forma, podremos probar para él que es un verdadero aristócrata. Daría su vida —de hecho, apenas puede aguardar para darla— por ganar eso.

Se produjo un breve silencio.

—Así que ya lo comprende —comentó Padma—. Continúe. ¿De qué otra forma cree que se puede encontrar una solución?

—Ian y Kensie podrían cancelar el contrato y pagar la multa. Pero no lo harán. Aparte del hecho de que ningún oficial responsable de nuestro mundo se arriesgaría a darle esa mala reputación a los Dorsai, bajo estas circunstancias especiales, tampoco los dos hermanos abandonarían al Conde mientras éste insistiera en luchar. Eso es tan imposible para un Dorsai como lo es para el Conde jugar con *el honor*. Como la de él, sus vidas han sido dirigidas en contra de algo semejante.

—¿Qué otras formas existen?

—No se me ocurre ninguna —dije—. Ya no me quedan sugerencias... razón por la que, posiblemente, nunca se me tuvo en cuenta para el trabajo de Amanda.

—De hecho, hay unas cuantas soluciones —indicó Padma. La voz con la que hablaba era suave, casi pedante—. Existe la posibilidad de ejercer una presión económica contra William... aunque no queda tiempo para ello. También está la posibilidad de presionar social y económicamente sobre los rancheros; y también la ocasión de resquebrajar el control de los revolucionarios que han venido del exterior de Nahar para dirigir esta rebelión. En todo caso, ninguna de las soluciones se puede implantar en el breve espacio de tiempo del que disponemos.

—Además, no existe ninguna solución que se pueda poner en marcha a tiempo, ¿verdad? —pregunté de forma directa.

Sacudió la cabeza.

—No. Está totalmente equivocado. Si pudiéramos detener el reloj en este momento y tomarnos varios meses para analizar la situación, sin lugar a dudas no sólo encontraríamos una, sino varias soluciones que conseguirían abortar el ataque de los regimientos en el plazo del que disponemos para ponerlo en funcionamiento. Lo que les falta no es el tiempo para reaccionar, ya que eso es algo que está implícito en la solución. De lo que carecen es del tiempo para descubrir la solución que funcionara en el tiempo del que disponen para actuar.

—¿Lo que quiere decir —intervine—, es que debemos permanecer sentados mañana con los cuarenta o cincuenta hombres de la orquesta de Michael... y enfrentarnos al ataque de unos seis mil hombres, aunque sólo sean tropas naharesas, sabiendo durante todo el tiempo que hay una forma en la que se puede impedir el ataque, si únicamente tuviéramos el sentido común para descubrirlo?

—El sentido... y el tiempo —repitió Padma—. No obstante, sí, usted tiene razón. Es una dura realidad de la vida; sin embargo, es el tipo de realidad con el que gira la historia desde que ésta existe.

—Ya veo —comenté—. Bueno, pues no me resulta fácil aceptarlo.

—No —la mirada de Padma caía serena y fría sobre mí—. Tampoco Amanda. Ni Ian y Kensie. Y, supongo, tampoco Michael. No obstante, todos ustedes son Dorsai.

Guardé silencio. Resulta un poco bochornoso que alguien juegue tu propio as guardado en tu contra.

—De cualquier modo —continuó Padma—, ninguno de ustedes ha sido llamado para que, simplemente, lo acepten. Amanda todavía sigue trabajando. También Ian, al igual que el resto de ustedes. Perdóneme, no he querido dar a entender que me burlaba de los reflejos de su cultura. Les envidio —mucha gente les envidia— esa incapacidad para rendirse. Lo que quiero remarcar es que el hecho de que sepamos que existe una respuesta no marca ninguna diferencia. En cualquier caso, todos ustedes estarían haciendo lo mismo, ¿verdad?

—Cierto —afirmé... y en ese momento nos interrumpieron.

—¿Padma? —Eran los altavoces generales que sonaban a nuestro alrededor con

la voz de Amanda—. ¿Podría ayudarme, por favor?

Padma se puso de pie.

—He de marcharme —indicó.

Se fue. Yo permanecí sentado, atrapado por una extraña melancolía, que se apoderaba de mí —creo que lo mismo les ocurre a la mayoría de los Dorsai que están lejos de casa— en distintos momentos de mi vida. No es nada serio; simplemente un toque de soledad y tristeza, sumado al hecho de que la vida es limitada... y, sin importar todo lo que intentes, saber que únicamente puedes conseguir algunas cosas a lo largo de ella.

Todavía me hallaba sumido en ese estado de ánimo cuando los pasos de Ian por el corredor, rumbo a su despacho, me sacaron de mi introspección.

Me puse de pie.

—¡Corunna! —exclamó y me llevó hasta su despacho privado—. ¿Cómo va el entrenamiento?

—Como cabía esperar —repuse—. Ante su sugerencia, dejé a Michael solo con ellos. Piensa que podrán aprender más rápido sin la distracción de mi presencia.

—Es posible —acordó Ian.

Se acercó al ventanal y miró hacia afuera. Mi altura no era suficiente como para permitirme mirar por encima del parapeto de las terrazas y observar la primera de ellas, donde los hombres de la orquesta se entrenaban; pero, creo que su estatura sí se lo permitía.

—No parece que lo estén haciendo muy mal —comunicó.

Por supuesto, aún seguía de pie, mientras que yo me hallaba al lado del escritorio. Miré la superficie y descubrí el cubo que mostraba la imagen de la que había hablado Amanda. Estaba claro que la mujer que aparecía allí no era Dorsai; sin embargo, tenía cierta similitud con nuestra gente. Poseía una fuerte estructura ósea y era de cabello oscuro, que le llegaba hasta los hombros, más largo de lo que la mayoría de los Dorsai lo hubieran llevado en el campo de trabajo, aunque no resultaba largo de acuerdo con los cánones de la Tierra.

Miré de nuevo a Ian. Había cesado de contemplar los entrenamientos que se llevaban a cabo dos niveles más abajo. No obstante, a medio giro se había detenido, y tenía la cara hacia la pared en la que, más allá, debían estar trabajando Amanda y Padma en ese momento. Pude contemplar tres cuartas partes de su rostro, al tiempo que la luz que provenía del ventanal iluminada la cuarta parte de la cara que a mí me resultaba invisible. Percibí cansancio en él. No es que apareciera de alguna forma específica en las líneas del rostro. Era, como siempre, una montaña de granito, intocable. Sin embargo, algo en la forma en la que se erguía hablaba de fatiga... tal vez una fatiga del espíritu, más que del cuerpo.

—Me acabo de enterar de la existencia de Leah —comenté, mientras con un gesto indicaba el cubo. Había hablado con la intención de traerle de vuelta al presente.

Se volvió como si sus pensamientos se encontraran a mucha distancia.

—¿Leah? Oh, sí —sus propios ojos se dirigieron de forma ausente al cubo y volvieron a apartarse—. Sí, es de la Tierra. Iré a buscarla una vez que acabe esto. Nos casaremos en dos meses.

—¿Tan pronto? —pregunté—. Ni siquiera sabía que estuvieras enamorado.

—¿Amor? —replicó. Aún mantenía los ojos fijos en mí, aunque su atención se había alejado otra vez. Habló más para sí mismo que para mí—. No, me enamoré hace muchos años... —De repente, centró su atención. Nuevamente se encontraba conmigo—. Siéntate —me indicó, al tiempo que se dejaba caer en el sillón que había detrás de su escritorio. Yo me senté—. ¿Has hablado con Kensie después del desayuno?

—Hace un rato, tratando de averiguar dónde te encontrabas —contesté.

—Quiere emprender algunas inspecciones fuera de la muralla, una vez que haya oscurecido, y desea que le acompañes.

—Lo sé —comenté—. Me lo comunicó él mismo. Desea hacer un barrido de la pendiente que tenemos delante de la muralla con el fin de minarla y un reconocimiento del campamento de los regimientos para ver lo que podemos descubrir antes de mañana.

—Así es —afirmó Ian.

—¿Dispones de algunos números exactos de los hombres que puede haber ahí afuera?

—Según los registros de los regimientos —indicó Ian—, hay un total de algo más de cinco mil soldados de todos los rangos. Unos cinco mil doscientos. Sin embargo, algo así invariablemente atraerá a una cantidad indeterminada de nahareses que huelen la gloria personal o, por lo menos, la oportunidad para obtenerla. Además, Padma considera que existen unos setecientos u ochocientos revolucionarios verdaderos en Nahar, individuos que llevan trabajando cierto tiempo con el fin de resquebrajar el poder de la oligarquía de los rancheros. A ellos debemos añadir unos cien agentes provocadores venidos del exterior.

—En una situación como ésta, probablemente podemos descartar a aquellos que no son soldados entrenados, ¿no crees? —Ian asintió—. ¿Cuántos soldados habrán tenido experiencia real en el combate? —pregunté.

—La experiencia de combate en esta parte de Ceta —repuso Ian— significa que se habrán visto involucrados en una o dos refriegas con las fuerzas armadas de los principados circundantes. Quizá uno de cada diez soldados de primera fila. Por otro lado, todo varón, en especial de Nahar, ha soñado con un momento dramático como éste.

—De modo que se lanzarán todos en el primer ataque —observé.

—Es como yo lo veo —dijo Ian—, y Kensie está de acuerdo conmigo. Me alegra ver que también tú piensas así. Todo el mundo atacará en esa primera embestida, no sólo con la intención de hacerlo bien, sino con el sueño de superar a todos los demás. Si logramos que retrocedan una vez, algunos ya no lo intentarán de nuevo. Y así es

como se desarrollará el ataque. No se desanimarán en grupo. Pero, cada retroceso, desalentará a unos cuantos, y alcanzaremos al corazón de la tropa, que piensa seriamente en la posibilidad de morir para atravesar la muralla y llegar hasta nosotros.

—Sí —comenté—, ¿y cuántos crees que hay de esos?

—Ahí está el problema —repuso Ian con calma—. Como mínimo, habrá uno por cada cincuenta al que tendremos que matar para detenerlo. Aunque la mitad hayan desertado para cuando llegue ese momento, eso nos deja a sesenta hombres; hemos de pensar que, para entonces, nosotros habremos tenido un treinta por ciento de bajas... y es un cálculo optimista, pensando en el hecho de que estos músicos, prácticamente, no son combatientes. Hombre a nombre, con el tipo de atacantes decididos que atravesarán la muralla, los músicos que queden tendrán suerte si se pueden ocupar de un número igual de invasores. Padma, por supuesto, no existe en nuestra lista de personal defensivo. Eso te deja a ti, a mí, a Kensie, Michael y Amanda para manejar a unos treinta hombres. ¿Te has ocupado de mantenerte en buena condición física?

Sonreí.

—Eso está bien —prosiguió Ian—. Me olvidé de contar con esa cara tuya llena de cicatrices. Acuérdate de sonreírles de ese modo cuando te ataquen. Por lo menos, eso los frenará un par de segundos, y vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir. —Me reí—. Si Michael no te necesita, ¿qué te parece si trabajas con Kensie durante el resto de la tarde?

—Perfecto —acepté.

Me puse de pie y salí del despacho. Kensie alzó la vista de los papeles cuando me vio aparecer de nuevo.

—¿Le has encontrado? —preguntó.

—Sí. Sugirió que quizá te pudiera ser de alguna utilidad.

—Lo serás. Ven aquí.

Trabajamos juntos el resto de la tarde. Desde nuestro punto de vista, los así llamados mapas a gran escala que nos había suministrado la biblioteca militar naharesa, apenas eran unos folletos turísticos. Lo que Kensie necesitaba saber era la configuración exacta, metro a metro, del terreno que había más allá de la muralla hasta una distancia de unos doscientos metros de llanura, más allá del lugar en que se iniciaba la pendiente. Con ese conocimiento, resultaría posible *realizar* estimaciones razonables de cómo se podría desarrollar un ataque a pie, cuántos atacantes podríamos tener en un solo frente y en qué partes de ese frente, debido a la vegetación, o al mismo terreno, se podría esperar que los atacantes se *rezagaran* detrás de sus compañeros durante la embestida.

Los mapas nahareses jamás se habían hecho teniendo en cuenta una información detallada del terreno. Para corregirlos, Kensie había pasado la mayor parte del día anterior tomando fotografías telescópicas de segmentos de tres metros cuadrados de

terreno, utilizando las cámaras de vigilancia emplazadas en los bastiones de la primera muralla. Con esas fotografías como referencia, en ese momento procedimos a tomar notas de las versiones ampliadas de los burdos mapas nahareses.

Nos ocupó el resto de la tarde; una vez que acabamos, dispusimos de un conocimiento bastante aceptable de las tierras que había ante Gebel Nahar, no sólo desde el punto de vista de un posible atacante, sino de un defensor que quizá tuviera que recorrerla boca abajo... como Kensie y yo haríamos aquella noche. Finalmente, cuando completamos el trabajo, lo dejamos, dispuestos a cenar.

A pesar de haber acabado a una hora razonable, no encontramos a nadie más sentado a la mesa, con la excepción de Ian. Michael aún estaba hasta el cuello de trabajo intentando convertir a sus músicos en tropas de combate; y Amanda aún se encontraba junto a Padma, absorta en la búsqueda de una solución, incluso once horas después.

—Si podéis disponer de tiempo, será mejor que tratéis de descansar aunque sea una hora —me dijo Ian—. Puede que consigamos dormir una o dos horas más antes del amanecer, aunque no es seguro.

—Sí —corroboró Kensie—. A ti también te vendría bien un descanso.

El hermano miró al hermano. Se conocían tan bien, era tan completa la comprensión mutua, que ninguno de los dos se molestó en discutir el asunto. Ya había sido debatido en silencio en ese momentáneo intercambio de miradas, y ahora ya se hallaban pensando en otras cosas.

Tal como salió todo, pude disponer de tres horas de sueño. Fue poco después de las diez de la noche, hora local, cuando Kensie y yo salimos de Gebel Nahar. Suponiendo razonablemente que los regimientos tendrían desplegados observadores vigilando las murallas —esa misma guardia que Kensie y yo tendríamos que silenciar para que los músicos pudieran minar la pendiente—, yo creí que haríamos algo parecido a bajar de la muralla por una cuerda. En vez de eso, Michael iba a conducirnos, adecuadamente vestidos y con el rostro y las manos oscurecidos, a través de algunos sótanos y por un corredor que nos llevaría hacia la noche, a unos cincuenta metros más allá de la muralla.

—¿Cómo sabías de la existencia de este pasaje? —le pregunté, a medida que nos llevaba por el túnel—. Si hay más pasajes secretos como éste, y los regimientos están al tanto de ellos...

—No los hay y desconocen éste —repuso Michael. Avanzábamos casi en fila por el corredor de paredes de cemento cuando me respondió—. Ésta es una salida de escape privada, que constituye el secreto del Conde y de nadie más. Su padre la mandó construir hace treinta y ocho años locales. Nuestro Conde me llamó para ponerme al corriente de su existencia, cuando se enteró de que los regimientos habían desertado.

Asentí. Estaba claro que había una simpatía y una amistad entre Michael y el viejo Conde, sobre la que no disponía de tiempo para hacer indagaciones. Quizá

hubiera surgido por el hecho de que cada uno era único en Gebel Nahar.

Llegamos hasta el final del túnel y al pie de unas escaleras cortas que conducían a una compuerta circular de madera. Michael apagó la luz del túnel y, de repente, nos vimos sumergidos en una oscuridad absoluta. Oí cómo giraba algo que estaba bien lubricado, ya que lo hizo casi en silencio. Por encima de nuestras cabezas, la compuerta circular se alzó para dejar pasar la luz de las estrellas.

—Adelante —murmuró Michael—. Mantengan las cabezas agachadas. Los matorrales que ocultan la entrada están llenos de espinas.

Subimos; yo abría la marcha, ya que era el menos imprescindible de los dos. Las espinas no me pincharon, aunque oí cómo arañaban la tela gruesa del mono negro de combate que llevaba, cuando atravesé los matorrales, manteniéndome al nivel del suelo. Escuché a Kensie a mi espalda y el leve sonido de la compuerta al cerrarse. Michael debía volver a abrirla dentro de dos horas y catorce minutos.

Kensie me tocó el hombro. Levanté la vista y vi su mano alzada, perfilada contra las estrellas. Hizo un gesto para que nos separáramos, volvió a rozarme el hombro y desapareció. Yo me volví y comencé a avanzar en la dirección opuesta, manteniéndome pegado al suelo.

Había olvidado lo que sería un barrido como éste. Como sucede con toda nuestra gente, yo había sido educado con la idea de mantenerme siempre en óptima condición física. Aunque hoy en día ésa es casi una noción universal. La mayoría de las culturas conceden gran importancia al hecho de mantener el vehículo físico en forma, de modo que éste pueda entregar las capacidades mentales siempre que el mercado las pueda necesitar. Pero, debido a que en nuestro caso las condiciones de nuestro trabajo son tan exigentes físicamente, es probable que nosotros hayamos puesto más énfasis en ello. Se había convertido en una idea que comenzaba en la cuna y se convertía casi en un reflejo incorporado, como lavarte o cepillarte los dientes.

Puede que ésta sea una de las razones por las que tenemos a tanta gente que llega a una edad avanzada; aparte de aquéllos que son naturalmente jóvenes para los años que tienen, como los individuos en la familia de Amanda. Ciertamente, creo que ése es uno de los motivos por los que tendemos a ser tan activos en la extrema vejez, casi hasta el momento de la muerte. Pero, incluso con los máximos esfuerzos posibles, ni siquiera nuestro entrenamiento produce los mismos resultados que la práctica.

Ian había tenido razón en pincharme acerca de mi condición, a pesar de la forma delicada en que lo hiciera. Los mejores equipos, a bordo de la nave de guerra más grande, no pueden compararse con la realidad de estar en el campo. Mi elección de trabajo reside entre las estrellas; pero no se puede negar que aquéllos, como yo mismo, que pasan sus años de trabajo en naves estelares, se anquilosan en el terreno de las habilidades corporales normales. En ese momento, en la noche, pegado directamente a la tierra, pude percibir una especie de consciencia autónoma de mi cuerpo. Estaba demasiado al tanto del peso de mi carne y de mis huesos, del esfuerzo que realizaban mis músculos, y de la incómoda posición que tenía al arrastrarme por

el suelo para cubrir el terreno.

Yo me encaminaba hacia la derecha, al tiempo que Kensie lo hacía hacia la izquierda, abarcando la pendiente, segmento por segmento, descartando los trozos de superficie cetana en mi mente, de acuerdo con el patrón de memoria en el que los había fijado. Todo era arena, grava y matorrales bajos, la mayoría con defensas incorporadas como espinas y ramas. El viento nocturno soplaba como una corriente invisible a mí alrededor, en la oscuridad, refrescándome bajo un cielo donde ninguna nube ocultaba las estrellas.

Le hubiera dado la bienvenida a la luz de una luna; pero Ceta no tiene ninguna. Después de unos quince minutos, llegué al primero de los nueve emplazamientos de mi zona que habíamos marcado como posibles lugares de asentamiento de observadores del campamento enemigo. La elección de semejantes posiciones es una cuestión de simple lógica. Cualquiera, salvo los observadores mejor entrenados, a quien se le hubiera asignado la tarea de vigilar un lugar como Gebel Nahar, desde donde, en realidad, no se espera que se produzca acción alguna, encontraría que las horas se hacen muy largas. En especial, cuando dichas horas en cuestión transcurren en el frío de la noche y en mitad de una llanura donde hay pocas cosas con las que distraer la atención. Bajo esas condiciones, la certeza del observador de que sólo está pasando el tiempo crecerá rápidamente; y a causa del instinto animal que hay en él, se dirigirá de forma automática al lugar más cómodo o resguardado que le permita realizar la vigilancia.

No obstante, no había nadie en la primera posición a la que llegué. Continué avanzando.

Fue durante ese momento cuando empecé a notar un cambio en mi forma de sentir. El ejercicio, la adaptación de mi cuerpo a la oscuridad y a la temperatura nocturna, había comenzado a mostrar sus efectos. Dejé de ser consciente de mi estado físico. A cambio, comenzaba a disfrutar de la acción.

Los viejos hábitos y reflejos despertaron en mí. Ahora fluía sobre el suelo, no como un intruso en la noche de Gebel Nahar, sino como una parte de ella. Mis ojos se habían acostumbrado a la iluminación tenue que proporcionaban las estrellas, y experimenté la ilusión de que podía ver tan bien como durante el día.

Lo mismo sucedía con mi capacidad auditiva. Lo que había sido una confusión de sonidos oscuros comenzó a disiparse y aquéllos empezaron a identificarse a sí mismos como mensajes auditivos diferenciados. Escuchaba el viento entre los arbustos, sin confundirlo con el lejano sonido de algún animal pequeño y salvaje de la llanura. Distinguía por separado los diferentes olores de la vegetación. Ahora ya era capaz de contener los ínfimos ruidos de mi propio avance —el roce de mis manos y de mi cuerpo sobre el terreno—, separarlos de los otros ruidos que flotaban en la constante corriente de la brisa. Al final, no sólo era consciente de todos ellos, sino que me sentía también unido a los mismos... uno de los habitantes de la noche cetana.

Había una cierta excitación en todo, una sensación de naturalidad y de justicia en mi silenciosa búsqueda a través de esta tierra difusamente iluminada. No sólo me sentía en casa aquí, sino que, en cierta medida, la noche me pertenecía. El viento, los aromas, los ruidos que escuchaba, todo penetraba en mí; y, de repente, comprendí que había avanzado más allá de mi propia consciencia, como un cuerpo físico separado de su entorno. Era un observador puro, con la aguda compenetración que experimenta un animal salvaje que percibe el mundo por el que se mueve. Me sentía separado de mi cuerpo; era un par de ojos, una nariz y dos orejas que barrían de forma invisible el mundo. Me había olvidado de Gebel Nahar. Casi había olvidado pensar como un ser humano. Casi —durante unos breves momentos— me había olvidado de Else.

Entonces, una especie de sentimiento del deber hizo acto de presencia y me devolvió a mis obligaciones. Terminé mi inspección. No había ningún vigilante, en ninguna de las posiciones que Kensie y yo habíamos elegido ni en ninguna otra parte del territorio que había abarcado. Increíble como podía parecer desde un punto de vista militar, los regimientos ni siquiera se habían molestado en mantener una vigilancia simbólica sobre nosotros. Durante un segundo, me pregunté si nunca habían tenido la intención de atacarnos, como Ian había pensado; y como todos los demás, incluyendo al Conde y a los músicos de Michael, habían dado por seguro.

Regresé hasta la salida del túnel y allí encontré a Kensie. La señal que me hizo con la mano también me indicó que él había encontrado su zona desierta. No había ningún obstáculo que impidiera a los hombres de Michael comenzar su trabajo de minado tan pronto como fuera posible.

Michael abrió la compuerta a la hora estipulada y bajamos por la escalera tanteando en la oscuridad. Una vez que se cerró la compuerta sobre nuestras cabezas, la luz retornó de nuevo.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Michael mientras nuestros ojos se adaptaban al resplandor.

—Nada —repuso Kensie—. Parece que nos están ignorando. ¿Tienes las minas preparadas?

—Sí —respondió Michael—. Ya que ahí afuera no hay peligro, ¿desea enviar a los hombres por una de las puertas regulares? Le prometí al Conde que mantendría en secreto este lugar.

—Fuera de toda duda —dijo Kensie—. Además, cuanto menos gente conozca este camino, que nos permite entrar y salir de Gebel Nahar, mejor. Vayamos a la fortaleza y organicemos todo.

Así lo hicimos. De regreso en la oficina de Kensie, se nos unió Amanda, que, de manera temporal, había dejado de un lado su búsqueda de una solución social de la situación. Nos sentamos formando un círculo y Kensie y yo informamos de nuestro descubrimiento.

—Se me ha ocurrido —empecé— que, quizá, haya pasado algo que haya modificado la intención de los nahareses con respecto al ataque.

Ian y Kensie sacudieron las cabezas de forma tan unánime y categórica que fue como si hubieran reaccionado por instinto. La pequeña esperanza que mantenía en mi mente vaciló y murió. Con la experiencia que tenían los dos, quedaba poco lugar para la duda si se sentían tan seguros sobre el asunto.

—Todavía no he despertado a los hombres —anunció Michael— porque, después del entrenamiento de hoy con las armas, necesitan todo el reposo posible. Llamaré a mi asistente y le diré que los despierte ahora. Estaremos fuera, trabajando, en media hora; y, salvo por la rotación que hagamos de grupos para comer y descansar, podremos trabajar durante toda la noche. Creo que tendremos todas las minas colocadas poco antes del amanecer.

—Bien —dijo Ian.

Yo permanecía sentado observándole a él y a los otros. Mis sensaciones, aparte de hacerme sentir como si formara un todo con la noche, habían dejado mis sentidos muy perceptivos. En ese momento, me sentía como un animal salvaje que hubiera sido llevado al mundo artificial del interior de la fortaleza. Las luces que brillaban desde el techo del despacho me parecían terriblemente fuertes. El mismo aire se hallaba invadido de olores alienígenas, mecánicos, como el aroma de un rastro transportado por el sistema de ventilación y el polvo de la habitación, unido a todos los demás olores que nuestra especie produce cuando se halla confinada en una estructura.

Y parte de esta sensibilidad afectaba a las otras cuatro personas que se encontraban en la sala. Me parecía que los veía, los oía y olía con una intensidad casi dolorosa. Percibía cómo se sentía cada uno, hasta un punto que nunca antes había experimentado.

Todos se encontraban mortalmente agotados... cada uno a su manera, con un cansancio personal e íntimo que, finalmente, quedaba reflejado en el agotamiento físico que la presente situación había producido en todos menos en mí. Era como si el cansancio físico hubiera conseguido desterrar la educada protección que antes ocultara el agotamiento privado; y ahora aparecía claramente en cada uno de ellos.

—... Entonces, no hay ningún motivo para que el resto de nosotros pierda tiempo —decía Ian—. Amanda, será mejor que tú y yo nos vistamos y nos equipemos para explorar su campamento. Sólo cuchillo y arma de mano.

Sus palabras me sacaron súbitamente de mi percepción aislada.

—¿Tú y Amanda? —pregunté—. Pensé que seríamos Kensie y yo, Michael y Amanda los que iríamos a echarle una ojeada al campamento.

—Así era —confirmó Ian—. Pero uno de los Gobernadores que vino ayer a la conferencia se encuentra camino de la fortaleza en una nave privada. Desea hablar con Kensie de nuevo y a solas... no quiere hacerlo con nadie más.

—¿Se espera alguna clase de acuerdo?

—Posiblemente —comentó Kensie—. Sin embargo, no podemos contar con ello, de modo que continuaremos con el plan. Por otro lado, no debemos ignorar esa

posibilidad. Así que yo me quedaré e Ian irá en mi lugar.

—Podríamos ir tres personas —insistí.

—No tan bien como si hubiera cuatro —repuso Ian—. Es un campamento bastante grande como para ser explorado rápidamente. Si pudiéramos confiar en alguien que no fuera un Dorsai para entrar y salir sin ser visto, gustoso me llevaría a media docena más. Tendremos que comprobar el cuartel general de cada regimiento, y hay seis.

Asentí.

—Será mejor que comas algo, Corunna —continuó Ian—. Puede que no regresemos hasta el amanecer.

Era un buen consejo. Cuando volví de comer, los otros tres que iban a venir se hallaban en la oficina de Ian, vestidos y preparados. Sobre su cadera derecha, Michael llevaba un cuchillo —que, después de todo, era más una herramienta que un arma—; sin embargo, no portaba ningún arma de mano, y me di cuenta de que Ian lo había consentido. Con las manos y el rostro oscurecidos, la gorra, el mono y las botas negras, Amanda parecía más alta y de espaldas más cuadradas de lo que aparentaba con sus ropas diarias.

—Muy bien —comentó Ian.

Tenía el plano del campamento desplegado, de acuerdo con las observaciones telescópicas que habíamos realizado desde las murallas, junto con lo que Michael había podido comentarnos de las costumbres de los nahareses.

—Avanzaremos según nuestra experiencia en el campo —prosiguió—. Yo me ocuparé de dos de los seis regimientos... los dos del centro. Michael, como acaba de salir del entrenamiento de la Academia y debido a que conoce a esa gente, se encargará de dos regimientos... los que están en el ala de la izquierda, que incluyen al más apartado, que fue su propio Tercer Regimiento. Corunna, tú te ocuparás del Segundo Regimiento y Amanda del Cuarto. Menciono esto ahora por si no tenemos la oportunidad de hablar fuera del campamento.

—Es lamentable que tú y Michael no podáis ocuparos de regimientos contiguos —observé—. Eso os daría la oportunidad de trabajar juntos. Puede que os haga falta, al tener que cubrir dos regimientos cada uno.

—Ian, siempre que sea posible, tiene que observar en persona el Quinto Regimiento —explicó Michael—. Es el Regimiento de la Guardia, el que posee mejores armas. Y como el mío es un enemigo tradicional del Regimiento de la Guardia, los dos, de forma deliberada, han sido colocados lo más lejos posible entre sí... ésa es la razón por la que el de la Guardia se encuentra en el centro y el Tercero en un extremo.

—¿Alguna cosa más? Entonces, será mejor que emprendamos la marcha —dijo Ian.

Salimos en silencio por el mismo túnel que habíamos recorrido Kensie y yo cuando fuimos a barrer la pendiente, y dejamos la compuerta levemente abierta para

cuando regresáramos. Una vez fuera, nos separamos a intervalos de diez metros y empezamos a trotar hacia las luces del campamento de los regimientos, que se veían en la distancia.

Tardamos, aproximadamente, una hora en llegar. Escuchamos sus sonidos cuando aún nos encontrábamos a cierta distancia. No se parecía mucho a un campamento en vísperas de una batalla, sino, más bien, a una fiesta celebrada al aire libre.

El campamento se hallaba desplegado en semicírculo. El centro de cada zona de los regimientos estaba compuesto por las tiendas de plástico infladas en forma de colmena, que se podían alzar con gran facilidad en cualquier lugar. Por detrás y entre ellas, se veían tiendas corrientes de todos los tipos y tamaños. Había bastante ruido y un tráfico continuo entre esas tiendas y los edificios de plástico, al igual que entre estos mismos.

Nos detuvimos a cien metros, justo enfrente de la parte central del semicírculo, y comprobamos nuestro equipo. Pudimos seguir hablando tranquilamente. Aunque no hubiéramos llevado nuestros monos negros, el sonido general y la actividad que se llevaba a cabo nos proporcionaban tanta intimidad y protección como una pared situada entre nosotros y el campamento.

—Todos retornaremos a este punto en cuarenta minutos —indicó Ian.

Preparamos los cronómetros y nos separamos, avanzando hacia el campamento. Mi objetivo, el Segundo Regimiento, se hallaba entre los dos de Ian y los dos de Michael; y era una zona en la que había pocas tiendas, ya que éstas se arracimaban más hacia el centro o hacia los extremos. Me deslicé entre la primera línea de edificios, saltando de sombra a sombra. Aunque no hubiera podido relajarme un poco durante la exploración de la pendiente que hay ante Gebel Nahar, no me habría resultado difícil hacerlo. Resultaba bastante claro que aunque hubiera venido sin el uniforme negro de exploración, es decir, llevando ropas locales corrientes y con una notoria mala pronunciación del español, podría haber paseado sin impedimento alguno por donde hubiera querido. Individuos vestidos con todo tipo de ropas se mezclaban con los de uniforme militar; y casi de inmediato noté que los soldados conocían a algunos civiles por sus nombres y rostros. Irónicamente, mi mono negro de batalla era la única vestimenta que hubiera podido atraer la atención inoportuna de alguien... en el caso de que yo me moviera con la suficiente torpeza como para que me vieran.

Sin embargo, no existía el peligro de que se percataran de mi presencia. La gente que se movía entre los edificios de plástico y las tiendas no tenían ojos ni oídos para aquello que no se encontrara directamente bajo sus propias narices. El pasar desapercibido en esas circunstancias, se reduce, simplemente, al hecho de que has de moverte en silencio... lo que significa que todo tu cuerpo ha de avanzar con un único ritmo, incluyendo la respiración; y que cuando te detengas, te quedes inmóvil por completo... lo que significa estar completamente relajado en cualquier posición en la que te hayas parado.

Por supuesto, la respiración es la clave para ambas cosas, tal como lo aprendemos en los juegos de la infancia, mucho antes de llegar a la edad escolar. Muévete con ritmo y detente totalmente y, a veces, podrás permanecer a plena vista de alguien que no espera que te encuentres ahí sin ser percibido. ¿Cuántas veces hemos sentido todos la sensación de que alguien que no nos esperaba en ese lugar y momento determinados «miraba a través de nosotros»?

De modo que no existía ninguna dificultad en lo que tenía que hacer; y, como ya he dicho, mi práctica en la pendiente ya me había preparado. Volví a la sensación que había experimentado antes de ser sólo sentidos: ojos, oídos y nariz que vagaban de forma invisible, rastreando el campamento naharés. Un recorrido rápido de la zona que me había asignado me reveló todo lo que necesitábamos saber sobre este regimiento en particular.

La mayoría de los soldados se encontraban entre los veinte y los cuarenta años de edad. Bajo otras circunstancias, esto podría haber hecho pensar en un contingente de veteranos. Pero, en este caso, indicaba todo lo contrario: oportunistas a los que les gustaba el uniforme, el trabajo relativamente fácil y la autoridad y libertad que brindaba la carrera militar. Descubrí unas cuantas armas de energía de campo... ligeras baterías que requerían la actividad de tres personas y que no sólo resultaban anticuadas, sino poco prácticas para usarlas en un territorio abierto como el que había delante de Gebel Nahar. Las armas más pesadas que habíamos emplazado en los bastiones serían capaces de eliminar a aquéllas tan pronto como los rebeldes intentaran usarlas, y mucho antes de que pudieran causar un daño real en las pesadas murallas defensivas.

Las armas de mano variaban e iban desde las mejores y más recientes pistolas de energía, rifles y pistolas de aguja —que llevaban los soldados—, hasta el conjunto más extraño de piezas de caza antiguas y modernas... que portaban los civiles. No vi ninguna ballesta o espada; aunque tampoco me habría sorprendido que las hubiera. Sin embargo, tanto las armas de mano civiles como las militares tenían una cosa en común que, bajo la luz de todo lo demás, me sorprendió: se encontraban bien cuidadas, limpias y eran manipuladas con respeto.

Llegué a la conclusión de que había ojeado todo lo necesario sobre esta parte del campamento. Regresé hasta la primera fila de estructuras de plástico y a la oscuridad de la llanura posterior, viéndome obligado a dar un pequeño rodeo para evitar una escaramuza de borrachos que habían surgido de uno de los edificios y que ocupaban el espacio situado entre dos de los mismos. De hecho, parecía que se estaba bebiendo bastante, aunque ninguna de las personas que vi había llegado aún al punto de la inconsciencia.

Fue durante este rodeo, cuando me percaté de la presencia de alguien que avanzaba silenciosamente en línea paralela a la que yo seguía. En ese lugar y hora, resultaba muy improbable que hubiera alguien que pudiera andar con tanto sigilo y habilidad, con la excepción de uno de los que habíamos salido de Gebel Nahar. Como

el segmento adyacente al mío se le había asignado a Michael, supuse que se trataba de él. Fui a investigar y me topé con él.

*He de mostrarle algo, me indicó con las manos. ¿Ya ha acabado aquí?*

*Sí —repuse.*

*Entonces, venga conmigo.*

Me condujo a su zona, hacia una de las estructuras de plástico más grandes del regimiento que le había tocado investigar. Me llevó hasta la parte posterior del edificio. Los lados curvos de semejantes estructuras no resultan difíciles de escalar en silencio si ya estás habituado a ello. Llegamos hasta la cima del techo curvo y me señaló un agujero pequeño.

Miré el interior y vi a seis hombres con las insignias en el cuello, que indicaban que eran comandantes de regimiento; estaban sentados juntos a una mesa, en apariencia, terminando de comer. También se encontraban presentes oficiales de menor rango; sin embargo, ninguno estaba sentado a la mesa. Las burbujas de plástico, aparte de otras virtudes, resultan bastante bien como insonorizadores; como la mesa y aquellos que la rodeaban no se hallaban directamente debajo del agujero de observación, sino al lado de una de las paredes, a una cierta distancia, no pude distinguir la conversación que mantenían. Se encontraba por debajo del nivel de comprensión. Escuchaba las palabras que emitían; pero, no las entendía.

No obstante, podía observar la forma en que hablaban y los gestos que realizaban, y veía sus reacciones. Pasados unos pocos minutos, pareció evidente que existían bastantes tensiones alrededor de la mesa. No había una discusión abierta; pero estaban sentados y se contemplaban mutuamente con expresiones que casi constituían desafíos directos, y el murmullo de sus voces crepitaba con la electricidad de la furia controlada.

Sentí que me daban un golpecito en el hombro, aparté los ojos del agujero y centré mi atención en la noche. Me llevó unos breves segundos acostumbrarme a la relativa oscuridad del techo de la estructura; pero, cuando lo hice, vi que Michael me hablaba de nuevo con las manos.

*Observe al comandante más joven... el que está a su izquierda y tiene el bigote negro. Se trata del comandante de mi regimiento.*

Miré, identifiqué al hombre, y alcé la vista del agujero para asentir con la cabeza.

*Ahora, observe el otro extremo de la mesa, el lugar más apartado de él. ¿Ve al comandante levemente gordo con patillas grises y los labios fruncidos en una mueca?*

Miré otra vez, levanté la cabeza y asentí de nuevo.

*Se trata del comandante del Regimiento de Guardia. Él y mi comandante están empezando a hartarse el uno del otro. Si no fuera así, se hallarían sentados juntos y fingirían que todo lo que ha habido entre sus dos regimientos ya se ha zanjado. Casi sucede lo mismo con los oficiales de menor graduación, si sabe qué signos buscar en cada caso. ¿Adivina qué es lo que ha producido esa enemistad?*

No, —le contesté— *pero, supongo que tú sí, de lo contrario no me habrías traído aquí.*

*Llevo tiempo observándolos. Hace un rato, tenían los mapas fuera, y resulta bastante sencillo adivinar sobre qué discutían: acerca de la posición que ocupará cada regimiento en la línea de batalla de mañana. Por fin, han llegado a un acuerdo, aunque nadie está contento con la decisión final.*

Asentí.

*Quería que lo viera por sí mismo. Cada uno está dispuesto a lanzarse sobre el cuello del otro y la situación resulta explosiva. Tal vez Amanda pueda descubrir en ello algo que le resulte de utilidad. Le he traído hasta aquí con la esperanza de que cuando nos reunamos con los otros, usted me apoye en la sugerencia que voy a hacer de que venga a verlo ella en persona.*

Volví a asentir. Las emociones crispadas que mostraban los comandantes de abajo, habían sido claras para mí desde el primer instante en que había mirado a través del agujero.

Nos deslizamos en silencio por la pared curva del edificio hasta el suelo en sombras y nos marchamos juntos hacia el punto de encuentro.

No tuvimos ningún problema para retroceder a través del campamento y retornar al punto de reunión. Se hallaba a salvo, más allá de la iluminación de las luces que los regimientos habían colocado entre los edificios. Ian y Amanda ya se encontraban allí; permanecimos juntos mientras comparábamos notas y observábamos la actividad que se desarrollaba en el campamento.

—Llamé al capitán El Man para que observara algo que había descubierto —comentó Michael—. En mi zona alternativa, se llevaba a cabo una reunión entre los comandantes de regimiento...

El sonido de un disparo de la pistola antigua de alguien le paró en seco. Todos nos volvimos hacia las tiendas, y vimos a una figura delgada que llevaba una camisa blanca, que sobresalía bajo las luces, que corría hacia donde nos encontrábamos nosotros, mientras un grupo de hombres salía de una de las tiendas, miraban a su alrededor y, luego, emprendían su persecución.

El hombre al que perseguían corría directamente hacia nosotros, con el deseo claro de escapar del campamento. Hubiera resultado bastante fácil pensar que nos había visto y que se dirigía hacia donde estábamos en busca de ayuda; pero la situación no apoyaba esa conclusión. Más allá de la improbabilidad de que buscara socorro con extraños que iban vestidos y equipados para la lucha, era obvio que con las pupilas aún dilatadas por la luz del campamento, y mirando a figuras embutidas en trajes negros, le resultaba del todo imposible vernos.

Los cuatro nos tiramos sobre la escasa hierba de la llanura. No obstante, seguía avanzando en nuestra dirección. Se escuchó otro disparo que provenía de sus perseguidores.

Por supuesto, siempre parece que, en semejantes situaciones, impera la mala

suerte. No es así, claro está. Lo bueno y lo malo terminan por equilibrarse. Pero el hecho de saberlo, no ayuda mucho cuando las cosas, de forma extraña, están destinadas a salir de la peor forma posible. El fugitivo disponía de toda la llanura naharesa para huir. Sin embargo, venía hacia nuestra posición como si un cable lo arrastrara. Nosotros permanecemos inmóviles. A menos que tropezara con alguno de nosotros, existía la posibilidad de que pasara corriendo sin percatarse de nuestra presencia.

No pisó a ninguno, aunque tropezó con Michael, trastabilló y se detuvo para ver lo que había interrumpido su fuga. Miró directamente a Amanda, y permaneció inmóvil con los ojos abiertos y asombrados. Un segundo más tarde, se había vuelto para enfrentarse con sus perseguidores, la boca abierta para gritarles.

Carece de importancia saber si esperaba que la información de lo que había descubierto aplacaría su furia hacia él, o si en ese momento olvidó que le estaban persiguiendo. Estaba claro que iba a delatar nuestra presencia, y Amanda actuó de la forma adecuada... aunque produjera los resultados menos deseados. Saltó del suelo como un resorte liberado de su tensión, golpeando con un puño la nuez de Adán del fugitivo para ahogar su grito y con el otro debajo de su esternón, a fin de quitarle el aire y evitar matarlo.

Se había visto obligada a incorporarse entre él y sus perseguidores. No obstante, a pesar de que iba toda de negro en contraste con la brillante blancura de su camisa, debió parpadear un instante ante sus ojos antes de que la reconocieran; y, con el hombre abatido, podríamos haber escapado de sus perseguidores hasta que fuera tarde para que éstos se dieran cuenta de que habíamos estado allí. Sin embargo, la increíble mala suerte del momento seguía todavía con nosotros.

En el instante en que derribaba al hombre, sonó otro disparo de los perseguidores, que iba claramente dirigido a la figura ahora inmóvil del fugitivo... y Amanda cayó con él.

Se incorporó en un segundo.

—Bien... estoy bien —dijo—. ¡Vayámonos!

Nos fuimos, desvaneciéndonos en la oscuridad, marchando al mismo trote regular con el que habíamos ido al campamento. Hasta que no descubriéramos que nos perseguían, no tenía ningún sentido que agotáramos nuestras reservas de energía. Avanzamos a un ritmo continuo, de regreso a Gebel Nahar, mientras los perseguidores, finalmente, llegaban hasta el fugitivo y lo rodeaban, poniéndole de pie e interrogándole.

Por ese entonces, pudimos ver que algunos de ellos rastreaban la zona en nuestra búsqueda con las linternas que llevaban. Sin embargo, ya nos encontrábamos bastante lejos, y nos distanciábamos más con cada segundo que pasaba. Nadie nos persiguió.

—Mala suerte —comentó Ian cuando el sonido y las luces del campamento se perdieron a nuestras espaldas—. Aunque no ocurrió nada grave. ¿Qué te sucedió a ti, «Manda»?

Ella no respondió. A cambio, cayó una vez más, trastabillando y chocando contra el suelo de forma brusca. Al instante retrocedimos todos y nos acuclillamos a su lado.

Era claro que le resultaba difícil respirar.

—Lo siento... —musitó.

Ian ya estaba cortando la tela que le cubría el hombro izquierdo.

—No hay mucha sangre —comentó.

El tono de su voz dejaba entrever que estaba muy enfadado con ella. Yo también. Resultaba del todo posible que se hubiera matado al tratar de correr con una herida que no podía sufrir esa clase de esfuerzo. Se había comportado de forma instintiva para ocultar el hecho de que aquel último disparo la había alcanzado, con el fin de que nosotros no vaciláramos en marcharnos para buscar la seguridad. No resultaba difícil comprender el impulso que le había hecho obrar de ese modo... pero no hubiera debido actuar así.

—Corunna —dijo Ian, haciéndose a un lado—. Esto entra más bien en tu especialidad.

Tenía *razón*. Como capitán, la mayoría de las veces yo era lo más parecido a un médico de a bordo. Me acerqué a ella y exploré la herida lo mejor que pude. Bajo la luz general, aunque difusa, de las estrellas, simplemente aparecía como una mancha de oscuridad contra un pálido segmento más grande de carne desgarrada. La tanteé con los dedos y apoyé la mejilla contra su superficie.

—Una bala de calibre pequeño —comenté. Ian soltó el aire bruscamente por la nariz. Él mismo ya había llegado a esa conclusión. Continué—: No se trata de una herida muy sangrante. Está arriba, cerca de la clavícula. No corre peligro de un neumotórax inmediato; pero, la cavidad del pecho debe estar llenándose de sangre. ¿Respiras mal, Amanda? No hables, sólo asiente o niega con la cabeza.

Asintió.

—¿Cómo te sientes? ¿Mareada? ¿Débil?

Volvió a asentir. Su piel era fría al contacto.

—Está entrando en estado *shock* —dije. De nuevo llevé la oreja a su pecho—. Así es —añadí—. El pulmón de este lado no recibe aire. No puede correr. No debería moverse para nada. Tendremos que cargar con ella.

—Yo la llevaré —comentó Ian. Todavía estaba furioso... una cólera irracional y emotiva, aunque trataba de controlarla—. ¿Cuánto tiempo crees que debemos tardar en llevarla a la fortaleza?

—Su estado exige que permanezca en reposo durante un par de horas —repuse—. Parece que ningún vaso sanguíneo ha sido dañado; y los más pequeños tienden a curarse por sí solos. Sin embargo, la cavidad pleural de este lado se ha llenado de sangre y tiene un pulmón colapsado. Ésa es la razón por la que tiene problemas de respiración. No muestra sangre en la boca, de modo que, probablemente, la bala no ha rozado ningún conducto respiratorio...

Pasé la mano por la parte posterior del hombro y no encontré ninguna herida por

la que hubiera salido la bala.

—No le ha atravesado el cuerpo. Si hay alguna unidad mecánica MASH en Gebel Nahar y la llevamos de regreso en las próximas dos horas, debería ponerse bien... siempre que carguemos con ella.

Ian la recogió en los brazos y se puso de pie.

—Con la cabeza hacia abajo —indiqué.

—De acuerdo —respondió, al tiempo que la acomodaba sobre el hombro, al estilo de los bomberos—. No, espera... necesitaremos algo acolchado para ponerme sobre el hombro.

Michael y yo nos quitamos los jerseys y preparamos una especie de almohadón para su hombro. La cambió de posición, colocándola boca abajo. Sentí pena por ella. Incluso con ese almohadón, no resultaba una posición cómoda para viajar; y la herida y su falta de aliento empeorarían mucho las cosas.

—Al principio, trata de llevar una marcha lenta —señalé.

—Lo intentaré. Sin embargo, no podemos ir despacio todo el camino —explicó Ian—. Desde aquí, casi nos quedan tres kilómetros.

Tenía razón, por supuesto. Llevarla de regreso, andando durante tres kilómetros, nos llevaría demasiado tiempo. Me situé detrás de él para mantenerla lo mejor posible en observación. Cuanto más pronto la pudiera meter en una unidad médica mecánica, mejor sería. Emprendimos la marcha y él, poco a poco, incrementó el paso hasta que conseguimos avanzar suave pero enérgicamente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó por encima del hombro.

—Ha asentido —informé yo desde mi posición trasera.

—Bien —repuso él, y comenzó a trotar.

Viajamos así. Ella no realizó ningún esfuerzo para hablar, y tampoco lo hicimos ninguno de nosotros. Esporádicamente, me acercaba a la espalda de Ian para observarla de cerca; y, por lo que yo pude comprobar, no perdió el sentido en ningún momento de aquella larga y sobresaltada marcha. Ian continuaba el avance, como si estuviera forjado en acero más que en carne humana normal, la vista fija en las luces de Gebel Nahar, en el otro extremo de la llanura.

Sucede algo en esas condiciones en que tu única alternativa es contar los segundos u olvidarlos por completo. Al final, todos nosotros —y creo que también Amanda, en la medida en que podía controlar cómo se sentía— nos apartamos un poco del tiempo corriente y no retornamos a él hasta que llegamos ante la entrada del túnel secreto del Conde, que nos llevaba de nuevo hacia el interior de las murallas de Gebel Nahar.

Cuando pude tener a Amanda tumbada en el sector médico de Gebel Nahar, ésta tenía muy mal aspecto y se encontraba casi inconsciente. En realidad, cualquier otra cosa habría sido asombrosa. Tampoco es algo que mejore el aspecto de una persona saludable el tener que ser transportada con la cabeza hacia abajo durante más de treinta minutos. Afortunadamente, el sector médico disponía de todo lo necesario en

cuestión de asistencias mecánicas. Encontré una unidad portátil que podía ser conectada para reposar en la cama: una tubería de bombeado al vacío, una unidad de energía, una bolsa de drenaje. Todo se reducía a insertar un tubo entre el pulmón de Amanda y su pared torácica —y esa tarea se la dejé a la unidad médica, que era menos propensa a los errores humanos que yo, en un día en que la mala suerte parecía imperar—, de modo que la unidad extrajera la sangre del espacio pleural en el que había caído.

Además, hubo que conectarle una unidad para que le suministrara sangre reconstituida mientras se desarrollaba el proceso de drenaje. Sin embargo, nada resultó difícil, ni siquiera para alguien entrenado sólo a medias como yo, una vez que la tuvimos a salvo en el sector médico. Cuando la dejé completamente instalada, me marché para que descansara... no estaba en un estado en el que pudiera realizar algo más.

Me dirigí hacia las oficinas en busca de Ian y Kensie. Los dos se encontraban allí; escucharon sin interrumpirme el informe sobre el tratamiento de Amanda y la evaluación que les di sobre el estado en que se hallaba.

—Por lo que has dicho, debería descansar durante los próximos días —expuso Ian cuando finalicé.

—Así es —corroboré.

—Tiene que haber algún modo de que podamos sacarla de aquí a salvo y llevarla a un hospital —intervino Kensie.

—¿Cómo? —pregunté—. Ya casi ha amanecido. Los nahareses caerían sobre cualquier vehículo que intentara salir de aquí, ya sea por aire o por tierra. Nunca lo conseguiría.

Kensie asintió con gesto serio.

—Si este amanecer marca el punto de ataque —comentó—, deberían empezar a acercarse muy pronto.

Se volvió hacia el ventanal; Kensie y yo le imitamos. Estaba amaneciendo. El cielo aparecía de un azul blanquecino y duro, y la extensión marrón de la llanura también se veía rocosa, agreste y vacía entre Gebel Nahar y la lejana línea del campamento. Resultaba obvio, incluso sin una amplificación visual, que los soldados y las otras personas del campamento ni siquiera habían empezado a tomar posiciones de batalla, y menos aún de avance.

—Después de toda la juerga de la noche pasada, puede que no inicien el ataque hasta la tarde —dije.

—No creo que se retrasen tanto —repuso Ian distraídamente. Me había tomado en serio—. De cualquier modo, eso nos brinda un poco más de tiempo. ¿Vas a quedarte con Amanda?

—De vez en cuando, iré a ver cómo se encuentra... de hecho, bajaré ahora mismo —indiqué—. Sólo vine a deciros cómo estaba. No obstante, entre visita y visita, puedo ser de utilidad.

—Estupendo —aceptó Ian—. Tan pronto hayas acabado de visitarla, ¿por qué no te acercas hasta donde se encuentra Michael y compruebas si le puedes ayudar en algo? Nos ha comentado que tenía sus dudas con respecto a sus músicos.

—De acuerdo.

Me marché.

Cuando regresé al sector médico, Amanda estaba dormida. Iba a salir y dejar que descansara, cuando se despertó y me reconoció.

—Corunna —habló—. ¿Cómo me encuentro?

—Bien —repliqué, acercándome a la cama en la que se encontraba tumbada—. Lo único que necesitas ahora es dormir mucho y darte tiempo para curarte bien.

—¿Cuál es la situación en el exterior? —quiso saber—. ¿Ya ha salido el sol?

Nos encontrábamos en una de las habitaciones sin ventanas de Gebel Nahar.

—Está amaneciendo —señalé—. De momento, no ha sucedido nada. En cualquier caso, olvídate de todo eso y descansa.

—Me necesitaréis ahí arriba.

—No con un tubo entre tus costillas —dije—. Recuéstate y duerme.

Movió la cabeza con ansiedad sobre la almohada.

—Quizá hubiera sido mejor que esa bala hubiera acertado en un punto letal.

La miré.

—Según lo que he oído sobre ti —comenté—, tú, más que nadie, deberías saber que cuando te encuentras en la cama de un hospital no es el mejor momento para preocuparte de las cosas.

Iba a hablar, se vio interrumpida por un acceso de tos, y guardó silencio durante el breve tiempo en que el dolor provocado por el tubo, que había rozado su interior con el movimiento de la convulsión, desaparecía. Incluso una inhalación profunda movería el tubo en ese momento y le produciría dolor. No había nada que se pudiera hacer al respecto; sin embargo, noté que respiraba despacio para evitar el roce.

—No —insistió—. No puedo desear morir; pero tal como está la situación, resulta imposible. Y cualquier solución existente, resulta imposible para nosotros tres. Es igual que la situación en Gebel Nahar, sin salida.

—Ian y Kensie son capaces de llegar a una decisión.

—No se trata de una cuestión de decisiones. Es una cuestión de imposibilidades.

—Bueno —dije—, ¿hay algo que puedas hacer tú al respecto?

—Debería ser capaz.

—Puede que sea así; pero ¿puedes?

Respiró despacio y, lentamente, sacudió la cabeza sobre la almohada.

—Entonces, déjalo estar. Olvídalo —proseguí—. Volveré cada poco tiempo para comprobar cómo sigues. Espera y veamos lo que acontece.

—¿Cómo puedo esperar? —inquirió—. Tengo miedo de mí misma. Temo tirar todo por la borda y hacer lo que más anhelo... y, así, arruinarle la vida a todos.

—No lo harás.

—Quizá, sí.

—Estás agotada —le dije—. Sufres dolores. Trata de no pensar. Regresaré en una o dos horas para ver cómo estás. Hasta entonces, ¡descansa!

Me marché.

Caminé por los corredores que me llevarían al sector de la orquesta. No vi a ningún músico en los pasillos a medida que me acercaba a la zona en la que habitaban; pero un asistente se hallaba de guardia, como siempre, en la sala exterior del despacho de Michael, y el mismo Michael se encontraba en su oficina, de pie al lado del escritorio, con una serie de informes impresos en la mano.

—¡Capitán! —exclamó al verme.

—He de ver cómo se encuentra Amanda de vez en cuando —indicé—. Pero, mientras tanto, me han sugerido que quizá te resulte de alguna utilidad.

—Siempre me sería útil, señor —repuso con la sombra de una sonrisa—. ¿Quiere acompañarme a los almacenes? Tengo que comprobar algunos artículos y podremos hablar mientras vamos hacia allí.

—Claro.

Dejamos las oficinas y me condujo por unos corredores a un sector de suministros. Lo que buscaba, descubrí al rato, no eran los mismos suministros, sino el sistema de entrega automático que seguiría alimentándoles ante una orden... o a intervalos regulares, sin ninguna orden, si la red de comunicaciones era destruida... y abarcaría varias partes de Gebel Nahar. Era una especie de sistema que yo nunca había visto antes.

—Es otra de las formas en que los rancheros que construyeron esto previeron la posibilidad de quedarse aquí encerrados —explicó Michael, mientras inspeccionábamos los arcenes de suministros para cada una de las secciones de la fortaleza. Cada arcón estaba lleno con los suministros que entregaría a medida que fuera necesario. Iba de uno a otro, comprobando el contenido y probando cada sistema de entrega para cerciorarse de que funcionaba.

Las luces del techo eran muy intensas, y la iluminación se reflejaba en paredes de cemento sólido, pintadas de un liso y utilitario blanco. El efecto era cegador y desolador al mismo tiempo; la sensación de desolación se veía reforzada por la inmovilidad del aire. Los ventiladores tenían que estar funcionando aquí, como en las restantes zonas interiores de Gebel Nahar; sin embargo, debido al gran espacio abierto del sector de suministros y a los techos altos, el aire parecía que no se movía en absoluto.

—Es una suerte para nosotros —comenté.

Michael asintió.

—Sí. Si alguna vez ha existido un lugar para ser defendido por un puñado de personas, es éste. No obstante, no pensaron que tal defensa se realizaría por un grupo tan reducido. Pensaban en términos de unas cien familias, con sirvientes y criados. Aún así, si todo se desarrolla de modo que tengamos que realizar nuestra última

defensa en la fortaleza interior, en los tres niveles superiores, van a tener que pagar un precio infernalmente alto para llegar hasta nosotros.

Contemplé su rostro mientras trabajaba. No había ninguna duda al respecto. Parecía mucho más cansado, más delgado y viejo de lo que aparentaba hacía unos días, cuando había ido a recogerlos a Amanda y a mí a la terminal del espacioport de Gebel Nahar. Pero, a su edad, era imposible que sólo el trabajo y todo lo que había soportado lo hubieran marcado tanto.

Terminó de comprobar los últimos sistemas de entrega y los últimos arcones. Se dio la vuelta.

—Me ha comentado Ian que te preocupa un poco la forma en que puedan reaccionar tus músicos al ataque —le dije. Tensó la boca.

—Sí —repuso. Hubo una pausa breve y, luego, añadió—: No se les puede culpar. Si se sintieran soldados de verdad, se habrían alistado en alguna de las compañías de infantería. En un orquesta existe la seguridad; pero, ninguna posibilidad de ascenso. —Entonces, recuperó el humor en una sonrisa cansada, aunque sincera—. Claro está que, para alguien como yo, eso resulta ideal.

—Por otro lado —dije—, están con nosotros. Se han quedado. —Bueno... —Se dejó caer pesadamente sobre un montón de cajas apiladas y me indico otro a mí—, hasta ahora, no les ha costado nada, salvo un poco de trabajo duro. Además, se les ha pagado con creces con toda la excitación que reina aquí. Creo que le comenté algo al respecto cuando veníamos de la Ciudad de Nahar. La excitación —el drama— constituye la esencia de la vida para la mayoría de los nahareses; y de la muerte, siempre que el drama sea lo suficientemente grande.

—¿No crees que lucharán cuando llegue el momento?

—No lo sé —de nuevo su rostro adquirió una expresión desolada—. Lo único que sé es que no puedo culparles —yo menos que nadie— si no lo hacen.

—Tu actitud es una cuestión de convicción.

—Quizá también la de ellos. No se puede juzgar a una persona por medio de otra. Uno nunca sabe lo bastante como para realizar una comparación válida.

—Cierto —corroboré—; sin embargo, creo que si ellos no luchan será por razones menos sólidas que las que tienes tú.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Tal vez yo esté equivocado, completamente equivocado. —Su tono fue casi amargo—. No obstante, no puedo salir fuera de mí para observarlo. Sólo sé que tengo miedo.

—¿Miedo? —Le miré—. ¿De luchar?

—Ojalá fuera de luchar —se rió fugazmente—. No, lo que temo es que no poseo voluntad para no luchar. Temo que en el último momento todo surja de nuevo en mí, aquellos primeros sueños, la adolescencia y el entrenamiento... y descubriré que estoy matando, a pesar de que sé que, al final, eso no cambiará nada y que, de todos modos, los nahareses se apoderarán de Gebel Nahar.

—No creo que luches por Gebel Nahar —comenté despacio—. Creo que eso surgirá de un instinto natural y normal para sobrevivir tú mismo todo lo que puedas... o para ayudar a proteger a aquellos que pelean a tu lado.

—Sí —repuso. Las aletas de su nariz se dilataron cuando inspiró con tristeza una bocanada de aire—. A todos ustedes. Eso es lo que no podré soportar. Lo tengo demasiado arraigado en mi interior. Puedo ser capaz de quedarme inmóvil y dejar que me maten a mí. Pero ¿podré hacerlo cuando empiecen a matar a algún otro... como a Amanda, que está herida?

No había nada que pudiera decirle. No obstante, sentí el impacto de la ironía. Tanto él como Amanda temían que sus instintos les llevaran a hacer aquello que sus mentes racionales se negaban a hacer. Los dos regresamos a su oficina en silencio. Cuando llegamos, Ian me había dejado un mensaje con su asistente para que le llamara.

Lo llamé, y su rostro me miró a través de la pantalla del teléfono, tan imperturbable como siempre.

—Los nahareses aún no han comenzado a moverse —me explico—. Son tan poco profesionales que estoy empezando a creer que, por lo menos, podremos sacar a Padma a salvo de aquí. Puede usar uno de los vehículos pequeños del aparcamiento y volar hasta la Ciudad de Nahar. Supongo que, cuando lo detengan y vean que se trata de un Exótico, le dejarán pasar.

—Puede ser —aventuré.

—Me gustaría que fueras a exponérselo —me pidió Ian—. Por razones personales, me ha parecido que deseaba quedarse; pero, quizá te escuche si le explicas que, al no irse, lo único que hace es incrementar la carga de responsabilidad sobre nosotros. Me gustaría ordenarle que se fuera de aquí; sin embargo, él sabe que no poseo autoridad para hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que yo soy el indicado para tratar de convencerle?

—Sólo alguno de los oficiales superiores que hay aquí puede que lo logre —replicó Ian—. Tanto Kensie como yo estamos demasiado ocupados para tomarnos ese tiempo. Y Michael no es una buena elección y Amanda se encuentra en cama, pensando que alguno de los dos fuera capaz de hacerlo.

—De acuerdo —acepté—. Iré a hablar con él ahora mismo.

¿Dónde está?

—Tengo entendido que en sus habitaciones. Michael te puede indicar cómo encontrarlas.

Llegué a las cámaras de Padma sin ningún problema. De hecho, no se hallaban muy apartadas de las habitaciones que me habían asignado a mí. Encontré a Padma ante su escritorio realizando una grabación. Se detuvo cuando entré en su sala de estar en respuesta a su invitación, que manifestó después de que yo hube golpeado en la puerta.

—Si se encuentra ocupado, puedo volver dentro de un rato —le dije.

—No, no. —Giró en la silla, apartándose de la mesa—. Siéntese. Estoy haciendo simplemente un informe para el Exótico que me reemplace.

—No necesitaría que le sustituyeran si se marchara ahora —comenté. Era un comienzo directo; pero él me había dado la oportunidad y no disponíamos de mucho tiempo.

—Ya veo —repuso—. ¿Kensie o Ian le han pedido que hable conmigo o, sencillamente, es el resultado de un impulso personal?

—Me lo ha pedido Ian —repuse—. Los nahareses están retrasando el ataque, y él cree que se encuentran tan desorganizados y son tan poco profesionales, que existe una oportunidad para que usted llegue a salvo a la Ciudad de Nahar. Sin lugar a dudas, detendrán cualquier vehículo que vean salir de Gebel Nahar. Pero, una vez que comprueben que es un Exótico...

Su sonrisa me interrumpió.

—De acuerdo —proseguí—. Cuéntemelo. ¿Por qué no le dejarán pasar cuando vean que se trata de un Exótico? Todos los mundos saben que los Exóticos no combaten.

—Tal vez —dijo—. Lamentablemente, William se ha acostumbrado a identificarnos como a los grandes manipuladores que actúan detrás de cualquier problema y maldad existente en el universo. En este momento, la imagen que la mayoría de los nahareses tienen de mí es de medio demonio, medio enemigo. En su estado actual, a casi todos les encantaría la oportunidad de dispararme en cuanto me vean.

Me quedé mirándole. Él me sonreía.

—Si ése es el caso, ¿por qué no se marchó hace unos días? —le pregunté.

—Yo también tengo un deber que cumplir. En este caso, se trata de reunir información para los que están en Mará y Kultis. —Su sonrisa se hizo más grande—. Además, influye mi propio temperamento. El poder observar una situación como la que impera aquí resulta fascinante. Aunque pudiera, no me marcharía ahora. Para ser breve, me encuentro tan atrapado aquí como ustedes, a pesar de que los motivos son distintos.

Mientras le miraba, sacudí la cabeza.

—Se trata de una explicación muy bonita —comenté—. Pero, si me disculpa, resulta difícil de creer.

—¿De qué forma?

—Lo siento —le dije—; pero, por ejemplo, no soy capaz de creer lo suficiente en la idea de que usted permanece aquí por los mismos patrones que, esencialmente, me guían a mí.

—No por los mismos —repuso—. Sí equivalentes. El hecho de que otras personas no puedan compararse a ustedes, los Dorsai, en su campo específico, no significa que no existan personas a cuya especialidad no pueda aplicarse un mismo compromiso. La física de la vida funciona con todos nosotros. Sencillamente, se

manifiesta a sí misma de forma diferente en las distintas personas.

—¿Y con resultados idénticos?

—Con resultados comparables... ¿podría pedirle que se sentara? —preguntó Padma—. Se me está quedando el cuello duro de alzar la vista.

Me senté delante de él.

—Por ejemplo —continuó—, en la ética Dorsai, usted y los otros poseen algo que justifica de forma directa su ansia humana natural para realizar las cosas por fines grandiosos. Los nahareses no tienen una ética similar; sin embargo, también sienten ese apetito. Así, se inventan sus propias costumbres, sus conceptos del *lecho de muerte*. Pero ¿pueden ustedes, los Dorsai, de entre todos los pueblos, negar que los conceptos de ellos pueden llevarles a un heroísmo verdadero, o a una fe verdadera, del mismo modo que la ética de ustedes?

—Por supuesto que no puedo negarlo —repuse—. Sin embargo, se puede contar con que mi gente, por lo menos, actúe como se espera de ellos. ¿Sucede lo mismo con los nahareses?

—No. Pero, fíjese en los peligros del hecho de que se conozca a los Dorsai como gente que cumple sus compromisos, a los Exóticos como gente personalmente no violenta, a los soldados de la iglesia de los mundos Amistosos como los mantenedores de la fe. Ese mismo conocimiento tiende a hacer que uno dé por hecho que la fiabilidad es la propiedad exclusiva de los Dorsai, que no existen personas verdaderamente no violentas que no lleven la túnica Exótica, y que la fe de alguien que no sea un Amistoso ha de ser débil y poco significativa. Todos nosotros somos humanos y estamos tocados con el espectro global de la naturaleza humana. Para tener un pensamiento claro, primero es necesario asumir que los grandes anhelos y respuestas se encuentran en todo el mundo —entonces, sólo hay que buscarlos en todos los pueblos—, incluyendo a los nahareses.

—Usted se parece un poco a Michael cuando habla sobre los nahareses —me puse de pie—. De acuerdo, como usted guste, quédese si así lo quiere. Voy a marcharme ahora mismo, antes de que me convenza para salir y rendirme, antes incluso de que lleguen hasta aquí.

Se rió. Me marché.

Ya era hora de que fuera a ver a Amanda. Me dirigí al sector médico. Ahora estaba dormida de verdad. En apariencia, había sido capaz de olvidar en gran parte sus preocupaciones personales y ejercer un poco de ese control fisiológico que se nos enseña desde pequeños. Si lo había conseguido, quizá se pasara las próximas veinticuatro horas durmiendo, que sería lo mejor para ella. Si, para cuando hubiera pasado ese tiempo, los nahareses no habían conseguido penetrar hasta las defensas interiores donde se encontraba la zona médica, habría dado un paso importante para su cura y recuperación. Y si lo lograban, necesitaría toda la fuerza de la que pudiera hacer acopio desde ahora y hasta ese momento.

Cuando salí de las paredes sin ventanas de los corredores a la primera terraza, me

resultó impactante ver cuán alto se encontraba el sol en el cielo. Éste se hallaba perfectamente despejado y corría una suave brisa regular. El día sería caluroso. Ian y Kensie estaban cada uno en un extremo de la terraza y miraban el frente naharés a través de cámaras de vigilancia.

Michael, que era la única otra persona a la vista, también se hallaba ante una cámara de observación, situada directamente enfrente de la puerta por la que yo había salido. Me dirigí hacia él, momento en el que alzó los ojos.

—Han iniciado el avance —me informó, apartándose de la cámara.

Miré por la pantalla rectangular, resplandeciente con la escena diurna que mostraba, oculta bajo la sombra proporcionada por la coraza militar que la protegía. Tenía razón. Los regimientos, por fin, habían formado para el ataque y ahora marchaban hacia nosotros con sus armas de campo portátiles, a paso lento por la llanura que nos separaba.

Pude distinguir las banderas de los regimientos y de las compañías en el frente de la formación semicircular, agitándose en la brisa vespertina. El Regimiento de la Guardia aún seguía en el centro y el Tercer Regimiento de Michael en el extremo derecho. Detrás de las dos alas, vi los enjambres más oscuros, formados por los voluntarios y los revolucionarios con sus ropas civiles.

La fuerza atacante ya había cubierto un tercio de la distancia que los separaba de nosotros. Me aparté de la pantalla de la cámara y, al instante, el frente de hombres que había estado observando se convirtió en una línea fina, con pequeños destellos de luz que se reflejaba en ella y toques de color en toda su longitud, aún lejana bajo el cielo despejado y el sol naciente.

—Faltan unos treinta o cuarenta minutos para que lleguen aquí —indicó Michael.

Le miré. La clara luz del día le mostraba pálido y tenso. Su aspecto parecía totalmente consumido, hasta que no quedó nada más que puro nervio. No portaba ningún arma, a pesar de que a ambos extremos de la terraza, tanto Kensie como Ian llevaban armas de mano en las caderas, y detrás de nosotros había estantes llenos de rifles de aguja dispuestos a ser usados.

Los rifles me recordaron algo que percibí de forma subconsciente; pero, en lo que no me había fijado. Enfrente de las armas no se veía ninguna forma humana.

—¿Dónde están tus músicos? —le pregunté a Michael.

Fijó los ojos en mí.

—Se han marchado —replicó.

—¿Marchado?

—Han dejado la fortaleza. Han huido. Desertado, si prefiere emplear esa palabra.

Le devolví la mirada.

—Quieres decir que se han unido...

—No, no —me interrumpió, como si la pregunta que iba a hacer le resultara físicamente dolorosa—. No se han pasado al enemigo. Sólo han decidido salvar sus propios pellejos. Ya se lo anuncié... ¿recuerda?, le dije que cabía la posibilidad de

que lo hicieran. No puede culparles. No son Dorsai; y quedarse aquí significaría para ellos una muerte segura.

—Si Gebel Nahar es tomada —acoté.

—¿Puede creer que no será así?

—Resulta difícil —respondí— ahora que únicamente quedamos nosotros. Sin embargo, mientras quede alguien para luchar, siempre existe la posibilidad. En Baunpore, cuando entraron los freilandeses del norte, vi a hombres y mujeres disparar desde las camas del hospital.

No debí haber hecho ese comentario. Noté que una sombra atravesaba sus ojos y supe que había tomado mi referencia a Baunpore de forma personal, como si yo hubiera comparado su estado actual de no portar armas con los últimos esfuerzos de los defensores que yo viera entonces. En algunas ocasiones, mis cicatrices son más una maldición que una bendición.

—Sólo se trata de una observación general —le dije—. No pretendía acusarte...

—No se trata de lo que usted me acuse, sino de lo que yo mismo me acuse —comentó en voz baja, mirando a los regimientos que avanzaban hacia nosotros—. Cuando mis músicos se marcharon, supe lo que ello significaba. No obstante, también comprendo cómo llegaron a esa decisión.

No había nada más que yo pudiera decir. Los dos sabíamos que sin sus cuarenta hombres ni siquiera podíamos pretender mantener la primera terraza cuando la primera línea de nahareses llegara hasta la base del muro. Simplemente, ellos eran muchos y nosotros demasiado pocos como para impedir que llegaran hasta la cima.

—Probablemente, estén ocultos fuera de las murallas —explicó. Aún seguía hablando de sus antiguos músicos—. Si conseguimos resistir uno o dos días, existe una remota posibilidad de que regresen poco a poco...

Se interrumpió, mirando más allá de mí. Me di la vuelta y vi a Amanda.

Cómo lo había conseguido por sí misma, era algo que yo desconocía. Pero, estaba claro que se había levantado de la cama y se había sujetado al cuerpo la unidad portátil de drenaje. No era mucho más pesada o gruesa que un libro gordo y estaba diseñada para ser llevada por un paciente ambulatorio; no obstante, había debido resultarle muy doloroso sujetársela, con ese tubo que la rozaba con cada inhalación profunda que realizaba.

Ahora se encontraba aquí, pareciendo que iba a derrumbarse en cualquier momento, aunque de pie, con la unidad colgada del hombro derecho y pegada a su costado derecho. Llevaba un arma de mano en la cadera izquierda, por encima de la tela del camisón del hospital, y el mismo camisón había sido roto por el centro para permitirle andar bien.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí arriba? —le rugí—. ¡Regresa a la cama!

—Corunna... —Me devolvió la mirada más firme y decidida que hubiera visto jamás en nadie—, no me des órdenes. Mi rango es superior.

La miré con ojos incrédulos. Era cierto que sólo se me había pedido que fuera su

piloto para el viaje hasta aquí y, en cierto sentido, eso me situaba bajo sus órdenes. Pero, que se atreviera a decirle a un Capitán de toda una flota de naves de combate, con una ventaja de más de media docena de años en veteranía y experiencia, que en una situación de batalla como ésta ella ostentaba un rango superior: se trataba de una tontería demencial. Abrí la boca para explotar... y, a cambio, descubrí que prorrumpía en una carcajada. La situación era tan ridícula. Aquí estábamos, cinco personas, contando a Michael, enfrentadas a tres mil; y yo iba a dejarme atrapar en una discusión para ver quién superaba a quién en rango. Independientemente del hecho de que sólo el accidente de su misión actual le brindaba alguna posibilidad de reclamar autoridad sobre mí, el rango relativo entre los Dorsai siempre había sido una cuestión de condiciones y situaciones locales, matizadas por una gran dosis de sentido común.

Sin embargo, no cabía duda de que había subido a la terraza para quedarse; y estaba claro que yo no pensaba discutir en serio bajo estas circunstancias. Los dos entendíamos lo que sucedía. Lo que no alteraba el hecho de que ella no debería hallarse en pie. Al igual que Ian en la llanura, y a pesar de verme obligado a contemplar el lado gracioso de la situación, estaba enfadado con ella.

—La próxima vez que te hieran, será mejor que no esperes que sea tu médico —le dije—. De todos modos, ¿qué crees que podrás hacer aquí arriba?

—Estar con todos vosotros —repuso.

De nuevo cerré la boca. No se podía discutir una respuesta semejante. Por el rabillo del ojo vi que Ian y Kensie se aproximaban desde los extremos de la terraza. En un momento se unieron a nosotros.

Los dos la miraron, aunque no hicieron ningún comentario; luego, todos nos volvimos para contemplar la llanura.

El frente naharés se había estado acercando a un ritmo continuo. Aún seguía demasiado lejos para poder observarlo como a una formación de individuos. Todavía era una línea un poco más oscura que la misma llanura, tocada por destellos de luz y manchas de color. Sin embargo, ya era una línea bastante gruesa.

Los cinco permanecimos juntos de pie, contemplando el lento e imponente avance que venía hacia nosotros. Durante toda mi vida, como me acababa de ocurrir con Amanda, me había visto atacado por el repentino sentido del ridículo. En ese momento me invadió. ¿Qué dios demente había decidido que todo un ejército debía marchar contra un puñado de personas... y que ese puñado de personas no sólo debía prepararse para el ataque, sino, también, aprestarse a la defensa? No obstante, ese sentido del ridículo desapareció casi al instante. Los naharés proseguirían con su marcha porque toda su vida había estado orientada hacia Gebel Nahar. Nosotros nos opondríamos a ellos porque todas nuestras vidas habían estado orientadas a luchar, una vez que nos comprometíamos, incluso por las causas perdidas. En otra época y lugar quizá hubiera resultado distinto para los dos bandos. Pero, éste era el aquí y el ahora.

Con ese pensamiento en mente, pasé a la última fase que siempre se apodera de mí antes de la batalla. Era como si me adentrara en un lugar íntimo de sosiego y calma. Lo que tendría que ocurrir, ocurriría, y yo le haría frente cuando llegara. Era consciente de Kensie, Ian, Amanda y Michael, de pie a mí alrededor, y también percibía que ellos experimentaban las mismas sensaciones. Algo parecido a la telepatía fluyó entre nosotros, entrelazándonos en un sentimiento de singular unidad; yo me había dado cuenta hacía tiempo de que aquellos que lo experimentan jamás lo olvidan. Es como es, como siempre ha sido, y nosotros, los que estamos presentes en ese momento, permanecemos unidos. Contra esa unidad, las desventajas abismales poco importan.

Se escuchó el roce leve de un pie en el suelo de la terraza, y Michael desapareció. Miré a los otros; todos pensábamos lo mismo, pero ninguno lo expresó en voz alta. Se había marchado para colocarse sus armas. Una vez más nos volvimos hacia la llanura, y ahora vimos que los nahareses se encontraban ya tan cerca que podían ser reconocibles como figuras individuales. Se hallaban tan cerca que podíamos distinguir el ruido que hacían.

Nos dirigimos a los parapetos de la terraza para observarlos. La brisa, que había aumentado, soplaba contra nuestras caras. Aún teníamos tiempo para apreciar la luz del sol, la temperatura no muy alta todavía y el aire en movimiento. Otros cien metros, y se encontrarían al alcance de la eficacia máxima de nuestras armas allí emplazadas... y nosotros, por supuesto, al alcance de las portátiles que ellos llevaban. Hasta entonces, no había nada urgente que hacer.

La puerta se abrió a nuestras espaldas. Me volví; pero, no se trataba de Michael. Era Padma, que le brindaba el *brazo* al Conde, quien avanzaba hacia nosotros con la ayuda de un bastón con la empuñadura de plata. Padma le escoltó hasta el lugar donde nos encontrábamos en el parapeto y, durante un segundo, nos ignoró, mirando a las tropas enemigas que avanzaban. Entonces, se volvió hacia nosotros.

—Caballeros y dama —dijo en español—. He elegido unirme a ustedes.

—Es un honor —respondió Ian en el mismo idioma—. ¿Desearía sentarse?

—Gracias, no. Permaneceré de pie. Pueden seguir con sus ocupaciones.

Se apoyó en el bastón y miró por encima del parapeto, sin prestarnos atención. Nosotros nos apartamos de él, y Padma comentó en voz baja:

—Estoy seguro de que no interferirá en sus movimientos. Quería bajar aquí, y no quedaba nadie, salvo yo, para ayudarle.

—Está bien —repuso Kensie—. Pero ¿y usted?

—Yo también querría quedarme —replicó Padma.

Ian asintió. Un sonido áspero surgió de la garganta del Conde, y todos le miramos. Estaba tan rígido como una antigua lanza reseca, contemplando a los soldados que se aproximaban, el rostro surcado por arrugas de furia y desprecio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amanda.

Yo me encontraba tan sorprendido como los demás. Entonces, me llegó un leve

sonido a los oídos. Por fin, los regimientos se hallaban lo suficientemente cerca como para ser escuchados; y lo que oíamos eran las orquestas de sus regimientos —salvo la de Michael, claro está— como una ligera melodía transportada por la brisa. Resultaba apenas audible; pero, la reconocí, como, sin lugar a dudas, lo había hecho el Conde.

—Están tocando el *te guelo* —expliqué—. Con lo cual nos dicen que no habrá cuartel.

El *te guelo* es una promesa para cortarle el cuello a cualquiera. Amanda enarcó las cejas.

—¿Es para nosotros? —inquirió—. ¿Es que creen que eso les ayudará?

—Puede que crean que todavía están con nosotros los músicos de Michael, y quizá así esperan asustarlos —repuse—. Pero, probablemente, están tocando esa melodía porque siempre lo hacen en vísperas de un ataque.

Los demás escucharon durante un segundo. El *te guelo* es una pieza musical bastante aterradora; sin embargo, tal como había dado a entender Amanda, no tenía mucho sentido tocarla para un Dorsai que ya había tomado la decisión de luchar.

—¿Dónde está Michael? —preguntó entonces.

Miré a mí alrededor. Era una buena pregunta. Si de verdad había ido a buscar las armas, ya debería haber regresado a la terraza. No obstante, no se veía ninguna señal de él.

—No lo sé —repliqué.

—Han emplazado sus armas portátiles —anunció Kensie—, y las están preparando para disparar. Todavía se encuentran fuera de un alcance efectivo contra murallas como éstas.

—Probablemente, ya deberíamos estar detrás de los parapetos de las nuestras y aprestarnos a devolverles el fuego cuando se acerquen un poco más —dijo Ian—. No podrán dañar las murallas desde donde se encuentran; sin embargo, quizá tengan suerte y nos hieran a alguno de nosotros.

Se volvió hacia el Conde.

—Si es tan amable de situarse detrás de uno de los parapetos, señor... —pidió.

El Conde sacudió la cabeza.

—Observaré desde aquí —anunció.

Ian asintió. Miró a Padma.

—Por supuesto —dijo Padma—. Iré con alguno de ustedes... ¿a menos que pueda serles útil de algún modo?

—No —repuso Ian.

Un grito proveniente de los soldados, que ahogó la música de las bandas, hizo que nos volviéramos de inmediato hacia la llanura.

La línea frontal de los atacantes había emprendido la carrera hacia nosotros. Ahora se hallaban a unos cien metros de la pendiente que conducía a las murallas de Gebel Nahar. Poco importaba ya que hubieran decidido atacar desde aquella distancia o —más factible— que alguien se hubiera dejado llevar por el entusiasmo e iniciara

la carrera de forma prematura. El ataque había comenzado.

Durante un momento, todos aquellos de nosotros que conocíamos el combate, supimos que ese hecho nos proporcionaba un descanso momentáneo de las armas portátiles. Con sus propios soldados inundando la llanura, les resultaría muy difícil a los cañoneros disparar a Gebel Nahar sin matar a sus hombres. Era el tipo de acontecimiento que, a veces, puede ser aprovechado como una ventaja...; sin embargo, mientras contemplaba la llanura, no tenía ni idea de lo que podíamos hacer en ese momento para cambiar el resultado de la batalla.

—¡Mirad!

Fue Amanda la que habló. El griterío de los soldados atacantes había cesado de repente. Ella se encontraba justo en el parapeto y señalaba hacia abajo. Me adelanté un paso para poder ver bien de cerca la pendiente que teníamos ante la primera muralla, y observé lo que ella ya había visto.

La línea frontal de los atacantes estaba llena de hombres que intentaban frenarse ante la continua presión de aquéllos que venían por detrás y que aún no habían visto lo mismo que los de delante. El resultado, en efecto, fue la detención del ataque a medida que más y más soldados observaban lo que sucedía en la pendiente.

Lo que estaba ocurriendo allí era que la portezuela de la salida secreta del Conde de Gebel Nahar se estaba alzando. Para los militares nahareses, debió parecer como si un arma secreta estuviera a punto de hacer su aparición en la pendiente... lo cual debió crear dudas repentinas en los hombres de la línea frontal e hizo que se detuvieran. Aún se hallaban a unos buenos doscientos o trescientos metros de la entrada del túnel, y la primera línea de atacantes, atrapados donde se encontraban por aquellos que empujaban desde atrás, pensaron seguramente que constituirían blancos inmóviles ante cualquier arma de campo que surgiera de esa abertura inesperada y disparara sobre ellos.

Pero, por supuesto, no apareció ningún arma semejante. En vez de eso, lo que emergió parecía ser una cabeza portando una gorra de regimiento, con una varilla echada hacia atrás por el oído derecho... y, lentamente, hasta llegar al nivel del suelo y enfrentarse a ellos, apareció Michael.

Seguía sin portar arma alguna. Sin embargo, ahora estaba vestido con el uniforme de desfile de su regimiento al completo, como el oficial director de orquesta; y la *gaita gallega* reposaba en sus brazos y en el hombro, con la boquilla entre los labios, y el largo roncón sobre el hombro. Salió a la pendiente de la colina y comenzó a marchar cuesta abajo en dirección a los nahareses.

El silencio que reinaba era mortal; y asestando un golpe a aquel silencio, surgió el sonido de la *gaita gallega* cuando Michael empezó a tocarla. A nosotros, que estábamos en la muralla, nos llegó de forma clara y fuerte; y, sin lugar a dudas, también les llegó a los rangos de nahareses ahora silenciosos e inmóviles. Estaba interpretando *Su Madre*.

Avanzó a paso de marcha, los hombros rectos, el instrumento musical cogido con

firmeza entre sus brazos; y la música le precedió, lanzando su desafío directamente en las caras de los nahareses. Una sola figura marchando contra seis mil.

Desde donde yo estaba, disponía de una ligera visión en ángulo de Michael; y, gracias a la ampliación proporcionada por la pantalla de la cámara de vigilancia que había a mi lado, pude vislumbrar brevemente su cara de perfil vista desde atrás. La expresión de su rostro era apacible y concentrada. La tensión y la delgadez causados por el agotamiento que había visto en él antes, parecían haber desaparecido. Marchaba como si estuviera desfilando, con la concentración de un buen músico cuando está actuando, y, durante todo el tiempo, el ulular de *Su Madre* se burlaba de los regimientos armados que había ante él.

Manipulé los controles de la cámara para que me proporcionara un primer plano de los hombres del frente de la fuerza naharesa. Permanecían paralizados cuando los escudriñé. No decían nada, no hacían nada, sólo observaban a Michael avanzar hacia ellos como si pensara atravesar sus líneas. Todo el frente estaba quieto y expectante.

No obstante, su inacción era algo que no podía durar... un momento de *shock* que tendría que desaparecer. Incluso mientras yo los vigilaba, comenzaron a moverse y a hablar. Michael se encontraba entre nosotros y ellos, y con la increíble fuerza de la gaita, las notas llegaban casi altas hasta nuestros oídos. Pero, elevándose por debajo de ellas, empezamos a percibir una ola grave de sonido, como el rugido de alguna bestia enorme.

Miré en la pantalla. Los regimientos seguían sin avanzar; sin embargo, ninguna de las figuras que veía en el frente a medida que recorría su línea, aparecía ahora congelada por el impacto. En mitad de la formación semicircular, los soldados del Regimiento de la Guardia, que mantenían una vieja enemistad con el Tercer Regimiento de Michael, sacudían las armas y los puños en su dirección, al tiempo que le gritaban. Desde la distancia a que me hallaba, no tenía ninguna forma de saber lo que decían, y la cámara no podía ayudarme a descifrarlo; pero no me cabía la duda de que respondían al desafío con un desafío, al insulto con un insulto.

A lo largo de toda la línea, el frente bullía, volviéndose más activo a cada instante que pasaba. Todos habían visto ya que Michael iba desarmado; y, durante unos pocos minutos, eso les contuvo. Amenazaban con dispararle, aunque no lo hacían. Pero, incluso desde donde yo estaba, pude sentir la furia que crecía en ellos. Era sólo una cuestión de tiempo, pensé, hasta que uno de ellos perdiera el control y empleara el arma que llevaba.

Deseaba gritarle a Michael que diera media vuelta y regresara al túnel. Él había destrozado el ímpetu de su ataque, sumiéndolos en la confusión. Con tropas como ésas, era seguro que no reanudarían el avance desde donde se habían detenido. Casi era una certeza que después de ese desafío, ese impacto emocional, los oficiales de más rango los harían retroceder y los formarían de nuevo antes de emprender de nuevo la marcha. Se había ganado un tiempo de respiro muy valioso. Quizá transcurrieran algunas horas, tal vez no serían capaces de preparar el segundo ataque

hasta mañana; y, durante ese período de tiempo, las tensiones internas u otro tipo de acontecimientos tal vez nos ayudaran aún más. Michael todavía los tenía en sus manos. Si les daba la espalda ahora, existía la posibilidad de que su inacción se mantuviera hasta que él hubiera llegado a la seguridad del túnel.

Pero, no había ninguna forma de que yo pudiera transmitirle ese mensaje. Y él no mostraba intención de volverles la espalda. En vez de eso, continuó con su marcha regular hacia adelante, burlándose de ellos con su música, despreciándolos por atacar con semejante cantidad de efectivos a un oponente mucho más pequeño que ellos.

No obstante, los soldados nahareses sólo agitaban las armas y le gritaban insultos; pero, en la pantalla, comencé a notar una leve diferencia. En el ala ocupada por el Tercer Regimiento había figuras sin uniforme que hacían gestos a Michael para que regresara. Dirigí la pantalla, centrándola en aquel lado, y vi a individuos con ropas civiles, parte de los que habían seguido al enjambre de voluntarios y revolucionarios, que se abrían camino hasta el frente, arrodillándose y llevándose las armas a los hombros.

Los soldados del Tercer Regimiento les hacían retroceder y les arrancaban las armas. Empezaban a producirse peleas; pero, en ese ala, aquéllos que deseaban dispararle a Michael estaban siendo contenidos. Resultaba claro que el Tercer Regimiento se hallaba ahora dividido por el compromiso de atacar Gebel Nahar y el impulso de proteger a su antiguo director de banda en su acto de extraordinaria muestra de valor. Sin embargo, contemplé a un civil con la cara hambrienta del fanático que, literalmente, tuvo que ser derribado y sujeto en el suelo por tres soldados a fin de impedir que disparara sobre Michael.

Una sospecha repentina y fría me recorrió. Giré el visor de la pantalla hasta el extremo opuesto; y allí vi la misma situación. Por detrás de los soldados uniformados, los voluntarios y los civiles revolucionarios intentaban frenar a Michael con sus armas. Indudablemente, algunos provenían de los principados vecinos, donde el culto al drama y los actos de coraje extravagante no formaban parte de su cultura, como sucedía aquí. También en ese ala, los soldados trataban de parar a aquellos individuos que se esforzaban por disparar sobre Michael. No obstante, en esa parte, el esfuerzo por impedir el fuego era más aislado e ineficaz.

Observé diversas armas de todos los tipos apuntadas hacia Michael. No me llegaba ningún sonido, y únicamente las armas deportivas y las antiguas de explosión mostraban alguna señal visible de que estaban siendo disparadas; pero resultaba claro que, finalmente, la muerte rondaba en el aire que envolvía a Michael.

Moví el visor rápidamente hacia él. Durante un momento, siguió marchando en la pantalla, como si una armadura invisible le estuviera protegiendo. Entonces, se tambaleó levemente, se recuperó, avanzó y cayó.

Por segunda vez —sólo durante un momento fugaz— la voz de los atacantes se detuvo, cortada como si una multitud de manos invisibles hubiera tapado la boca a los allí presentes. Dejé de enfocar el visor sobre la pantalla de la forma caída de Michael

y vi a los soldados y a los civiles, entremezclados, de pie e inmóviles, contemplándole, como si no creyeran que, finalmente, le habían derribado.

Entonces, en el ala opuesta que mantenía el Tercer Regimiento, los civiles que habían disparado comenzaron a bailar y a agitar las armas en el aire... y, de repente, toda la formación pareció desmoronarse hacia adentro, las dos alas fundiéndose con toda la multitud, a medida que los soldados del Tercer Regimiento cargaban contra los civiles exultantes de júbilo, y el Regimiento de la Guardia giraba para oponerse a ellos. La lucha se extendió de individuo a individuo. En un instante, todos se encontraron mezclados. Una muchedumbre salvaje sin dirección ni propósito de ninguna clase, salvo matar a la persona más cercana, ocupó el lugar de la formación militar que había existido sólo cinco minutos antes.

A medida que la lucha se generalizaba, la densa masa de cuerpos se extendió como la mantequilla que, rápidamente, pasa del estado de sólido al líquido; y la batalla se extendió por en una zona cada vez más amplia, hasta que incluso cubrió el lugar donde había caído Michael. Amanda se apartó del parapeto y yo la cogí cuando sus piernas vacilaron. La sostuve erguida y ella se reclinó con fuerza contra mí.

—Creo que tengo que tumbarme —murmuró.

La conduje hasta la puerta y la llevé a la cama que la estaba aguardando en el sector médico. Ian, Kensie y Padma dieron la vuelta y nos siguieron, dejando al Conde solo, que se apoyaba en su bastón de empuñadura de plata y observaba lo que estaba ocurriendo en la llanura, el rostro iluminado con la fiera satisfacción de un halcón encaramado sobre el cuerpo que acaba de abatir.

Reinaba el crepúsculo cuando cesó toda lucha; y, con la llegada de la oscuridad, comenzaron a escucharse las campanadas del anunciador en la puerta principal. Uno a uno, los músicos de Michael empezaban a regresar junto a nosotros. Gracias a ellos, Ian, Kensie y yo pudimos dejar de hacer turnos de vigilancia como habíamos hecho hasta entonces. Sin embargo, hasta pasada la medianoche no consideramos la situación lo suficientemente segura como para marcharnos a recuperar el cuerpo de Michael.

Amanda insistió en venir con nosotros. No había ningún motivo para discutir una negativa y muchas razones a favor de ello. Estaba respondiendo muy bien a la unidad de drenaje y ocho horas de sueño le habían devuelto las fuerzas notablemente. Además, fue ella la que sugirió que recogiéramos el cuerpo de Michael para enterrarlo en Dorsai.

El coste del viaje entre los mundos era tan grande que muy pocos individuos se lo podían permitir; y pocos de los Dorsai que habían muerto en acto de servicio fuera de nuestro planeta habían conseguido que se devolvieran sus cuerpos para sepultarlos en tierra nativa. No obstante, en la nave mensajera disponíamos del espacio adecuado para transportar el cuerpo de Michael junto con nosotros; y Amanda remarcó el hecho de que con su comportamiento, había sido Michael el que había resuelto el problema... algo por lo que el mundo Dorsai en general estaba en deuda con él. Tanto

Padma como el Conde, después de lo que había acontecido hoy, estuvieron de acuerdo en que los nahareses no volverían a pensar en la idea de la revolución durante algún tiempo. Las maquinaciones de William habían fracasado. Ahora, Ian y Kensie podían elegir libremente si se quedaban hasta que terminara su contrato o, con toda legitimidad, lo cancelaban aduciendo que habían tenido que enfrentarse a situaciones ajenas a su control.

Al final, todos nosotros, menos Padma, fuimos en busca del cuerpo de Michael, dejando de guardia a los músicos que habían regresado. Era noche cerrada cuando volvimos a alcanzar a la llanura a través de la salida secreta.

—El Conde tendrá que hacer que construyan otro túnel para él —comentó Kensie cuando emergimos bajo el cielo estrellado—. Ahora, este pasaje representa más un monumento nacional que un secreto.

La noche era bastante similar a la anterior, cuando Kensie y yo habíamos realizado el barrido en busca de observadores del bando enemigo. Sin embargo, esta noche sólo buscábamos a los muertos; y eso fue lo único que encontramos.

Durante el transcurso de la tarde, los que sólo estaban heridos habían sido evacuados por sus amigos; no obstante, se veían algunos cuerpos a medida que avanzábamos hacia el punto donde habríamos visto a Michael, aunque no muchos. Pudimos marcar con exactitud el emplazamiento por medio del equipo de rastreo que tenían incorporadas las cámaras de vigilancia. Pero no había tantos cuerpos. La lucha fue más una bravuconada armada que una batalla. Lo cual no alteraba el hecho de que aquellos que habían muerto estaban muertos. Ya no podrían regresar jamás a la vida, al igual que Michael. A medida que andábamos, una breve brisa acariciaba de tanto en tanto nuestros rostros. Hacía poco tiempo que la lucha había acabado, de modo que el olor a muerte no se había apoderado todavía del campo de batalla. La escena que estábamos viendo en ese momento bajo las estrellas, incluyendo a los cuerpos muertos, poseía toda la pulcritud y la asepsia de un escenario.

Llegamos al lugar donde tendría que haber estado el cuerpo de Michael; pero ya no estaba allí. Ian encendió una linterna de bolsillo; Kensie y él, se arrodillaron para examinar el suelo. Yo esperaba al lado de Amanda. Ian y Kensie eran los oficiales experimentados de campo, con práctica en los Equipos de Rastreo. A mí me llevaría varias horas buscar lo que ellos captarían de un vistazo.

Después de unos minutos, volvieron a incorporarse e Ian apagó la linterna. Transcurrieron unos segundos hasta que nuestros ojos se adaptaron otra vez a la oscuridad; entonces, la llanura se volvió real de nuevo, reemplazando a la negra muralla de oscuridad que instantáneamente había creado la luz de la linterna.

—No cabe duda, ha estado aquí —indicó Kensie—. Evidentemente, ha venido una multitud enorme para transportar su cuerpo a algún otro lugar. Resultará bastante fácil seguir el camino que han tomado.

Seguimos el sendero de tierra levantada y vegetación rota dejado por las pisadas de aquéllos que se habían llevado el cuerpo de Michael. Las huellas eran

suficientemente claras de modo que yo no tenía ningún problema para verlas, incluso a la luz de las estrellas, a medida que avanzábamos a paso lento. Nos alejábamos cada vez más de Gebel Nahar, en dirección a lo que había sido el centro de la formación cuando se había desencadenado el tumulto; mientras nos acercábamos, los cuerpos se hacían más numerosos. Pasado un tiempo, en un punto que debía estar próximo al emplazamiento que había ocupado el Regimiento de la Guardia, encontramos a Michael.

El montículo sobre el que yacía su cuerpo sobresalía como una masa oscura bajo las estrellas, mucho antes de que llegáramos hasta él. Sin embargo, descubrimos lo que era y el verdadero objetivo que representaba cuando Ian encendió la linterna de bolsillo. Se trataba de una elevación de casi un metro de altura por otros dos de anchura y profundidad. En su mayor parte, estaba compuesta por ropas; pero había muchas otras cosas mezcladas con las telas: cinturones y cadenas ornamentales, armas antiguas, tan viejas que debían formar parte de herencias, trozos de joyas personales; incluso zapatos y botas.

Pero, tal como digo, la mayoría eran ropas... en particular, chaquetas o camisas de uniformes, aunque había una buena cantidad de mangas o cuellos con insignias de rango que, evidentemente, habían sido arrancados adrede por sus dueños y arrojados al montón como artículos aislados.

Encima de todo ello, tumbado de espaldas con el rostro muerto hacia las estrellas, se hallaba Michael. Después de haber visto por vez primera el cuadro de la Terminal del Espaciopuerto de Ciudad de Nahar, no necesitaba una interpretación de lo que estaba viendo aquí. Michael no yacía con una espada, sino con la *gaita gallega* sobre el pecho; y, debajo de él, estaba el *lecho de muerte*... el *lecho de muerte* real, compuesto por todo lo que aquéllos que le habían visto aquel día, y los que habían luchado por y contra él, una vez que ya era demasiado tarde, consideraban que era lo más valioso que podían entregar de sus posesiones actuales.

Cada uno había dado lo mejor que tenía, con el fin de erigir un lecho mortuario para el héroe muerto... en realidad, un lecho de triunfo, ya que al ganar aquí, Michael lo había ganado todo, de acuerdo con sus reglas y costumbres. Después de la victoria suprema de su valor, tal como ellos lo veían, no les quedaba otra cosa que ofrecerle un tributo; sus posesiones o sus vidas.

Los tres permanecimos allí de pie, mirando en silencio. Finalmente, Kensie fue el que habló.

—¿Todavía quieres llevarlo a casa?

—No —repuso Amanda. La palabra salió de su boca como un suspiro, pronunciada sin apartar los ojos de Michael—. No. Ahora, éste es su hogar.

Regresamos a Gebel Nahar, dejando el cadáver de Michael con la guardia de honor que formaban a su alrededor los otros muertos.

Al día siguiente, Amanda y yo abandonamos Gebel Nahar para retornar a Dorsai. Ian y Kensie habían decidido concluir su contrato; y parecía que podrían conseguirlo

sin mucha dificultad. Al amanecer, soldados aislados de los regimientos habían empezado a volver a Gebel Nahar, pidiendo ser aceptados una vez más en sus puestos. Se mostraban ansiosos por ser complacientes y, para ser nahareses, estaban notablemente apaciguados.

Padma también se marchaba. Vino hasta el espaciopuerto con nosotros, al igual que Ian y Kensie, que nos acompañaron para despedirse. En la terminal, nos detuvimos para mirar una vez más el cuadro del *lecho de muerte*.

—Ahora lo comprendo —comentó Amanda después de un momento de silencio. Le dio la espalda al cuadro y rozó levemente a Ian Kensie, que se encontraban a ambos lados de ella—. En seguida volvemos —y se llevó a los dos hermanos.

Yo me quedé con Padma.

—¿Comprender? —le pregunté—. ¿El concepto del *lecho de muerte*?

—No —repuso Padma con tono suave—. Creo que lo que quería dar a entender es que ahora comprende lo que llegó a entender Michael, y de qué modo es aplicable a ella. Cómo se aplica a todo el mundo, incluidos usted y yo.

Sentí un escalofrío en la nuca.

—¿A mí? —inquirí.

—Usted ha perdido parte de su caparazón, la armadura de su dolor y pérdida —respondió—. Hasta cierto punto, cuando se permitió preocuparse por el problema de Michael, usted permitió que otra persona volviera a conmovérle.

Le miré, con una expresión un poco sombría.

—¿Cree eso? —Aparté la cuestión a un lado—. He de marcharme para realizar la comprobación de la nave. ¿Por qué no viene conmigo? Si Amanda y los otros regresan y no nos encuentran, sabrán dónde buscarnos.

Padma sacudió la cabeza.

—Me temo que será mejor que nos despedamos ahora —replicó—. Hay otras cuestiones que requerían mi atención desde hace tiempo y las he dejado de lado por esto. Creo que ha llegado la hora de que me concentre en ellas. Así que le diré adiós ahora; y usted puede despedirme de los demás.

—Adiós, entonces —dije.

Tal como cuando nos conocimos, no me ofreció la mano; sin embargo, su calidez llegó hasta mi interior. Y, por primera vez, contemplé la posibilidad de que, quizá, tuviera razón. Que Michael, o él, o Amanda —tal vez toda la situación—, habían hecho un agujero o roto una pieza de esa concha que se había cerrado a mi alrededor cuando había visto cómo mataban a Else.

—Puede que nos volvamos a ver —dije.

—Entre nosotros —indicó—, eso es muy posible. Sonrió una vez más, dio media vuelta y se marchó. Atravesé la terminal que conducía hasta la Sección de Seguridad, me identifiqué y me dirigí a la nave mensajera. No requería más de media hora hacer la comprobación... esas naves especiales están preparadas para realizar un chequeo casi automático. Estaba a punto de ir en busca de los tres, cuando Amanda hizo su

aparición por la escotilla abierta y la cerró a su espalda.

—¿Dónde están Ian y Kensie? —pregunté.

—Los han llamado. Sin advertencia previa, la Junta de Gobernadores se ha presentado en Gebel Nahar. Los dos han tenido que apresurarse para enfrentarse a ellos. Les dije que me despediría de ti en su lugar.

—De acuerdo. Padma también os envía un saludo.

Se rió y se sentó a mi lado, en el asiento del copiloto.

—Tendré que escribirles a Ian y a Kensie para despedirme de ellos por encargo de Padma —comentó—. ¿Estamos preparados para despegar?

—Tan pronto como recibamos autorización. ¿Esa escotilla está sellada?

Asintió. Alargué el brazo hasta el banco de instrumentos que tenía delante de mí, tecleé el código de Control de Tráfico y pedí que nos pusieran en secuencia para el despegue. Entonces, me concentré en disponer todo para que la nave cobrara vida.

Treinta y cinco minutos más tarde despegamos, y otros diez minutos más nos bastaron para poder ser vistos fuera de la atmósfera. Me dirigí al requisito numérico legal para los diámetros planetarios, antes de realizar el primer cambio de fase. Luego, por fin, con la mente y las manos libres, pude volver a prestarle atención a Amanda.

Estaba perdida en sus pensamientos, con la mirada fija en los puntos parpadeantes de fuego, que formaban las estrellas visibles en la pantalla de navegación situada sobre los mandos. Durante un momento, la observé sin hablar, pensando otra vez que, posiblemente, Padma había tenido razón. Antes, incluso cuando me había hablado en la oscuridad de mi habitación acerca de lo que ella sentía por Ian, no me había conmovido por nada suyo. Pero, ahora, sentada a mi lado, pude sentir la vida en su interior.

Debió notar mis ojos en ella, ya que despertó de la consulta privada que mantenía con las estrellas y alzó la vista.

—¿Te preocupa algo? —preguntó.

—No —repuse—. O, más bien, sí. En realidad, no pude seguir tu línea de pensamiento cuando estábamos en la terminal, contemplando el cuadro, y tú comentaste que ahora comprendías.

—¿No? —Me observó durante una fracción de segundo—. Quería decir que ahora entendía lo que había comprendido Michael.

—Padma me comentó que él pensaba que lo que comprendías ahora es la forma en que puede ser aplicado... y a todo el mundo.

Tardó un momento en responder.

—Te estás preguntando acerca de mí... y de Ian y Kensie —dijo.

—Poco importa lo que yo me pregunte —contesté.

—Sí que importa. Después de todo, fui yo la que te involucró en esa situación sin previo aviso. Todo saldrá bien. Terminarán su contrato aquí y, luego, Ian irá a la Tierra para buscar a Leah. Se casarán y ella se establecerá en Foralie.

—¿Y Kensie?

—Kensie —sonrió con tristeza—. Kensie continuará... por su propio camino.

—¿Y tú?

—Yo seguiré el mío. —Me miró casi de la misma forma que Padma, cuando nos encontrábamos debajo del cuadro—. Eso es a lo que me refería cuando comenté que comprendía. Al final, el único camino posible es ser como eres y hacer lo que debes. Si consigues eso, todo funciona. Michael lo descubrió.

—Y perdió su vida llevándolo a la práctica.

—No —corrigió ella rápidamente—. No perdió nada. Él sólo quería dos cosas. Una, ser el Dorsai para el que había nacido; y, la otra, no usar jamás un arma. Todo indicaba que únicamente podía obtener una de ellas, nunca las dos. Pero sucede que él fue fiel a esos dos principios y funcionó. Al final, fue un Dorsal y no necesitó armas... y, al conseguir esas dos cosas, detuvo a todo un ejército.

Los ojos de ella me contemplaban con tal fuerza que no pude apartar la mirada.

—Siguió su camino y encontró su vida —prosiguió ella—; y mi respuesta es seguir el mío. Ian, el de él; y Kensie, el suyo...

Se interrumpió tan bruscamente que yo supe lo que estaba a punto de decir.

—Dame tiempo —comenté; y las palabras surgieron un poco más de rápidamente de lo que yo esperaba—. Aún es demasiado pronto. Demasiado pronto desde que ella murió. Pero dame tiempo, y, quizá... quizá, incluso yo pueda seguir el mío.

## Guerrero

El crucero espacial que venía de Nueva Tierra y Freilandia, unos mundos situados bajo el sol de Sirio, había sufrido un retraso en el aterrizaje, debido al tráfico del espaciopuerto de Long Island. Los dos tenientes de policía, que aguardaban sobre el cemento que había más allá del refugio que brindaban los edificios de la terminal, se subieron los cuellos de los abrigos para cubrirse del aguanieve que caía en esa zona expuesta a la intemperie. El aguanieve se estaba convirtiendo en granizo que azotaba y agujoneaba todas las partes descubiertas de la piel. El cielo gris de noviembre arrojaba el granizo sin pausa ni piedad; la vasta y extensa superficie de cemento parecía danzar con la multitud blanca que caía del cielo.

—Aquí llega —anunció Tyburn, el teniente de policía del Complejo de Manhattan, arriesgándose a alzar la vista bajo el granizo—. Deja que hable yo cuando le escoltemos.

—Por mí, perfecto —respondió Breagan, el oficial del espaciopuerto—. Yo sólo estoy aquí para presentártelo... y porque ésta es mi jurisdicción. Kenebuck es todo tuyo, con sus contactos secretos y sus millones. Si dependiera de mí, dejaría que el soldado se lo cargara.

—Es él —indicó Tyburn— quien, probablemente, se cargue al soldado... y ésta es la razón por la que estoy aquí. Deberías saberlo.

La gran masa de la nave interestelar se posó sobre el cemento, a doscientos metros de distancia, como una montaña cautelosa. Cerca de su base, salió una escalera parecida a una pata metálica, y los pasajeros comenzaron a desembarcar. Los dos policías localizaron de inmediato a su hombre entre la multitud.

—Es grande —dijo Breagan, con la juiciosa apreciación de alguien que se encuentra seguro al margen del peligro, al tiempo que los dos policías avanzaban hacia su encuentro.

—Todos esos militares profesionales de Dorsai son grandes —respondió Tyburn con cierta irritación, encogiendo los hombros contra el frío—. Se entrecruzan para ser así.

—Sé que son grandes —indicó Breagan—. Éste es más grande aún.

En ese momento, la primera oleada de pasajeros se dirigía hacia ellos, y su objetivo se encontraba allí. Cuando se acercaron, pudieron ver, a pesar de la densa granizada, todas las líneas de su rostro oscuro e imperturbable, cerniéndose por encima de la altura inferior de la gente que le rodeaba, al tiempo que su rigidez militar moldeaba las ropas civiles en las que iba embutido de tal forma que bien podían parecerse a un uniforme. Tyburn se encontró mirando fijamente a la alta figura que avanzaba hacia él. Ya había conocido antes a semejantes soldados profesionales procedentes de Dorsai, y el sello de su ascendencia siempre había resultado claro. Sin embargo, este hombre era aún más notable que los otros que Tyburn había visto. En cierto aspecto, parecía el espíritu encarnado de los Dorsai.

Era uno de los hermanos gemelos, Tyburn recordó en ese momento el informe que tenía en su despacho. Se llamaban Ian y Kensie, y pertenecían a la familia Graeme, de Foralie, en Dorsai. Y el informe decía que Kensie poseía la simpatía de dos hombres juntos, mientras que su hermano Ian, que ahora se acercaba a Tyburn, poseía una ración doble de sombras y solitaria oscuridad.

Al contemplar al hombre que se le aproximaba, Tyburn comprendió el informe del *dossier*. Incluso durante un momento, mientras el granizo y el frío se apoderaban de él, le pareció creíble aquel viejo dicho que rezaba que si los soldados nacidos Dorsai quisieran alguna vez reunirse todos en su mundo pequeño y agreste y desafiar al resto de la humanidad, ni uno solo de los trece mundos habitados se les podría resistir. En cierta ocasión, a Tyburn le había hecho gracia eso. Un hombre como ése, viviría por diferentes motivos que los hombres corrientes; y moriría por distintas causas.

Tyburn se sacudió de encima esa idea descabellada. La figura que venía hacia él, recordó de inmediato, era un soldado profesional y nada más.

Ian ya casi estaba a su altura. Los dos policías se metieron entre la multitud y lo interceptaron.

—¿Comandante Ian Graeme? —inquirió Breagan—. Soy Kaj Breagan, de la policía del espaciopuerto. Éste es el teniente Walter Tyburn, de la Fuerza del Complejo de Manhattan. Me pregunto si nos podría conceder unos pocos minutos de su tiempo.

Ian Graeme asintió casi de forma indiferente. Dio media vuelta y caminó junto a ellos, acomodando sus zancadas más largas a un ritmo más relajado que el andar energético de los policías, que le apartaron de la ruta seguida por los pasajeros hacia una puerta metálica situada en un extremo de la Terminal, donde se leía *Prohibida la Entrada a Personal no Autorizado*. Una vez dentro, subieron en un ascensor hasta las oficinas de la terminal, situadas en el último piso, y acabaron sentados en unas sillas alrededor del escritorio de un despacho.

Durante todo el trayecto, Ian no pronunció ni una palabra. En ese momento, se encontraba en la silla mirando a Tyburn, que se encontraba detrás de la mesa, y a Breagan, sentado a la derecha del escritorio, con la misma paciencia indiferente y la silla apoyada contra la pared. Tyburn se encontró a su vez mirándole fascinado. No a su rostro granítico, sino a las poderosas y sólidas manos del hombre, que colgaban relajadas de los apoyabrazos que soportaban sus antebrazos. Con un esfuerzo, Tyburn apartó la mirada de aquellas manos.

—Bien, comandante —comenzó, obligándose a mirar por fin las inmutables y oscuras facciones—, tenemos entendido que ha venido a la Tierra de visita.

—Para ver al familiar más próximo de un oficial mío —cuando finalmente habló, la voz de Ian resultó casi dócil comparada con su apariencia.

Era una voz profunda y pausada; pero, ligera... como si hiciera tiempo que hubiera olvidado la necesidad de sonar colérica o amenazadora. Aunque... había algo

triste en ella, pensó Tyburn.

—¿A un tal James Kenebuck? —preguntó Tyburn.

—Así es —respondió la voz profunda de Ian—. Su hermano menor, Brian Kenebuck, estaba a mis órdenes en la reciente campaña que emprendimos en Freilandia. Murió hace tres meses.

—¿Visita usted siempre —inquirió Tyburn— a los parientes de sus oficiales muertos?

—Cuando es posible. Claro está que, habitualmente, mueren en la línea de combate.

—Ya veo —repuso Tyburn. La silla de oficina en la que estaba sentado parecía dura e incómoda bajo su cuerpo. Se movió ligeramente—. ¿No irá armado, verdad, comandante?

Ian ni siquiera sonrió.

—No —dijo.

—Por supuesto, por supuesto —comentó Tyburn incómodo—. No es que eso cambie mucho las cosas. —A despecho de sí mismo, volvía a mirar las dos manos sólidas y relajadas que tenía enfrente—. Sus... extremidades son armas letales por propio derecho. ¿Sabía que aquí registramos a los karatekas profesionales y a los expertos en boxeo? ¿O no lo sabía?

Ian asintió.

—Sí —dijo Tyburn.

Se humedeció los labios y, entonces, se enfureció por haberlo hecho. Malditas sean mis órdenes, pensó repentinamente, no tengo por qué estar sentado aquí y quedar como un tonto delante de este hombre, a pesar de todos los contactos y millones que tenga Kenebuck.

—De acuerdo, mire, comandante —prosiguió con voz áspera, inclinándose hacia adelante—. Hemos recibido una nota de la Policía de Freilandia del Norte sobre usted. Dan a entender que usted considera responsable a Kenebuck —James Kenebuck— de la muerte de su hermano Brian.

Ian permaneció sentado, mirándole sin responder.

—Bien —demandó Tyburn con impaciencia después de un momento—, ¿es así?

—El jefe de grupo Brian Kenebuck —replicó Ian con calma— condujo a su grupo, que entonces estaba integrado por treinta y seis hombres, en contra de las órdenes, más allá de la zona segura, al interior del perímetro enemigo. Su grupo fue rodeado y casi masacrado. Únicamente él y cuatro hombres regresaron a nuestras líneas. Se le juzgó en el campo de acuerdo con el Código de los Mercenarios, bajo el cargo de irresponsabilidad deliberada en la conducción de sus tropas en situación de combate. Los cuatro hombres que regresaron con él testificaron en su contra. Se le encontró culpable y yo ordené que le fusilaran.

Ian dejó de hablar. Su voz había sonado perfectamente modulada; pero había hablado de forma tan decidida, que, cuando acabó, se produjo una pausa en la

habitación, mientras Tyburn y Breagan le miraban como si los dos estuvieran en trance. Entonces, el silencio rebotó en los oídos de Tyburn y le devolvió a la vida.

—Entonces, no veo qué tiene que ver todo esto con James Kenebuck —dijo Tyburn—. Brian cometió un... delito militar, y fue ejecutado por ello. Acaba de decir que fue usted el que dio la orden. Entonces, si hay algún responsable de la muerte de Brian Kenebuck, me parece que sería usted. ¿Por qué relacionarlo con alguien que ni siquiera estaba presente, que durante todo el tiempo permaneció en la Tierra: James Kenebuck?

—Brian —repuso Ian— era su hermano.

La declaración carente de emoción resultó tranquila y fríamente razonable en la silenciosa y bien iluminada oficina. Tyburn descubrió que sus manos abiertas habían cerrado los puños sobre la superficie del escritorio. Respiró hondo y comenzó a hablar en un tono oficial.

—Comandante —dijo—, no pretendo entenderle. Usted es un hombre de Dorsai, un producto de una de las culturas escindidas que hay entre las estrellas. Yo, simplemente, soy un terrestre a la antigua usanza... sin embargo, soy un policía del Complejo de Manhattan y James Kenebuck es... bueno, un contribuyente del Complejo de Manhattan.

Se dio cuenta de que hablaba sin mirar a Ian a los ojos. Se obligó a hacerlo... y vio que eran oscuros e implacables.

—Es mí deber informarle —continuó Tyburn— que hemos recibido algunos indicios de que usted pretende alguna especie de venganza sobre James Kenebuck, debido a la muerte de Brian Kenebuck. Sólo son rumores y, mientras no quebrante usted ninguna ley de la Tierra, es libre de ir donde quiera y de ver a quien quiera. Pero, ésta es la *Tierra*, comandante.

Se detuvo, con la esperanza de que Ian produjera algún sonido, algún movimiento. Sin embargo, Ian siguió sentado, inmóvil.

—Aquí no tenemos ningún Código de Mercenarios, comandante —prosiguió Tyburn con voz dura—. No conservamos el derecho de venganza, ningún *droit-de-main*. No obstante, sí tenemos leyes. Y esas leyes dicen que, aunque un hombre sea el peor asesino con vida, hasta que no sea juzgado según nuestras leyes, nadie puede tocarle ni un pelo. Ahora bien, no es mi intención debatir si eso es justo o no; sólo quiero recordarle que las cosas son así. —Tyburn miró fijamente los ojos oscuros—. Sé que si usted ha decidido matarle —añadió sin rodeos— sin importar lo que cueste, no lo podré evitar.

Se detuvo y esperó de nuevo. Pero Ian seguía sin hablar.

—Sé —dijo Tyburn— que usted puede acercarse a él como cualquier otro ciudadano, y que una vez que lo tenga a su alcance puede intentar matarlo con sus propias manos sin que nadie consiga impedirlo. En todo caso, yo no podría detenerle. Sin embargo, lo que sí puedo hacer es atraparlo después, en caso de que tuviera éxito, y hacer que lo encierren y lo juzguen por asesinato. Y, no lo dude, usted *sería*

atrapado y juzgado. Aquí en la Tierra, no se puede matar a James Kenebuck de la forma en que uno de ustedes mata a un hombre y salir bien librado de ello... ¿comprende eso, comandante?

—Sí —repuso Ian.

—Muy bien —comentó Tyburn, soltando el aire—. Entonces, lo comprende. Usted es un hombre cuerdo y un Dorsai profesional. Por lo que he podido saber de los Dorsai, uno de sus principios militares es que parte del deber de un hombre para consigo mismo es no malgastar su vida en una causa perdida. Y esta causa suya de hacerle justicia a Kenebuck a causa de la muerte de su hermano, es una causa perdida.

Se detuvo. Ian se irguió en un movimiento preliminar antes de ponerse de pie.

—Aguarde un segundo —dijo Tyburn.

Había llegado a la parte más dura de la entrevista. Había preparado su charla para ese momento, ensayándola una y otra vez... sin embargo, ahora no estaba seguro de poder convencer a Ian.

—Unas palabras más —continuó Tyburn—. Usted es un hombre de campamentos y campos de batalla, un militar; y seguro que está acostumbrado a verse a sí mismo como un hombre bastante eficaz. Pero, aquí en la Tierra, esas habilidades especiales de usted son, en su mayor parte, ilegales. Y sin ellas, usted resulta ineficaz y está desvalido. Por el contrario, Kenebuck es todo lo contrario. Tiene dinero... millones. Y posee contactos, algunos desagradables. Además, nació y se educó aquí, en el Complejo de Manhattan. —Tyburn miró con énfasis al hombre alto y oscuro, deseando que le comprendiera—. ¿Me sigue? Si usted, por ejemplo, apareciera repentinamente muerto aquí, puede que no consiguiéramos culpar de ello a Kenebuck. Mientras que, sin lugar a dudas, sí podemos, y lo haríamos, juzgarle a usted si la situación fuera al revés. Piense en ello.

Permaneció sentado, contemplando a Ian. Pero el rostro de Ian no mostró ningún cambio o señal de que había entendido el mensaje.

—Gracias —comentó Ian—. Si no tiene nada más que decirme, creo que me marcharé.

—No hay nada más —repuso Tyburn, derrotado.

Observó cómo se marchaba Ian. Sólo cuando se fue, y él se volvió hacia Breagan, recuperó un poco su autoestima. Porque el rostro de Breagan estaba pálido.

Ian bajó a la Terminal y cogió un taxi hacia el Complejo de Manhattan, con dirección al Hotel John Adams. Se registró en una habitación de la planta catorce, de la sección de clientes transitorios, y preguntó acerca de la *suite* de James Kenebuck en la zona de residentes; luego, le envió su tarjeta a Kenebuck, pidiéndole si podía ir a verle. Después, subió a su propia habitación, abrió las maletas que ya le habían mandado desde el espaciopuerto, y extrajo un paquete pequeño y sellado. Justo en ese momento, escuchó un breve sonido repiqueteante y su tarjeta le fue devuelta por la ranura de entrega que había en la pared. Cayó en una bandeja situada debajo de la

ranura y él la recogió para leer lo que había escrito. La nota manuscrita decía:

*Suba.*

*K.*

Guardó la tarjeta y el paquete en un bolsillo, al tiempo que salía de su habitación transitoria. Y Tyburn, que había seguido a Ian hasta el hotel, y que había observado todos los movimientos de Ian a partir del momento de su llegada a través de unos sensores situados en las paredes y los techos, se incorporó a medias de la silla que tenía en la *suite* vacía situada encima de la de Kenebuck, que, sin disimulo alguno, había sido ocupada como puesto de observación por la policía. Entonces, impotente, Tyburn maldijo y se volvió a sentar para seguir los pasos de Ian a través de la pantalla a la que los sensores enviaban su información. Hasta ahora, no había nada que el policía pudiera hacer legalmente... nada más que observar.

De modo que observó a Ian mientras éste recorría el pasillo enmoquetado hasta el tubo del ascensor, subía hasta el piso ochenta y salía para situarse delante de la puerta pesada y transparente que separaba la zona de residentes del hotel. Alzó la tarjeta de Kenebuck con el mensaje escrito a una pantalla de conserje que había detrás de la puerta, y, con un suave sonido del aire, la puerta se deslizó hacia un lado para dejarle pasar. Entró, vio otro tubo ascensor y lo tomó para subir trece plantas más. Unas puertas negras se abrieron ante él... avanzó un paso y se encontró en un recibidor pequeño, rodeado por tres hombres.

Eran hombres grandes —uno, un gigante de mandíbula cuadrada, era incluso más grande que Ian— y de aspecto desagradable.

Tyburn, que observaba por medio del sensor que había en el techo del recibidor y que la policía había colocado en secreto el día anterior, los reconoció a todos de sus archivos. Eran músculos del submundo, contratados por Kenebuck cuando se había enterado de la llegada de Ian; todos iban armados, eran brutales y saltaban a la mínima provocación... perros rabiosos de la parte baja de la ciudad. Después de dar ese primer paso que le situó entre ellos, Ian permaneció inmóvil. Entonces, en el cuarto se produjo un extraño cese de todo movimiento.

Los tres hombres permanecieron quietos. Tyburn se dio cuenta de que habían estado a punto de ponerle las manos encima a Ian para registrarle y, de paso, sacudirle un poco durante el proceso. Pero algo les había detenido, un cambio brusco en la atmósfera que reinaba allí. Tyburn, vigilante, sintió el cambio igual que ellos; sin embargo, tardó un momento en comprenderlo. Más tarde lo entendió.

La diferencia radicaba en Ian, en la forma de estar allí de pie. Tyburn vio que estaba, simplemente... a la espera. Esa misma indiferencia animal que había visto Tyburn en la oficina de la Terminal, otra vez fluía de él. La fracción de segundo que tardó en entrar en el recibidor, le bastó para ver a los tres hombres, calibrarlos y detenerse. En ese momento, estaba aguardando a que uno de ellos realizara algún movimiento.

Una especie de relámpago negro había entrado en el recibidor. Bruscamente, al

vigilante Tyburn le resultó claro, así como a los tres tipos que había abajo, que el primero de ellos que se atreviera a posar una mano sobre Ian sería el primero en sentir las manos de un soldado Dorsai sobre él... y esas manos significarían la muerte.

Por primera vez en su vida, Tyburn vio el poderío personal que emanaba de un luchador Dorsai sin necesidad de palabras. A Ian no le hacía falta ninguna placa, allí de pie, para advertirles que era peligroso. Los hombres que le rodeaban eran perros rabiosos; pero, de forma patente, Ian era un lobo. Había una diferencia entre ellos, y Tyburn estaba notando en ese momento por primera vez. Los perros —incluso los rabiosos— luchan, y el perro que pierde, si puede, huye. Sin embargo, ningún lobo huye. Ya que un lobo gana todas las peleas, menos una, y en ésta muere.

Después de un momento, cuando había quedado claro que ninguno de los tres se movería, Ian avanzó. Pasó al lado de ellos sin siquiera rozarles, y se dirigió a la puerta interior, la abrió y entró.

Penetró en un salón de tres niveles, que se extendía hacia una larga y ancha ventana con el cristal levantado, enmarcando la noche negra cubierta por el granizo. El salón resultaba tan grande como una *suite* pequeña, y se hallaba lleno de gente, hombres y mujeres ricamente vestidos. Sostenían copas de cóctel en las manos, de pie o sentados, mientras conversaban entre sí. La atmósfera estaba cargada de olor a alcohol, perfume femenino y humo de cigarrillos. Pareció que no le prestaban ninguna atención cuando entró; pero, sus ojos le siguieron a hurtadillas a medida que pasaba por su lado.

Avanzó a través de la multitud, abriéndose camino hacia una figura que se encontraba ante la ventana oscura, la figura de un hombre casi tan alto como él mismo, de porte erguido, aspecto atlético y una cara atractiva y angulosa, bajo un cabello rubio, casi blanco, que observó a Ian con cierta incredulidad mientras éste se aproximaba.

—¿Graeme...? —inquirió ese hombre cuando Ian se detuvo delante de él. Su voz, en ese momento de descuido, traicionó los dos niveles en los que se movía, el gemido áspero del matón, por debajo, y el acento educado por arriba—. ¿Mis muchachos... no hicieron nada... —tartamudeó— cuando usted entró?

—No —repuso Ian—. Usted es James Kenebuck, claro. Se parece a su hermano. Kenebuck le miró.

—Aguarde un minuto —dejó la copa. Dio media vuelta y se movió rápidamente por entre la multitud en dirección al recibidor, cerrando la puerta tras de sí. Por encima del murmullo que reinaba en la habitación, los presentes escucharon primero un silencio; luego, una breve explosión ininteligible de voces agudas y, después, una vez más, el silencio. Kenebuck regresó a la sala, mostrando su rostro dos manchas acaloradas en las mejillas. Se acercó a Ian.

—Sí —respondió, deteniéndose ante él—. Se suponía que debían... avisarme cuando usted llegara.

Guardó silencio, evidentemente a la espera de que Ian hablara; pero Ian siguió allí de pie, estudiándole, hasta que el rubor en las mejillas de Kenebuck reapareció.

—¿Bien? —inquirió con brusquedad—. ¿Bien? Ha venido hasta aquí para verme por algo acerca de Brian, ¿verdad? ¿Qué pasa con Brian? —añadió, antes de que Ian pudiera responder, con un tono repentinamente brutal—. Sé que lo fusilaron, así que no tiene que darme esa noticia. Supongo que querrá comunicarme que mostró todo tipo de agallas nobles... se negó a que le vendaran los ojos y esa clase de...

—No —cortó Ian—. No murió de forma noble.

El cuerpo alto y musculoso de Kenebuck experimentó un fugaz espasmo al escuchar esas palabras, como si las balas de un pelotón de fusilamiento invisible lo hubieran atravesado.

—¡Vaya... eso está bien! —se rió enfurecido—. ¡Recorre años luz para verme y, luego, me suelta eso! Pensé que le caía bien... que Brian le caía bien.

—¿Caerme bien? No —Ian sacudió la cabeza. Kenebuck se envaró, con el rostro momentáneamente congelado en una expresión de perplejidad—. De hecho —continuó Ian—, era un buscador de gloria. Eso le convertía en un mal soldado y en un oficial peor. Le habría trasladado fuera de mi campamento si hubiera dispuesto de tiempo antes de que empezara la campaña de Freilandia. Por su culpa, aquella noche perdimos la vida de treinta y dos hombres de su grupo.

—Oh —Kenebuck se recompuso y observó a Ian con una mirada agria—. Treinta y dos hombres. Los tiene en su conciencia... ¿es eso?

—No —repuso Ian.

Cuando pronunció esa palabra, no se notó ningún énfasis especial en ella; pero, de algún modo, para los oídos de Tyburn, la breve negativa descartaba la pregunta de Kenebuck con una brusquedad parecida al desprecio. Los puntos rojizos en las mejillas de Kenebuck se encendieron más.

—No le caía bien Brian y su conciencia no le molesta... entonces, ¿qué hace aquí? —soltó.

—Me ha traído mi deber —dijo Ian.

—¿Deber? —El rostro de Kenebuck se puso rígido.

Ian metió despacio la mano en el bolsillo, como si estuviera entregando su arma a manos de un enemigo que le tuviera cubierto y no deseara que su movimiento fuera malinterpretado. Sacó el paquete del bolsillo.

—Le he traído los efectos personales de Brian —comentó.

Se volvió y depositó el paquete en una mesa que había al lado de Kenebuck. Kenebuck bajó la vista hasta el paquete y el color de sus mejillas se desvaneció, hasta que su rostro quedó casi tan blanco como su cabello. Luego, lentamente, como si se acercara a una trampa, alargó el brazo y lo cogió con cautela. Lo sostuvo entre los dedos y se volvió hacia Ian, mirándole a los ojos con una expresión casi imperiosa.

—¿Están aquí? —preguntó Kenebuck con una voz apenas más alta que un susurro y que tenía un énfasis extraño.

—Los efectos de Brian —repuso Ian, observándole.

—Sí... claro. De acuerdo —dijo Kenebuck. Resultaba evidente que intentaba recuperar la calma; sin embargo, su voz seguía siendo casi un murmullo—. Creo que... con esto acaba todo.

—Con esto acaba todo —acordó Ian.

Seguían con los ojos clavados.

—Adiós —se despidió Ian.

Dio media vuelta y caminó entre la multitud silenciosa, saliendo del salón. Los tres hombres ya no se encontraban en el recibidor. Bajó por el ascensor y regresó a su propia habitación del hotel.

Tyburn, que al disponer de una llave maestra para los ascensores de servicio no había tenido que cambiar de ascensor como Ian, le estaba esperando cuando éste entró. Ian no pareció sorprendido de ver a Tyburn allí, y sólo le echó una mirada indiferente cuando atravesó la habitación hacia la botella de *whisky* Dorsai que ya le habían llevado al cuarto.

—¡Bien, ya está! —explotó Tyburn con alivio—. Ha conseguido verle y él le ha dejado salir. Ya puede hacer las maletas y marcharse. Se acabó.

—No —repuso Ian—. Nada ha terminado aún. —Se sirvió una copa del *whisky* oloroso y oscuro y acercó la botella a otro vaso—. ¿Una copa?

—Me encuentro de servicio —contestó Tyburn enérgicamente.

—Nos aguarda un rato de espera —comentó Ian con calma.

Echó un poco de *whisky* en el otro vaso, cogió los dos y cruzó la habitación para pasarle uno a Tyburn. Éste se sorprendió a sí mismo aceptando el *whisky*. Ian se había acercado hasta quedar de pie ante el ventanal. Fuera, ya había caído la noche; pero —apenas vislumbrado por las luces que provenían de los niveles más bajos de la ciudad —, el aguanieve, en esa zona situada por encima del escudo que les protegía contra el clima, aún seguía cayendo en forma de gotas que simulaban fantasmas oscuros y pequeños contra el cristal transparente.

—Escuche, ¿qué más quiere, amigo? —soltó Tyburn—. ¿No se da cuenta de que es a usted a quien intento proteger... al igual que a Kenebuck? ¡No quiero que muera *nadie*! Si usted permanece en la ciudad más tiempo, es como si lo estuviera pidiendo. No me cansaré de repetírselo: aquí en el Complejo de Manhattan, el indefenso es usted, no Kenebuck. ¿Es que cree que él no ha hecho planes para acabar con usted?

—No lo hará hasta no encontrarse seguro —dijo Ian, dando la espalda a las gotas de aguanieve espectral que chocaban como almas perdidas contra el cristal, tratando de entrar en la estancia.

—¿Seguro de qué? Mire, comandante —repuso Tyburn, esforzándose por hablar con voz calmada—, media hora después de recibir el comunicado de la Policía de Freilandia del Norte, Kenebuck llamó a mi oficina para pedir protección. —Se interrumpió irritado—. ¡No me mire de esa forma! ¿Cómo quiere que sepa de qué modo se enteró de su llegada? ¡Ya le he dicho que es rico y que tiene contactos en las

altas esferas! Pero, a lo que voy, la protección policial que tiene, simplemente, es una pantalla —una excusa— para lo que haya planeado por su propia cuenta. ¡Usted mismo acaba de ver a esos matones en el recibidor!

—Sí —corroboró Ian sin ningún énfasis.

—¡Bueno, pues piense en ello! —Tyburn le miró con ojos centelleantes—. ¡Mire, yo no dispongo de ningún informe de Kenebuck! Muy bien... ¡deje que le hable de él! Sabíamos que intentaba deshacerse de su hermano desde que Brian contaba diez años...; pero, maldita sea, comandante, Brian tampoco era un ángel...

—Lo sé —repuso Ian, sentándose en una silla enfrente de Tyburn.

—¡De acuerdo, así que lo sabe! ¡De todas formas, se lo contaré! —exclamó Tyburn—. El abuelo de ellos era un jefe del hampa local. Estaba involucrado en todos los jaleos de la zona oriental. Pertenecía a la mafia, y tenía millones que no se atrevía a sacar a la luz, debido a su procedencia. En la época de su padre, esos millones comenzaron a ser blanqueados en negocios legítimos. La tercera generación, James y Brian, no heredó nada ilegal. Demonios, si alguna vez lo hubiéramos intentado, ni siquiera podríamos haber conseguido que prosperara una acusación por haber cruzado indebidamente la calle. Cuando su padre murió, James tenía veinte años y Brian diez; y, al morir él, la última traza de ilegalidad que podía quedar en la familia desapareció. ¡Sin embargo, ellos han seguido manteniendo sus contactos con el hampa, comandante!

Ian permaneció sentado con la copa en la mano, mirando a Tyburn casi con curiosidad.

—¿No lo comprende? —Restalló Tyburn—. Le diré que, de acuerdo con la ley, Kenebuck está limpio. ¡No obstante, en su familia eran todos unos matones, él creció como un matón y piensa como tal! No deseaba que su pequeño hermano Brian estuviera a su lado para compartir la corona del príncipe con él... así que se deshizo de su hermano. No podía, simplemente, matarlo, de modo que decidió hacerlo pedazos, quebrantar su espíritu, hasta que Brian se excediera tratando de imitar a su hermano mayor y se matara en el intento.

Ian asintió despacio.

—¡Muy bien! —exclamó Tyburn—. Así que, finalmente, Kenebuck lo ha conseguido. Persiguió a Brian hasta que el muchacho se marchó y se convirtió en un soldado profesional... algo por lo que Kenebuck no hubiera abandonado su vino, sus mujeres y su música durante el tiempo necesario para destacar como tal. Y puede sobresalir en la mayoría de las cosas que desea, comandante. Bajo esa actitud de matón y todos esos millones, se esconde un buen cerebro y un buen cuerpo, que él se ha encargado de entrenar. Muy bien, de acuerdo. De modo que resulta que Brian, de todos modos, no era bueno, y se llevó consigo a unos cuantos soldados cuando por fin emprendió lo que Kenebuck deseaba, muriendo en el intento. ¡De acuerdo! Pero ¿qué puede hacer usted al respecto? ¿Qué puede hacer nadie si todos los contactos, el dinero y la ley están de parte de Kenebuck? Y, de todas formas, ¿por qué quiere usted

hacer algo?

—Es mi deber —comentó Ian. Ya se había bebido la mitad del *whisky* de su copa distraídamente y, en ese momento, giró el vaso entre los dedos con gesto pensativo, contemplando el licor de color marrón que remolineaba bajo las fuerzas del ímpetu y la gravedad. Alzó la vista hacia Tyburn—. Usted lo sabe, teniente.

—¡Deber! ¿Es tan importante el deber? —exigió Tyburn.

Ian le miró y, luego, apartó la vista, contemplando el aguanieve fantasmal que golpeaba en vano contra el cristal de la ventana que la mantenía en la oscuridad exterior.

—No hay nada más importante que el deber —repuso Ian, a inedias para sí mismo, la voz distante y reflexiva—. Las tropas mercenarias tienen el derecho al cuidado y a la protección por parte de sus propios oficiales. Cuando no los reciben, merecen justicia, a fin de impedir que vuelva a repetirse lo mismo. Esa justicia es un deber.

Tyburn parpadeó y, repentinamente, pareció como si una pared se hubiera derribado en su mente.

—¡Justicia para esos treinta y dos soldados muertos a causa de Brian! —exclamó, comprendiéndolo súbitamente—. ¡Eso es lo que le ha traído hasta aquí!

—Sí —Ian asintió, y alzó la copa en una especie de saludo al aguanieve fantasmal, bebiéndose el resto del *whisky*.

—Pero —dijo Tyburn, mirándole—, lo que usted intenta es que un civil sea sometido a esa justicia. Y Kenebuck le supera en armas y en maniobras...

El sonido de la pantalla de comunicación, situada en un rincón de la habitación, le interrumpió. Ian dejó su copa vacía, se dirigió a la pantalla y apretó un botón. Sus anchos hombros y su espalda ocultaban la visión a Tyburn; no obstante, éste logró escuchar la voz.

—¿Sí?

La voz de James Kenebuck sonó en la habitación del hotel.

—¡Graeme... escúcheme!

—Le escucho —replicó Ian con voz tranquila.

—Ahora estoy solo —anunció la voz de Kenebuck. Parecía tensa y áspera—. Mis invitados se han marchado a casa. Acabo de abrir el paquete que usted me entregó con las cosas de Brian...

Dejó de hablar y a Tyburn le pareció que la frase flotaba inconclusa en la atmósfera de la habitación. Ian la dejó flotar durante un momento bastante largo.

—¿Sí? —inquirió finalmente.

—Quizá he sido un poco precipitado... —dijo Kenebuck. Sin embargo, el tono de su voz no respaldaba sus palabras. Era un tono salvaje—. ¿Por qué no sube, ahora que estoy solo, y hablaremos... por fin, de Brian?

—Subiré —aceptó Ian.

Apagó la pantalla y dio media vuelta.

—¡Aguarde! —pidió Tyburn, levantándose de la silla—. ¡No puede subir!

—¿No puedo? —Ian le observó—. Me acaban de invitar, teniente.

Las palabras fueron como una toalla húmeda que hubiera golpeado el rostro de Tyburn, despertándole.

—Así es... —Se quedó mirando a Ian—. ¿Por qué? ¿Por qué le habrá invitado a volver?

—Ha tenido tiempo para estar solo —respondió Ian—. Y para mirar el paquete de Brian.

—Pero... —Tyburn hizo una mueca—. No había nada importante en ese paquete. Un reloj, una billetera, un pasaporte, algunos papeles... Aduana nos dio una lista. No había nada raro en su interior.

—Sí —corroboró Ian—. Y ésa es la razón por la que desea verme de nuevo.

—Pero ¿qué quiere?

—Me quiere a mí —repuso Ian. Se enfrentó a la perplejidad de la mirada de Tyburn—. Siempre estuvo celoso de Brian —explicó Ian casi con gentileza—. Temía que Brian creciera y le superara en muchas cosas. Ése es el motivo por el que intentó quebrantar a Brian, incluso matarle. Pero, Brian ha regresado ahora para enfrentarse a él.

—¿Brian...?

—En mi persona —dijo Ian.

Se volvió despacio hacia la puerta del cuarto del hotel.

Tyburn le observó girar; luego, de repente... como un hombre que saliera de una ensoñación, avanzó tres pasos rápidos detrás de él, mientras Ian abría la puerta.

—¡Espere! —Restalló Tyburn—. ¡No estará solo ahí arriba! Tendrá matones que le cubrirán a cada paso. Sin lugar a dudas tendrá preparadas trampas para usted...

Con gesto tranquilo, Ian apartó de su brazo la mano del policía.

—Lo sé —dijo. Y se marchó.

Tyburn quedó en el umbral abierto, contemplándole. En el momento en que Ian entraba en el ascensor, el policía entró en acción. Corrió hacia el ascensor de servicio, que le llevaría de vuelta al puesto de vigilancia, situado encima de los sensores que había en el techo del salón de Kenebuck.

Cuando Ian salió al recibidor por segunda vez, éste se encontraba vacío. Se dirigió a la puerta del salón de la *suite* de Kenebuck, la encontró entreabierta y entró. En el interior, la sala estaba vacía, con copas y ceniceros a rebosar esparcidos aún por encima de las mesas; las luces habían disminuido de intensidad. Kenebuck se levantó de un sillón, con la espalda vuelta hacia la lejana y enorme ventana que había al final del salón. Ian se encaminó hacia él y se detuvo cuando estaba a menos de un brazo de distancia.

Kenebuck permaneció inmóvil durante un segundo, mirándole con el rostro tenso. Entonces, le hizo un gesto breve y casi colérico con la mano derecha. El gesto reveló el hecho de que había estado bebiendo.

—¡Siéntese! —exclamó. Ian se dejó caer en un sillón cómodo y Kenebuck volvió a sentarse en el mismo sillón del que acababa de levantarse—. ¿Una copa? —Había una frasca y varias copas en la mesa que les separaba. Ian sacudió la cabeza. Kenebuck se sirvió media—. Ese paquete con las cosas de Brian —dijo de forma brusca, con los ojos centelleantes, mientras contemplaba a Ian a través de los párpados entornados— sólo contenía cosas personales. ¡No había nada más!

—¿Qué más esperaba que contuviera? —inquirió Ian reposadamente.

Repentinamente, las manos de Kenebuck se cerraron alrededor de la copa. Contempló a Ian y, luego, prorrumpió en una carcajada que resonó un poco salvaje en el vacío de la enorme sala.

—No, no... —dijo Kenebuck en voz alta—. Soy yo el que hace las preguntas, Graeme. ¡Yo las hago! De todos modos, ¿qué le ha hecho venir hasta aquí para verme?

—Mi deber —respondió Ian.

—¿Deber? ¿Deber hacia quién... Brian? —La expresión de Kenebuck fue como si estuviera a punto de reírse de nuevo; entonces, lo pensó mejor. Otra vez surgió el resplandor intenso en sus ojos—. ¿Qué era alguien como Brian para usted? Me ha dicho que ni siquiera le caía bien.

—Eso no tiene nada que ver —dijo con calma Ian—. Se trataba de uno de mis oficiales.

—¡Uno de sus oficiales! ¡Era mi hermano! ¡Eso es más que ser uno de sus oficiales!

—No —respondió Ian con el mismo tono de voz—, cuando hablamos de justicia.

—¿Justicia? —Kenebuck se rió—. ¿Justicia para Brian? ¿Es así?

—Y para treinta y dos hombres alistados.

—Oh... —Kenebuck bufó alegremente—. Treinta y dos hombres... ¡esos treinta y dos hombres! —Sacudió la cabeza—. Nunca conocí a sus treinta y dos hombres, Graeme, así que no puede echarme a mí la culpa. Fue el error de Brian; sólo de él y de su idea... ¿cuáles fueron los cargos por los que le juzgaron? Oh, sí, que él y sus treinta y seis hombres podían haber asaltado el cuartel general del enemigo y haber regresado con el comandante enemigo hecho prisionero. Haber regresado... cubierto de gloria. —Kenebuck volvió a reírse—. Pero, no funcionó. No es mi culpa.

—Brian lo hizo —dijo Ian— para ponerse a prueba ante usted. Usted fue el que le impulsó a ello.

—¿Yo? ¿Es que es culpa mía que jamás lograra parecerse a mí? —Kenebuck bajó la vista hasta su copa y bebió un trago rápido; luego, volvió a mecerla entre sus manos. Sonrió un poco para sí mismo—. Nunca *logró parecerse* a mí. —Miró inexpresivamente a Ian—. Simplemente, soy un hombre mejor, Graeme. Será mejor que lo recuerde.

Ian permaneció en silencio. Kenebuck siguió mirándole; y, poco a poco, su rostro se tornó más salvaje.

—No me cree, ¿verdad? —continuó Kenebuck con voz tranquila—. Será mejor que lo haga. Yo no soy Brian, y no me preocupan los Dorsai. Usted se encuentra aquí, y yo delante de usted... solos.

—¿Solos? —repitió Ian.

Tyburn, que se hallaba encima de las cabezas de los dos hombres, escuchando y observando a través de unos sensores ocultos, pensó por primera vez que percibía una emoción —desprecio— en la voz de Ian. ¿O se lo había imaginado?

—Solos... ¡Claro! —James Kenebuck volvió a reírse; no obstante, en esta ocasión, con un poco de cautela—. Soy un hombre civilizado, no un patán de la frontera. Sin embargo, no tengo por qué ser un idiota. Sí, tengo hombres que le están cubriendo fuera de esta sala. Sería un estúpido si no lo hiciera. Además, dispongo de esto... —Silbó y un objeto del tamaño de un perro pequeño, aunque de un metal suave y negro, salió de detrás del sofá más cercano y se deslizó por la moqueta sobre un colchón de aire hasta quedar ante sus pies.

Ian bajó la vista. Era una especie de cartapacio con un orificio en la parte superior, de donde sobresalían ligeramente dos tentáculos metálicos.

Ian asintió de forma fugaz.

—Un equipo médico metálico —dijo.

—Sí —corroboró Kenebuck—, sintonizado para que responda a los latidos del corazón de cualquiera que esté presente en este salón. Como puede ver, no serviría de nada que, de alguna forma, consiguiera descubrir dónde se encuentran todos mis guardias y les obligara a retroceder. Si consiguiera liquidarme, esto podría llegar hasta mí para evitar que yo muriera. Es imposible matarme. ¡Ríndase! —Se rió y le dio una patada al aparato—. Retrocede —le dijo. Volvió a ocultarse detrás del sofá.

—Lo ve... —continuó—. Son sólo precauciones sensatas. No hay ninguna trampa en ello. Usted es un militar... ¿y eso qué significa? Una fuerza superior. Tácticas superiores. Eso es todo. Así que yo le supero en poder, le supero en número, y hago que sus tácticas resulten inútiles... entonces, ¿qué queda de usted? Nada. —Depositó con cuidado la copa al lado de la frasca—. Sin embargo, yo no soy Brian. Yo no le temo. Si así lo quisiera, podría estar con usted sin la ayuda de esos elementos.

Ian siguió observándole. En la planta de arriba, Tyburn se puso rígido.

—¿Podría? —preguntó Ian.

Kenebuck le miró. La cara blanca del millonario se contrajo. La sangre subió hasta ella, oscureciéndola. Los ojos resplandecieron iracundos.

—¿Qué intenta hacer... ponerme a prueba? —gritó de repente. Se puso en pie de un salto y se plantó delante de Ian, al tiempo que agitaba furioso los brazos. Tyburn reconoció que se trataba de la furia histérica controlada y autoprovocada del mundo de los matones. Pero ¿lo sabría Ian Graeme allí abajo? Súbitamente, Kenebuck se puso a gritar: —¿Quiere probarme? ¿Es que piensa que no me enfrentaría a usted? ¿Piensa que me acobardaría como ese hermano mío, que...? —prorrumpió en una

oleada de insultos entre los que intercaló libremente el nombre de Brian. Bruscamente, giró y se encaró con las paredes de la sala, gritando—: ¡Salid de ahí! ¡Vamos, fuera! ¿Me escucháis? ¡Todos vosotros! Fuera...

Unos paneles se deslizaron hacia un lado, las librerías se abrieron, y cuatro hombres penetraron en el salón. Tres eran los mismos que estaban en el recibidor antes, cuando Ian había entrado por primera vez en la *suite*. El otro pertenecía a la misma ralea.

—¡Fuera! —les gritó Kenebuck—. Todo el mundo fuera. Salid y cerrad la puerta a vuestras espaldas. Le enseñaré a este Dorsai, a éste... —De nuevo recurrió a las obscenidades, casi con espuma que salía por su boca.

Arriba, más allá del techo, Tyburn descubrió que estaba agarrando el borde de la mesa que había debajo de la pantalla de observación, con tanta fuerza que le dolían los dedos.

—¡Es una trampa! —le musitó entre dientes a un Ian que no podía escucharle—. ¡Lo ha planeado de esa forma! ¿No se da cuenta?

—¿Va armado Graeme? —preguntó el policía técnico de los sensores situado a la derecha de Tyburn.

Tyburn giró bruscamente la cabeza para mirar de forma momentánea al técnico.

—No —contestó—. ¿Por qué?

—Kenebuck lo está —el técnico alargó la mano y señaló la pantalla, justo debajo de la imagen que reflejaba el hombro izquierdo de la chaqueta de Kenebuck—. Un lanzador de postas.

Tyburn cerró en un puño los dedos doloridos de la mano derecha y, suavemente, golpeó la mesa delante de la pantalla, en un gesto de frustración.

—¡Muy bien! —gritaba abajo Kenebuck, encarándose con la forma aún sentada de Ian y abriendo los brazos—. Ésta es su oportunidad. ¡Atáqueme! La puerta está cerrada. ¿Es que piensa que hay alguien más por aquí que pueda ayudarme? ¡Mire!

Dio inedia vuelta y avanzó cinco pasos hacia el ventanal alto, que llegaba desde sus rodillas hasta el techo, apretó el botón de control y observó cómo se hacía a un lado. Unos pocos trozos del aguanieve fantasmal que había en el vacío de las noventa plantas, penetraron por la abertura... y cayeron muertos en forma de pequeñas gotas de humedad depositadas en el marco de la ventana, cuando el escudo automático contra el clima, situado detrás del cristal, los bloqueó.

Regresó hasta donde estaba Ian, que no se había movido ni cambiado la expresión de su rostro durante todo ese tiempo. Lentamente, Kenebuck se hundió de nuevo en el sillón, dándole la espalda a la noche, al frío y al aguanieve bloqueados fuera.

—¿Qué ocurre? —inquirió despacio, con voz ácida—. ¿No va a hacer nada? ¿Es que, tal vez, *usted* no tiene valor, Graeme?

—Estábamos hablando de Brian —dijo Ian.

—Sí, Brian... —repitió Kenebuck lentamente—. Tenía mucha ambición. Quería ser como yo; pero no importaba lo que intentase, o que yo le ayudase, no lo

consiguió. —Miró a Ian—. Eso es lo que pasó, jamás lo logró... como demostró al aventurarse en las líneas enemigas, cuando no tenía ninguna oportunidad en el mundo de regresar con vida. Así era él... un perdedor.

—Porque le ayudaron a serlo —comentó Ian.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo? —Kenebuck se irguió en el sillón.

—Usted le ayudó a perder —la voz de Ian no tenía ningún matiz especial, sólo exponía los hechos—. Desde que era un niño, le modeló para que fuera como usted... para que aceptara grandes riesgos y ganara. Sin embargo, las suyas siempre eran apuestas seguras, y las de él eran tan inciertas como usted lograba hacerlas.

Kenebuck inhaló una bocanada de aire siseante y audible.

—¡Tiene usted la lengua muy larga, Graeme! —exclamó despacio, en voz baja.

—Usted quería —continuó Ian, casi con familiaridad— que él mismo se matara. No obstante, nunca acababa de conseguirlo. Y cada vez regresaba en busca de más, porque llevaba en su mente, grabada muy profundamente, la idea de impresionarle a usted... a pesar de que, cuando creció, descubrió lo que usted era. Lo sabía; no obstante anhelaba que usted reconociera que él no era un perdedor. De esa forma, usted arruinó su infancia, y así se convirtió en un adulto.

—Prosiga —jadeó Kenebuck—. Adelante, bocazas.

—De ese modo, se marchó de la Tierra y se convirtió en un soldado profesional —continuó Ian, tranquila e implacablemente—. No porque fuera llamado a filas como alguien de Newton o porque fuera un soldado nato Dorsai, o tuviera hambre como algún exminero de Coby. Sino para demostrarle a usted que estaba equivocado con él. Encontró un lugar en el que usted no podría competir con él, y, seguramente, debió escribirle para contárselo... a medias restregándose por la cara, a in medias rogándole esa palmada en la espalda que usted nunca le había dado.

Kenebuck permaneció sentado, respirando pesadamente. Sus ojos emitían destellos.

—Sin embargo, usted no respondió a sus cartas —prosiguió Ian—. Supongo que pensó que eso provocaría en él tal desesperación que acabaría dando un paso fatal. Pero no lo hizo. Por el contrario, tuvo éxito. Ascendió de rango. Finalmente, le encomendaron una misión y le hicieron Jefe de Grupo, momento en el que usted empezó a preocuparse. No faltaba mucho, si continuaba ascendiendo, para que se situara por encima de los grados de los oficiales de campo y se librara de la mayor parte de la lucha efectiva.

Kenebuck permanecía completamente inmóvil, un poco inclinado hacia adelante. Parecía como si estuviera rezando, o concentrando toda la fuerza de su mente para que Ian terminara con lo que había empezado.

—Y, así —dijo Ian—, en su vigésimo tercer cumpleaños —que fue el día anterior a la noche en que condujo a sus hombres, en contra de las órdenes, hasta la zona enemiga—, usted se encargó de que recibiera esta tarjeta de felicitación...

Metió la mano en un bolsillo lateral de su chaqueta de civil y sacó una tarjeta

blanca, doblada, que mostraba síntomas de haber sido arrugada de forma feroz y que, ahora, había sido alisada de nuevo. Ian la abrió y la apoyó contra la frasca, en la mesa que separaba sus sillas, de forma que Kenebuck pudiera ver el dibujo y las palabras contenidas en ella. Los ojos de éste bajaron para observarla.

El dibujo representaba la tosca silueta de un conejo, con un rifle de combate y un casco tirados a sus pies, ocupado en pintar una ancha franja amarilla sobre su propia espalda. Debajo del dibujo, estaba escrita con letras de imprenta la siguiente pregunta: ¿POR QUÉ LUCHAR CONTRA ELLO?

El rostro de Kenebuck se alzó despacio desde la tarjeta para mirar la cara de Ian, y la boca del millonario se estiró en ambas comisuras, hasta mostrar la horrible versión de una sonrisa.

—¿Eso era todo...? —susurró Kenebuck.

—No todo —contestó Ian—. En la tarjeta, pegado al conejo, había esto...

Llevó casi de forma indiferente la mano al bolsillo.

—¡No lo hará! —gritó Kenebuck con voz triunfal.

De repente, se puso en pie y saltó detrás del sillón, retrocediendo hacia la oscuridad de la ventana que había a su espalda. Metió la mano en su chaqueta y la sacó sosteniendo el lanzador de postas, que restalló sonoramente en la habitación. Ian no se había movido, y su cuerpo sufrió una sacudida al recibir el pesado impacto del proyectil.

Súbitamente, Ian cobró vida. Increíblemente, después de haber sido martillado por la posta, cuyo golpe habría inmovilizado a un hombre normal, Ian se había puesto de pie y avanzaba. Kenebuck volvió a gritar —esta vez con verdadero terror— y comenzó a ir hacia atrás, disparando a medida que retrocedía.

—¡Muere, maldito...! ¡Muere! —aulló.

Sin embargo, la figura del Dorsai enorme prosiguió su avance. En dos ocasiones fue golpeado y zarandeado por las postas; pero, al igual que un zaguero defendiéndose de los ataques de los contrincantes, siguió su marcha, con largas zancadas que reducían la distancia entre él y Kenebuck.

Con un último grito, Kenebuck dio con la parte de atrás de sus rodillas contra el marco bajo del ventanal abierto. Durante un segundo, su rostro se retorció más allá de toda forma humana, en una mueca de terror. Miró a derecha e izquierda; sin embargo, no había ningún para escapar. Durante todo ese tiempo, no cesó de apretar el gatillo de su lanzador de postas; no obstante, el percutor golpeaba contra una cámara vacía. Gimoteando, le lanzó el arma a Ian, pero ésta voló muy lejos de la silueta del Dorsai, que ya casi se hallaba sobre él, con las manos extendidas.

Kenebuck apartó la cabeza para no ver lo que se le avecinaba. Entonces, lanzando un aullido similar al de un perro apaleado, dio media vuelta y se arrojó por la ventana, antes de que aquellas manos pudieran tocarle, hacia las más de noventa plantas de espacio vacío. Y su aullido se prolongó hasta que reinó el silencio.

Ian se detuvo. Durante un instante, permaneció delante de la ventana, con la mano

derecha aún cerrada sobre lo que fuera que había sacado del bolsillo. Luego, como un árbol que se derrumba, cayó... Al tiempo que Tyburn y el técnico que le acompañaba terminaban de hacer un agujero en el techo y descendían a través de la chamuscada abertura. Casi aterrizaron sobre el pequeño objeto que había rodado fuera de la mano ahora inerte de Ian. Un objeto que, en realidad, eran dos objetos pegados. Un pincel pequeño y un tubo transparente de pintura de color amarillo chillón.

—Sin embargo, espero que se dé cuenta —explicó Tyburn, dos semanas más tarde, en un frío y helado día de diciembre, mientras él y el recuperado Ian permanecían de pie en el interior de la terminal, esperando la señal de embarque para el crucero espacial que iba a partir con rumbo a los mundos de Sirio— del riesgo que corrió con Kenebuck. Fue pura suerte que todo funcionara a su favor de esa manera.

—No —repuso Ian. En apariencia, estaba tan inexpresivo como siempre; un poco más delgado a causa de su estancia en el hospital de Manhattan; sin embargo, se había recuperado con la velocidad propia de su constitución Dorsai—. No hubo suerte. Todo sucedió de la forma en que yo lo había planeado.

Tyburn le miró con perplejidad.

—Vaya... —dijo—, si Kenebuck no hubiera enviado fuera a sus matones y hubiera creído necesario dispararle él mismo cuando usted introdujo la mano en el bolsillo aquella segunda vez... o si, en primer lugar, usted no hubiera estado en posesión de la tarjeta... —Se interrumpió, repentinamente pensativo—. ¿Quiere decir...? —Observó a Ian—. ¿Al tener la tarjeta, planeó que Kenebuck intentara matarle cuando estuvieron solos?

—Consistió en una forma de combate personal —respondió Ian—. Y el combate personal es mi especialidad. Usted supuso que Kenebuck se encontraba bien pertrechado al enfrentarse a mi ataque. Sin embargo, era todo lo contrario.

—Pero, usted tenía que ir hacia él...

—Tenía que dar la impresión de que lo hacía —explicó Ian casi con frialdad—. De lo contrario, no habría creído que debía matarme... antes de que yo le matara a él. Al tomar la decisión de matarme, se situó en la posición de atacante.

—¡Pero él disponía de todas las ventajas! —exclamó Tyburn, con la cabeza dándole vueltas—. Usted tenía que luchar en su terreno, aquí, donde era fuerte...

—No —cortó Ian—. Usted confunde la posición de ataque con la defensiva. Al venir aquí, coloqué a Kenebuck en una situación en la que debía averiguar si obraba en mi poder la tarjeta de cumpleaños y si conocía las causas por las que Brian, en contra de las órdenes, se había adentrado en territorio enemigo aquella noche. Kenebuck planeó que sus hombres me cachearan en el recibidor en busca de la tarjeta... sin embargo, ellos perdieron los nervios.

—Lo recuerdo —murmuró Tyburn.

—Entonces, cuando le di el paquete, tuvo la seguridad de que la tarjeta se hallaba en su interior. Sin embargo, no era así —prosiguió Ian—. Se dio cuenta de que la única alternativa era brindarme la oportunidad de poder sentirme a salvo, para

reconocer que yo tenía la tarjeta y conocía su contenido. Debía averiguarlo, ya que Brian descubrió su engaño al arriesgar su cuello, una vez que recibió la postal. El hecho de que, más tarde, Brian fuera juzgado y ejecutado, no cambiaba las cosas para Kenebuck. Era una cuestión legal... algo que nada tiene que ver con las agallas, o falta de ellas, de los matones. Si nadie sabía que Brian era más valiente que su hermano mayor, todo iría bien; pero, si yo lo sabía, según sus cánones, sólo podría quedar bien matándome.

—Casi lo conseguí —comentó Tyburn—. Cualquiera de esas postas...

—Estaba el sistema médico mecánico —dijo Ian con voz pausada—. Estaba claro que un hombre como Kenebuck, tendría algo así cerca de él para jugar con ventaja... del mismo modo que trataría de tenderme una trampa de aficionado. —Sonó el indicador de embarque del crucero espacial. Ian recogió su maleta—. Adiós —dijo, ofreciéndole la mano a Tyburn.

—Adiós —musitó éste—. Así que usted, durante todo el tiempo, fingió caer en la trampa de Kenebuck. No puedo creerlo... —Soltó la mano de Ian y observó cómo el hombre grande daba media vuelta y marchaba dos pasos hacia la nave que brillaba bajo la luz del sol. De repente, en ese momento, la niebla se aclaró en la mente de Tyburn. Corrió detrás de Ian y le cogió el brazo. Ian se detuvo y se volvió a medias, frunciendo el ceño—. ¡No puedo creerlo! —gritó Tyburn—. ¿Quiere decir que usted subió a su piso, *sabiendo* que Kenebuck iba a llenarle de proyectiles y, tal vez, matarlo... todo por arreglar las cosas en nombre de treinta y dos hombres alistados, que se encontraban bajo el mando de un hombre al que usted ni siquiera le caía bien? No lo creo... ¡Usted no puede tener tanta sangre fría! ¡Y no me importan las responsabilidades militares que sienta!

Ian bajó la vista para mirarle. A Tyburn le pareció que el rostro Dorsai se había desvanecido y, de alguna forma, se había vuelto remoto y pétreo, como una cara tallada en la cima de alguna montaña helada.

—Pero, yo no soy sólo un militar —dijo Ian—. También fue ése el error que cometió Kenebuck. Fue el motivo por el que creyó que, sin el apoyo de los elementos militares, yo resultaría fácil de matar.

Tyburn, que le observaba, sintió que un escalofrío le recorría la espalda, como una ráfaga de aire venida de un glaciar.

—Entonces, por el amor del cielo —gritó Tyburn—, ¿qué es usted?

Ian, desde su remota distancia, contempló los ojos de Tyburn y, cuando habló, la tristeza resonó en su voz como unas botas con espuelas metálicas al golpear contra la roca desnuda.

—Soy un hombre de guerra —repuso Ian con voz suave.

Con esas últimas palabras, dio media vuelta y se alejó; y Tyburn le vio perfilado en negro contra el resplandeciente cielo invernal, sobresaliendo por encima de los demás pasajeros en su camino para embarcar en el crucero espacial.



## Hermano de acero

Los guardias que vivían en los puestos fronterizos llevaban la vida de los centinelas de primera línea: solos, desesperados, los primeros blancos para el enemigo procedente del espacio. Sin embargo, había una forma de mantenerse cuerdo...

«Estamos de guardia»... Lema de la Fuerza de Fronteras.

—... *El hombre que nace de mujer dispone de una vida breve y llena de miseria. Crece y es cortado como una flor; pasa como una sombra y jamás permanece inmutable...*

La voz del capellán sonaba baja y aguda en la atmósfera ligera, entonando las palabras del servicio fúnebre sobre el púlpito provisional, levantado tras la pared transparente de la cúpula del campo de aterrizaje. A través de las transparencias dobles de la cúpula y de la tapa de plástico del cohete fúnebre, los soldados vestidos de negro podían ver el cuerpo del hombre del puesto de guardia, Ted Waskewicz, que yacía cómodamente en un ángulo de cuarenta y cinco grados, relajado en la muerte, con una apariencia cerúlea perfecta gracias a las manos de los embalsamadores, inmóvil. Los ojos permanecían cerrados, las facciones duras y alegres todavía mostraban su expresión de dominio inconsciente, como si la muerte hubiera sido un incidente menor, fácilmente descartable; y la estrella de batalla mostraba un único destello de color sobre la túnica del uniforme negro.

—*Amén.*

La respuesta surgió como un murmullo profundo de los hombres allí reunidos, como si se tratara de una simple nota de órgano. En la fila delantera de los Cadetes, los labios de Thomas Jordán se movieron rápidamente, siguiendo el movimiento de los otros, la voz uniéndose de forma mecánica al coro. Éste era el momento de su triunfo; pero, a pesar de él, el miedo antiguo, antiguo, había regresado: aquella vieja sensación de soledad, pérdida y terror, debida a su propia insuficiencia.

Permanecía en posición de firmes, con los ojos mirando al frente, tratando de perderse en la unanimidad de sus compañeros de clase, de acallar la voz del capellán y el recuerdo que evocaba en él de un ataque alienígena sobre una ciudad indefensa, y del hogar y de sus padres, apartados de él en un instante. Recordó el servicio fúnebre colectivo sobre las ruinas de la ciudad; y la institución del estado que se había hecho cargo de él... que le había cuidado y entrenado hasta hoy en día; pero, que no había podido darle lo que sus compañeros tenían por derecho propio... el valor de aquellos que habían crecido en la seguridad.

Desde aquel momento, había sentido miedo y soledad. Sin ser tocado por bomba o metralla, aun así, le mutilaron en lo más profundo de su interior. Había visto al enemigo en todo su poderío y había corrido, huyendo a gritos de sus hordas. Y, después de eso, ¿qué hubiera podido devolverle a Thomas Jordán su alma?

No obstante, permanecía rígidamente atento, tal como lo haría un Guardia; porque ya era un soldado, y eso formaba parte de su deber.

La voz del capellán se detuvo. Cerró el libro de oraciones y bajó del púlpito. El capitán de la nave de entrenamiento ocupó su lugar.

—De acuerdo con las costumbres de la Fuerza de Fronteras —empezó con tono enérgico—, ahora hago entrega de las cenizas del Comandante de Puesto de Primera Clase, Theodore Waskewicz, al cuidado del tiempo y del espacio.

Apretó un botón en el púlpito. Más allá de la cúpula, un fuego blanco surgió de la cola del cohete fúnebre, calentando la roca del asteroide con una incandescencia temporal. Durante un momento, quedó suspendido allí, escupiendo llamas. Luego, se elevó, al principio despacio; después, rápidamente, hasta desaparecer, dejando un sendero ígneo que, casi en los límites de la visión humana, se desvaneció en una súbita y resplandeciente explosión silenciosa de refulgente luz.

Alrededor de Jordán, los soldados vestidos de negro se relajaron. No por medio de movimientos físicos, sino con una ruptura indefinible de tensión nerviosa, y se prepararon para la conclusión más prosaica de la ceremonia. La relajación le llegó incluso al capitán, porque se dio la vuelta con un movimiento de alivio y le habló a los soldados:

—Cadete Thomas Jordán. Al frente y al centro.

Las palabras del comandante golpearon a Jordán con un impacto helado. Mientras se desarrollaba el servicio fúnebre, había tenido la protección del anonimato, al estar rodeado por sus compañeros. En ese momento, la voz del capitán era como un cuchillo que le cortaba, apartándole definitiva e irrevocablemente de la única seguridad que había conocido en su vida, dejándole desnudo y desprotegido. Un entumecimiento desesperado se apoderó de él. Sus reflejos entraron en acción, moviendo su cuerpo como si fuera un robot. Un paso adelante, girar la cara a la derecha, avanzar hasta el final de la fila que formaban los hombres silenciosos, girar la cara a la izquierda, tres pasos al frente. Alto. Saludo.

—Se presenta el cadete Thomas Jordán, señor.

—Cadete Thomas Jordán, en este momento le confiero el mando de este Puesto de Frontera. Lo ocupará hasta ser relevado. Bajo ninguna condición mantendrá comunicación con el enemigo ni permitirá que alguna criatura o nave atraviesen el sector de su espacio desde el Exterior.

—Sí, señor.

—En concordancia con los deberes y responsabilidades que le imponen la toma de mando de este Puesto, es ascendido al rango y título de Comandante de Puesto de Tercera Clase.

—Gracias, señor.

Desde el púlpito, el capitán alzó una gorra con una malla de cables plateados y la colocó sobre la cabeza de Jordán. Los cables se unieron a los electrodos ya implantados en su cráneo. Durante un segundo, una lámina luminosa relampagueó delante de sus ojos y le pareció sentir el peso del banco de recuerdos presionándole la mente. Entonces, los relámpagos y la presión se desvanecieron al instante,

permitiéndole ver al capitán, que le ofrecía la mano.

—Mis saludos, comandante.

—Gracias, señor.

Se estrecharon las manos; el apretón del capitán fue rápido, nervioso y mecánico. Dio un brusco paso hacia atrás y centró su atención en su segundo al mando.

—¡Teniente! ¡Retire la formación!

—Ajustada —repuso.

El oficial de Inteligencia salió a rastras, con la grabadora en una mano y rollos gruesos de cinta en la otra.

—Al principio, siempre es así —explicó, acuclillándose y pasando un extremo de la cinta alrededor del mecanismo de rebobinado—. Dentro de un par de días, ni siquiera la notará.

—Supongo.

El oficial de Inteligencia alzó los ojos y le miró con expresión de curiosidad.

—¿Hay algo que le moleste? —preguntó—. Parece un poco tenso.

—¿No le ocurre a todo el mundo la primera vez?

—A veces —repuso el otro evasivamente—. A veces no. ¿Escucha una especie de vibración?

—No.

—¿Siente alguna clase de presión en el interior de la cabeza?

—No.

—¿Y los ojos? ¿Ha visto algunos puntos o destellos?

—¡No! —exclamó Jordán.

—Tómese lo con calma —dijo el oficial de Inteligencia—. Éste es mi trabajo.

—Lo siento.

—Está bien. Lo que sucede es que si algo no va bien con usted o con el banco, quisiera saberlo. —Se levantó del rebobinador, que, laboriosamente, iba reuniendo toda la cinta suelta y, sacando un soplete de presión del cinturón, comenzó a sellar la abertura que había hecho—. Lo que ocurre es que, algunas veces, los oficiales nuevos han escuchado demasiadas historias en la Escuela de Entrenamiento acerca de los bancos, y tienden a ser aprensivos.

—¿Historias? —inquirió Jordán.

—¿Usted no las ha oído? —replicó el oficial de Inteligencia—. Historias de dominio por parte de los recuerdos... oficiales llevados a la locura por los recuerdos de los hombres que han ocupado el Puesto antes que ellos. Catatónicos cuyas mentes se han perdido en la historia pasada del banco, o casos de suplantación de memorias, en los que el oficial se identificaba a sí mismo con los recuerdos y la personalidad del hombre que le había precedido.

—Oh, ésas —comentó Jordán—. Las he oído. —Se detuvo y, al ver que el otro no continuaba, añadió—: ¿Son ciertas?

El oficial de Inteligencia se volvió desde la abertura sellada a medias y le miró

directamente a la cara, con el soplete en la mano.

—Algunas —comentó sin rodeos—. Ha habido unos pocos casos de éstos; aunque no tenían por qué haber ocurrido. Nadie intenta ocultar los hechos. El banco de memoria no es más que un almacén conectado a usted a través de la gorra plateada... un aparato que le permite no sólo recordar todo lo que tiene que hacer en el Puesto, sino también todo aquello que alguna vez han llevado a cabellos que lo han dirigido antes. Sin embargo, en unos pocos casos, algunos oficiales impresionables se han dejado dominar por la idea de que el banco de memoria es una especie de ataúd con muertos vivientes que pululan a su alrededor. Cuando eso ocurre, surgen los problemas.

Dio media vuelta y se concentró de nuevo en su trabajo.

—Y usted creyó que a mí me ocurría eso —le comentó Jordán a su espalda.

El oficial de Inteligencia se rió entre dientes... resultó un sonido sorprendentemente humano.

—En mi trabajo, amigo —dijo— tenemos en cuenta todas las posibilidades. — Terminó de sellar el acero y giró en redondo.

—¿Sin rencor? —preguntó.

Jordán sacudió la cabeza.

—Claro que no.

—Entonces, empezaré a prepararme para salir.

Se agachó y recogió el carrete, que, por entonces, se encontraba perfectamente rebobinado; luego, se irguió y se encaminó a la rampa que conducía desde el sótano al campo de aterrizaje. Jordán caminó a su lado.

—Entonces, ¿ya no le queda nada más por hacer? —preguntó.

—Sólo mis informes. Pero los puedo escribir en el viaje de regreso. —Subieron por la rampa y salieron por la puerta, dirigiéndose hacia el campo—. Realizaron un buen trabajo de reparación después de la batalla —continuó, mirando alrededor del Puesto.

—Supongo que sí —dijo Jordán. Los dos hombres prosiguieron en silencio hasta la escotilla de la nave de Inteligencia—. Bueno, adiós.

—Adiós —repuso el oficial de Inteligencia, activando la portezuela. El cerrojo exterior se abrió y, de un salto, el oficial cubrió el medio metro que le separaba de la abertura, sin aguardar a que la escalerilla se desplegara—. Le veré en seis meses.

Se volvió hacia Jordán y le hizo un saludo informal con la mano, que sostenía la cinta rebobinada. Jordán se lo devolvió con una precisión de escuela de entrenamiento. La portezuela se cerró.

Regresó a la sala maestra de control y se encargó del ritual de despegue. Cuando la nave hubo desaparecido, permaneció durante largo tiempo contemplándola; luego, abandonó el panel con un suspiro, encontrándose, finalmente, completamente solo.

Le echó una ojeada al Puesto. Durante los siguientes seis meses, éste sería su hogar. Después, durante otros seis meses, dispondría de un permiso, mientras el

Puesto rotaba fuera de la línea de combate, siguiendo la secuencia normal, que le sometería a reparación, reacondicionamiento y mejoras.

Si es que vivía tanto.

El miedo, que se había mantenido a cierta distancia mientras conversaba con el hombre de Inteligencia, volvió a apoderarse de él.

Si es que vivía tanto. Permaneció allí de pie, pensativo.

Hasta su mente, junto al recuerdo intacto del banco de memoria, llegaron las palabras del otro hombre. Catatónicos... casos de suplantación de memoria. Dominación de memoria. ¿También aquéllos habían experimentado una dosis de miedo y ansiedad superior a la que podían tolerar?

Y, con ese pensamiento, apareció una idea que se enroscó como una serpiente en su mente. Ésa sería una manera de escapar. ¿Qué ocurriría si venían los invasores alienígenas y Thomas Jordán ya no se encontraba aquí para hacerles frente? ¿Qué pasaría si únicamente quedaba el bulto catatónico de un hombre? ¿Qué, si aparecían y había un hombre en su puesto; pero, ese hombre se llamaba a sí mismo y se reconocía sólo como...?

*¡Waskewicz!*

—¡No! —el grito surgió de forma involuntaria de sus labios; se recuperó a tiempo para darse cuenta de que tenía el rostro contraído y las manos medio extendidas delante de él, en la actitud de alguien que desea apartar a un fantasma.

Sacudió la cabeza para desterrar esa idea vil de su cerebro; entonces, se inclinó hacia atrás, jadeante, contra el panel de control.

Eso nunca. Eso nunca jamás. Había sorprendido en sí mismo una debilidad que le llenaba de horror. Ganara o perdiera; viviera o muriera. Pero lo haría como Jordán... no como otra persona.

Encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. Bien... ya había acabado y estaba a salvo. Había logrado contenerlo a tiempo. Era una señal de advertencia. Sin saberlo durante todo ese tiempo, las semillas de la dominación de memoria debían haber estado dormidas en su interior, aguardando ese momento. Sin embargo, él ya sabía que se encontraban allí, sabía qué medidas adoptar. El peligro radicaba en los recuerdos de Waskewicz. Mantendría su mente alejada de ellos... defendería el Puesto sin la ayuda de la experiencia proporcionada por los mismos. El primer oficial que había ocupado un Puesto hubo de arreglarse sin el apoyo de un banco de memoria, y él también podría hacerlo.

Bien.

Lo había decidido. Activó las pantallas de vigilancia y permaneció delante de ellas, muy erguido y formal en el centro de su Puesto, observando los puntos que conformaban sus cuarenta y cinco perros guardianes mecánicos, extendidos en un frente de más de un millón de kilómetros de espacio, observando los controles que le permitirían lanzar sus terribles cuerpos mecánicos hacia la batalla con el enemigo, observando y aguardando, aguardando a que el valor existente después de haberse

enfrentado con una situación, surgiera en su interior y se apoderase de él, poniendo fin a todos sus miedos y vacilaciones.

Y él aguardó durante mucho tiempo; pero el valor no apareció.

Las semanas pasaron rápidamente; y todo aconteció debidamente. Durante el entrenamiento, le habían dicho lo que cabía esperar; y era normal que esos primeros meses fueran tensos, con una parte de su ser siempre rígida y a la espera de que sonara la alarma, lo que indicaría que uno de los perros había divisado al enemigo. Y era normal que él se inmovilizara, de repente, en medio de una comida, con el tenedor camino de su boca, aguardando y esperando ser llamado en ese momento; que se despertara de forma inesperada durante la noche y se encontrara rígido y tenso, con los ojos fijos en el techo oscuro, pensativo. Después —eso le habían comunicado en el entrenamiento—, una vez que te acostumbrabas al Puesto, esa tensión constante se relajaría y te sentirías cómodo, y sólo una pequeña porción de tu cerebro estaría siempre en alerta. Eso llegaba con el tiempo, habían dicho.

De modo que esperó a que llegara, esperó la liberación de los resortes de su interior y el momento en que la percepción del Puesto fuera cómoda y agradable. Cuando le habían dejado solo por primera vez, había pensado que, seguramente, en su caso, la espera no sería más que una cuestión de días; luego, a medida que iban transcurriendo los días y él seguía en un estado de permanente sensibilidad a flor de piel, se había dado a sí mismo un par de semanas... luego, un mes.

Pero, ya había transcurrido más de un mes sin que consiguiera relajarse; y la tensión comenzaba a reflejarse en el nerviosismo de sus manos y en las ojeras que rodeaban sus ojos. Le resultaba imposible sentarse tranquilamente a leer o a escuchar la música disponible en la biblioteca del Puesto. Recorría incansable el lugar, siempre chequeando y volviendo a chequear el espacio vacío que los visores de sus perros mostraban.

Porque el recuerdo de Waskewicz, tendido en el cohete fúnebre, no se apartaba de él. Y eso no era normal.

Podía, y lo hacía, negarse a invocar los recuerdos de Waskewicz que no había experimentado él mismo; sin embargo, sus propios recuerdos no resultaban tan fáciles de controlar, y se deslizaban en su mente en cuanto se descuidaba. Había recorrido todo el Puesto con cuidado, buscando esos pequeños cambios que un hombre sólo realiza en su hogar y eliminándolos, incluso cuando ese acto significaba una pérdida de comodidad personal. Había mantenido su mente alejada del almacén del banco de memoria, esforzándose por permanecer aislado de los recuerdos de los otros hasta que la familiaridad y la asociación le hicieran sentir de forma instintiva que el Puesto era de él y no del otro. Y, siempre que los pensamientos de Waskewicz, a pesar de todas esas precauciones, lograban filtrarse, los apartaba con vigor, diciéndose que su predecesor no merecía semejante consideración.

No obstante, el fantasma del otro permanecía, intangible e invulnerable, como si estuviera encerrado en el mismo metal de las paredes, del suelo y del techo del

Puesto; y surgía para acosarle con los recuerdos de las historias de la escuela de entrenamiento y las palabras ominosas del oficial de Inteligencia. En momentos semejantes, cuando el fantasma se había apoderado de él, quedaba paralizado, mirando con fascinación hipnotizada las pantallas con sus silenciosos centinelas mecánicos, o el frío acero del banco de memoria, al acecho, como un monstruo pensativo, mientras el miedo penetraba en sus pensamientos... hasta que, con un esfuerzo de voluntad súbito y desgarrador, conseguía librarse del encantamiento, lanzándose frenéticamente a cumplir con los deberes del Puesto, comprobando una y otra vez los instrumentos y el espacio que vigilaban, haciendo todo lo necesario para ahogar sus desbocadas emociones en la necesidad de atención que le exigía su deber.

Y, pasado el tiempo, descubrió que anhelaba que se produjera un ataque, el test que le pondría a prueba y que, de una u otra forma, acabaría para siempre con el fantasma.

Finalmente, se produjo, tal como él sabía que sucedería, durante uno de los raros momentos en los que había olvidado la inminencia del peligro. Se despertó en su camastro, al comienzo del día arbitrario de diez horas; permaneció tumbado medio dormido, a gusto, los pensamientos indefinidos, como las sombras en el fondo de un remolino que girara muy despacio, sin destino fijo.

*¡Entonces... la alarma!*

En el techo, la aullante campana explotó a la vida, sacándole de la cama. Su sonido metálico inundó la atmósfera, saliendo de los altavoces de todas las estancias del Puesto, estridentes por la urgencia, presagiando el desastre. Rugió, vibró, atronó, hasta que las mismas paredes devolvieron su eco casi por simpatía, adquiriendo una voz propia hasta que la sala toda retumbó... hasta que el mismo Puesto repicó como una campana monstruosa, llamándole a la batalla.

Se puso en pie de un salto y corrió a la sala de control. En el indicador que había en la pared, encima de las pantallas de observación, la luz roja del perro treinta y ocho parpadeaba ominosamente. Se lanzó al sillón del operador situado delante de la misma, al tiempo que de un manotazo desconectaba el interruptor de la alarma.

*El Puesto está en contacto con el enemigo.*

El silencio súbito le abofeteó, quitándole el aliento. Jadeó y sacudió la cabeza como si le hubieran arrojado a la cara inesperadamente un vaso de agua fría; luego, llevó los dedos a las teclas del panel de control maestro que tenía ante sí... Activar haces. Activar pantalla detectora, establecida ahora a cuarenta mil kilómetros de distancia. Conectar las comunicaciones con el cuartel general del sector.

El transmisor zumbó. Arriba, la luz blanca destelló a medida que empezaba a enviar su mensaje automático. «¡Alerta! ¡Alerta! Se transmiten datos. Informaré más adelante».

*El cuartel general ha sido notificado por el Puesto.*

Activar pantalla de observación del perro treinta y ocho.

Miró en la pantalla activada el vasto campo de espacio que la visión mecánica de

aquel perro abarcaba. Muy, muy lejos, y en amplificación máxima, se veían cinco puntos pequeños, que se acercaban rápidamente en una trayectoria que los llevaba diez puntos más abajo y en un ángulo de treinta y dos grados, hacia el Puesto.

Giró una llave y liberó al treinta y ocho en control de fusión de proximidad, lanzándolo en dirección a los puntos. Exploró el mapa de zona del Puesto para averiguar las posiciones de los otros robots. El treinta y nueve no estaba... se hallaba en el Puesto para ser reparado. Los demás se encontraban disponibles. Les ordenó, desde el número cuarenta al cuarenta y cinco y del treinta y siete al treinta, que establecieran trayectoria de encuentro con el enemigo, situado a setenta y cinco mil kilómetros. A los números veinte al treinta, que lo hicieran a cincuenta mil kilómetros.

*Se ha iniciado la defensa primaria.*

De nuevo se volvió hacia la pantalla. El número treinta y ocho, prescindible ante el interés de obtener información, se lanzaba hacia las naves a máxima aceleración, bajo una tensión que ninguna carne viviente hubiera sido capaz de resistir. No obstante, tanto el tamaño como el tipo de los invasores aún permanecía oculto, debido a la distancia. Bruscamente, una luz blanca parpadeó desde el panel de comunicaciones, anunciándole que el cuartel general del sector había sido alertado y estaba preparado para hablarle. Activó el audio.

—Contacto. Adelante, Puesto J-49C3.

—Cinco naves —dijo—. Más allá del campo de identificación. Penetran por el treinta y ocho a diez punto treinta y dos.

—Recibido —la voz sonaba impasible, precisa, carente de emoción—. Cinco naves... treinta y ocho... diez... treinta y dos. La Patrulla Veinte, que se encuentra a cuatro horas de distancia de su sector, ha sido notificada y acudirá hacia su puesto de inmediato, llegará en cuatro horas, con veinte minutos de adelanto o retraso. Le sigue más ayuda. Permaneceremos a la espera de sus mensajes futuros.

La luz blanca se apagó y él se apartó del panel de comunicaciones. En la pantalla, las cinco naves todavía no habían crecido hasta proporciones identificables; pero, a todos los efectos prácticos, los movimientos preliminares ya habían terminado. Disponía de quince minutos durante los cuales había sido hecho todo lo que se podía hacer.

*La defensa primaria se ha llevado a cabo.*

Dio media vuelta y regresó al dormitorio, donde, lenta y meticulosamente, se puso el uniforme negro sin omitir ningún detalle. Estiró la chaqueta y observó el espejo, ante el que permaneció contemplándose durante un largo rato. Luego, titubeante, casi en contra de su voluntad, alargó una mano hacia una caja pequeña de color gris que había en un anaquel situado al lado del espejo, la abrió y sacó la estrella plateada de batalla, que tenía derecho a llevar durante las próximas horas.

La sostuvo en la palma de la mano, y el brillante metal emitió unos suaves destellos, debido a los reflejos de las luces de la habitación y a los movimientos

imperceptibles de su mano. El pequeño grupo de diamantes que tenía en el centro refulgió, recorriendo toda la gama de sus colores resplandecientes. Durante varios minutos, se quedó mirándola; luego, despacio, con suavidad, la devolvió a la caja y cerró ésta, regresando a la sala de control.

En la pantalla, las naves eran ya lo suficientemente grandes como para ser identificadas. Jordán vio que se trataba de vehículos de tamaño medio, del tipo usado por la mayoría de las especies hostiles más comunes... aquella misma raza que le había dejado huérfano. No cabía la menor duda sobre sus intenciones, como a veces ocurría cuando algún extraño pasaba por casualidad por la Frontera, para ser lamentablemente destruido por hombres cuyas órdenes eran las de no correr ningún riesgo. No, éstos eran *el enemigo*, la extraña y suicida forma de vida que cada año lanzaba miles de ataques contra el pequeño imperio humano, que se autoeliminaban cada vez que eran capturados y perdían cientos de naves por cada una que lograba atravesar los puestos de guardia, para descender sobre alguna ciudad desprotegida de un planeta interior, saqueando sus equipos y maquinarias, que los alienígenas no deseaban o eran incapaces de construir por sí mismos... una raza contradictoria y salvaje, poco comprendida. Esas cinco naves no intentarían parlamentar.

Sin embargo, en ese momento, el perro treinta y ocho había sido avistado y las blancas estelas de misiles teledirigidos comenzaron a apuntar en dirección de la pantalla de observación. Durante unos segundos, el pequeño robot realizó maniobras de evasión, esquivando, disparando a la defensiva, derribando misiles a medida que se aproximaban. No obstante, se trataba de una lucha inútil, teniendo en cuenta semejante desventaja y, de repente, una de las estelas se expandió hasta llenar la pantalla con una luz cegadora.

La pantalla quedó en blanco. El treinta y ocho había desaparecido.

Súbitamente, al darse cuenta de que debería haber cubierto la escena con algún perro más alejado, Jordán dio un salto para activar otras pantallas. Trasladó la visión del cuarenta al lugar que acababa de dejar vacante el treinta y ocho, y ocupó las dos pantallas de los flancos con la visión del treinta y siete a su izquierda y del veinte a su derecha. Pudo ver que la primera línea defensiva ya estaba preparada en los setenta y cinco mil kilómetros del punto de encuentro, y que el punto de encuentro establecido para los cincuenta mil aún se estaba formando.

Los atacantes empezaban a reducir la velocidad y, en la pared, el indicador, centrado en los detectores del enemigo, cobró una repentina tonalidad púrpura, profunda y colérica, cuando aquéllos activaron sus haces invisibles y fueron rechazados por la pantalla detectora que había sido levantada a una distancia de cuarenta mil kilómetros delante del Puesto. Continuaron reduciendo la velocidad; sin embargo, el bloqueo efectuado a sus haces detectores les había proporcionado la zona aproximada del Puesto: corrigieron su trayectoria, girando hasta que sólo se encontraron en un error de dos puntos y diez grados. Jordán, con los dedos temblando nerviosos sobre el teclado, extendió en profundidad a los perros del treinta y siete al

treinta y envió a los del cuarenta al cuarenta y cinco hacia adelante, en un barrido de cinco grados, para intentar un movimiento circular.

Las cinco naves oscuras de los invasores, percatándose de su intención, dejaron de aproximarse en formación de fila y se extendieron, adoptando una formación escalonada. Ya habían empezado a abrir fuego sobre los perros que se les acercaban, y diminutas estelas de luz tatuaban el espacio negro alrededor de los números cuarenta al cuarenta y cinco.

Jordán aspiró entrecortadamente una bocanada de aire y se recostó contra el respaldo del sillón de control. De momento, sus ocupados dedos no tenían nada que hacer en el teclado de mandos. Los números del treinta deberían aguardar a que el enemigo fuera hacia ellos, ya que, desde que se habían creado las armas automáticas, un cuerpo inmóvil posee ventaja sobre un cuerpo en movimiento. Además, pasarían unos minutos antes de que los números del cuarenta se encontraran en posición de ataque. Con los ojos fijos en la pantalla, buscó un cigarrillo, recordando la advertencia de los manuales de entrenamiento que aconsejaba no relajarse una vez que se hubiera establecido contacto con el enemigo.

Sin embargo, ya empezaba a notar la reacción.

Desde el primer repiqueteo frenético de la alarma hasta el momento presente, había reaccionado de forma automática, con perfección y precisión, tal como los ejercicios le habían enseñado, tal como habían grabado en él los manuales de entrenamiento. El enemigo había aparecido. Y él había tomado medidas defensivas contra ellos. Todo lo que se podía hacer, había sido realizado. Y el enemigo había hecho lo que a él le habían dicho que haría.

De repente, se sintió impresionado, temblando al darse cuenta de la precisión de las predicciones del manual. Era así, entonces. Estos seres hostiles, esos enemigos alienígenas, también estaban sujetos a las leyes físicas. Ellos, al igual que él, sólo podían moverse dentro de las reglas del tiempo y del espacio. Quedaban despojados de su misterio y en el mismo nivel que él. Podían ser distintos y terribles; sin embargo, sus capacidades eran limitadas, como las suyas propias. Y en un combate como el que ahora se estaba preparando, su inhumanidad no contaba, ya que las realidades inflexibles del universo obraban de forma imparcial sobre los dos bandos.

Y, por primera vez, al caer en la cuenta de ese hecho, el viejo miedo siempre presente en él cayó como una prenda de vestir desechada. Un cosquilleo recorrió su cuerpo y sintió que se aprestaba para la pelea, al igual que sus antecesores lo habían hecho en los días en que el hombre era joven y el tigre rugía en el amanecer húmedo y frío de la selva pretérita. El instinto de la sangre corría por él; unido al salvaje y vengativo júbilo con el que una criatura perseguida se vuelve, finalmente, contra su perseguidor. Vencería él. Por supuesto que vencería. Y, al ganar, de una sola vez pagaría la deuda de sangre y miedo que el enemigo le había impuesto durante esos quince años.

Pensando así, se apoyó de nuevo contra el respaldo del sillón y el antiguo

recuerdo de la ciudad destrozada y de si mismo corriendo, corriendo, creció de nuevo a su alrededor. Pero, en esta ocasión, el recuerdo ya no constituía un prelude del terror, sino de un combustible que encendía su furia. *Éstos son mis miedos*, pensó, con los ojos ciegos clavados en las cinco naves de la pantalla, *y los voy a destruir*.

Los fantasmas de su recuerdo se desvanecieron como humo a su alrededor. Tiró el cigarrillo en una ranura de residuos situada en el apoyabrazos de su sillón y se inclinó hacia adelante para inspeccionar las posiciones del enemigo.

Se habían desplegado para obligar a sus números cuarenta a dar un amplio rodeo, y esos perros se hallaban dispersos ahora y a salvo; pero, ineficaces, esperando más órdenes. Lo que había sido una formación de los invasores abierta en abanico, era ahora una línea irregular, separada por largas distancias, con demasiado espacio entre ellas para que cada nave pudiera cubrir a su vecina.

Durante un momento, Jordán quedó desconcertado; y una diminuta onda de miedo por lo inexplicable recorrió la tranquila superficie de su mente. No había ninguna necesidad de asustarse. La maniobra de los alienígenas no resultaba una táctica misteriosa que él casi había esperado, sino que parecía ser un movimiento más bien obvio y estúpido para evitar la aproximación por los flancos que había intentado realizar con los números cuarenta. Estúpida... porque ahora los tontos alienígenas quedaban en una posición vulnerable para un ataque de sus números treinta.

He ahí buenas noticias, y no malas, y su estado de ánimo subió más.

Ignoró a los perplejos cuarenta, que volaban automáticamente en círculos, en control de seguridad, justo más allá del alcance efectivo de las armas del enemigo, y se centró en los treinta, a los que envió a toda velocidad hacia las zonas vacías que había entre las naves, formando la misma trayectoria que uno puede realizar al entrelazar los dedos de ambas manos. Entre cada dos naves habría un punto muerto... una posición en la cual ningún perro mecánico podría recibir el fuego de los enemigos sin que éstos, a su vez, apuntaran a su vecino de la derecha o la izquierda. Si uno o dos perros llegaban a salvo hasta ese punto, podrían girar y lanzarse por las vías abiertas en control de proximidad, sus cohetes encendidos, sus cargamentos de bombas activados, ciegos bulldogs de la destrucción.

En esa acción, un tercio, como mínimo, debería atravesar el escudo defensivo de las naves y rastrear a sus esquivas presas en el resplandor atómico del sombrío encuentro.

Sonriendo confiado, Jordán observó cómo sus robots se aproximaban a las naves. No había nada que el enemigo pudiera hacer. Ya no podían cerrar su formación sin convertirse en un blanco aún más atractivo; y si se dispersaban todavía más, eliminarían cualquier posibilidad futura de recuperar algún parecido con una formación.

Con cautela, recorrió el teclado con los dedos, guiando a sus robots en línea, de modo que se acercaran todo lo posible a los puntos muertos, de forma simultánea. Las naves proseguían con su avance.

Los atacantes se acercaban más y más. Y, entonces... a escasos segundos de establecer contacto con la línea de perros en movimiento, un fuego blanco salió con avidez de los motores de popa, haciendo que cada nave se convirtiera de repente en una pepita negra en el centro de una explosión de llamas. Al unísono, se lanzaron hacia adelante, en un súbito movimiento inesperado, dejando sus puntos muertos atrás, más allá de los perros rastreadores, abandonándolos allí.

Atrapado durante un segundo por una sorpresa atónita, Jordán permaneció sentado, inmóvil y atontado, contemplando las pantallas. Entonces, súbitamente encolerizado sus manos parpadearon sobre el teclado, ordenando a los robots una cruel y estremecedora parada, tensando sus tendones metálicos para que realizaran un viraje rápido y brusco y retornaran. En esta ocasión, los cogería por detrás. Esta vez, yendo en la misma dirección que las naves, los robots no serían esquivados. Porque, ¿qué criatura viviente podía resistir la misma tensión que el frío metal?

Pero no existió ningún segundo intento para los números treinta, ya que en el momento en que todos frenaron bruscamente, las armas traseras de los navíos dispararon al unísono, y todos los relampagueantes robots, que habían avanzado con tanta confianza, explotaron para apagarse como velas pequeñas en la oscuridad.

Atontado por la presión del gélido fracaso, Jordán se quedó sentado, una figura inmóvil y rígida, mirando las dos pantallas que indicaban de forma evidente su desastre... mientras que la pantalla muerta, donde estuviera la visión suministrada por el treinta y siete, permanecía muda. Como un hombre atrapado en un sueño, alargó la mano derecha y desactivó al último centinela, *el perro guardián*, el robot que orbitaba más próximo al Puesto. En una exhalación había desaparecido su primer frente fuerte, mientras el enemigo avanzaba, sus fuerzas intactas, hacia la única línea de sus números veinte, emplazados a cincuenta mil kilómetros, con la pantalla defensiva situada a unos cortos diez mil kilómetros por detrás de ellos.

El entrenamiento era fuerte. Sin vacilación alguna, sus manos recorrieron el teclado y sus veinte se lanzaron hacia adelante, tratando de entrar en contacto con el enemigo en una zona lo más alejada posible de la pantalla. Pero, debido a que avanzaban sobre un oponente relativamente fresco, su trayectoria resultó bastante predecible en los calculadores del enemigo, y la desventaja fue para ellos. Así sucedió que, cuarenta minutos más tarde, tres naves alienígenas se adentraron en una zona desguarnecida, donde dos de sus defensas, los números cuarenta y todos los treinta, ya no estaban.

En ese momento, las naves se encontraban a mil quinientos kilómetros de la pantalla detectora.

Jordán observó lo que había hecho. La situación resultaba clara, y las alternativas innegables. Le quedaban veinte perros; sin embargo, ninguno disponía de tiempo para situarse delante de la pantalla ni tenía espacio para maniobrar delante de ella. La única respuesta era retrasar la pantalla. Pero, debido a la dirección de su retroceso, ello le indicaría al enemigo la posición del Puesto y permitiría que sus misiles

teledirigidos lo encontrarán; y, una vez que el Puesto fuera destruido, los perros quedarían sin guía alguna, impotentes.

No obstante, si no hacía nada, en unos pocos minutos las naves llegarían y penetrarían en la pantalla detectora y en su Puesto. El centro nervioso que buscaban los alienígenas, quedaría desnudo y desprotegido ante sus detectores.

Había perdido. Las alternativas conducían al mismo punto, a la derrota. En el descuido de un momento, en la calada de un cigarrillo, en el primer impulso ciego de confianza y en la insensata detención de sus perros, cuando ya habían quedado atrás, que le había permitido a los calculadores de las naves enemigas detectarlos inmóviles durante un segundo en una zona predecible, había fracasado. Impulsado por el error de su orgullo, había desperdiciado la ventaja inicial. Había perdido. Aunque lo dijera con voz suave y baja, su error era el de una persona joven e inexperta. Estaba derrotado.

Y, en el caso de un fracaso, las acciones prescritas por el manual eran enérgicas y claras. Los recuerdos de las instrucciones resonaron en su mente como las imperturbables notas de una campana funeraria.

*Cuando, en cualquier conflicto, las fuerzas del enemigo hayan obtenido una posición de ventaja, en la que ya no sea posible mantener el anonimato del emplazamiento del Puesto, el comandante está obligado a cumplir un último deber. Con el conocimiento de que el Puesto pronto será destruido y que esto hará que todos los robots supervivientes sean inocuos para las fuerzas enemigas, se le ordena al comandante que libere el control de estos robots con las bombas activadas en control de proximidad, con el fin de que, incluso sin la guía del Puesto, puedan ser capaces de perseguir de forma automática, y destruir a las fuerzas del enemigo que entren en el campo de sus detonadores de proximidad.*

Jordán contempló sus pantallas. Más allá de los cuarenta mil kilómetros, la pantalla detectora comenzaba a parpadear ligeramente, a medida que los detectores de las naves la sondeaban a corto alcance. Para cumplir las órdenes del manual, tendría que hacerla retroceder, por lo menos, la mitad de esa distancia; y, una vez allí, mientras ocultara todavía al Puesto, indicaría al enemigo su emplazamiento aproximado. Entonces, abrirían fuego ciegamente; pero con astucia y con un conocimiento cada vez mayor de su objetivo, y sólo sería una cuestión de minutos antes de que le alcanzaran. Después... únicamente quedarían los perros ciegos, temblorosos e inquietos, buscando en todos los puntos del compás estelar, en su ansia inconsciente por una presa. Uno o dos, quizá consiguieran venganza sobre alguna nave que pasara por su campo de acción y atravesara la Línea; sin embargo, Jordán no estaría allí para verlo.

No obstante, no quedaba otra alternativa... aunque el deber le hubiera dejado alguna. Actuando como extremidades desconocidas, sus dedos se alzaron del panel y se extendieron por las teclas que deberían dejar en libertad a los perros. Sus dedos se posaron en ellas... un roce ligero sobre una frialdad suave y lustrosa.

Pero, no pudo apretarlas.

Permaneció sentado con los brazos extendidos, como si estuviera suplicando, al igual que algún antiguo antepasado suyo ante un altar mortuario. Su voluntad le había fallado, y ya no podía negar la culpa o el fracaso. La batalla había concluido en esos breves momentos en los que él había permanecido distraído, y la subestimación del enemigo le había seducido, llevándole a detener a sus números treinta precipitadamente. Lo sabía; y, a través del banco de memoria —si lograba sobrevivir— la Fuerza también lo sabría. En su negligencia, en la negativa de utilizar la experiencia de sus predecesores, era culpable.

Aún así, era incapaz de apretar las teclas. Era incapaz de morir decorosamente —*en el cumplimiento del deber*—, esa frase fría y correcta de los informes oficiales. Porque una rebeldía frenética recorrió su cuerpo joven, una negación instintiva del final que le miraba directamente a la cara. Le recorrió los nervios, las venas y los tendones, oponiéndose y bloqueando los dictados del entrenamiento, las órdenes lógicas de su mente consciente. Era demasiado pronto, no era justo, no se le había dado la oportunidad de beneficiarse de la experiencia. Lo único que necesitaba era una oportunidad más, una que le permitiera redimirse a sí mismo.

Sin embargo, esa rebeldía pasó y le dejó atontado y débil. Resultaba imposible renegar de la realidad. Y, en ese momento, una vergüenza nueva le inundó, ya que pensó en las tres naves alienígenas que estaban penetrando las defensas, en otra ciudad en ruinas llameantes, y en otro niño que correría, huyendo de sus destructores. El pensamiento creció en él y, desgarrado por sus propias vacilaciones, su interior se retorció. ¿Por qué no podía entrar en acción? Eso no cambiaría las cosas. ¿Qué significarían para él la justificación y la redención de su error cuando estuviera muerto?

Gimió en voz baja, manteniendo las manos alargadas sobre el teclado; pero sin poder oprimir las teclas.

Entonces, llegó la esperanza. Ya que, de repente, alzándose desde el caos de su mente, surgieron de nuevo las palabras del oficial de Inteligencia, y su propia seducción de la locura: él, Jordán, no podía convencerse para exponerse a sí mismo ante el enemigo, ni aunque esa forma de exposición significara la posible protección de los Mundos Interiores. Sin embargo, el hombre que había dirigido ese Puesto antes que él, que había muerto de la misma forma en que él estaba a punto de morir, debió haberse visto enfrentado a la misma necesidad de autosacrificio. Y los recuerdos de ese último minuto en que había tomado su decisión, estaban sin duda en el banco de memoria, esperando la evocación de la mente de Jordán.

Por fin había aparecido la esperanza. Recordaría, abrazaría la locura de la que se había alejado. Recordaría y sería Waskewicz, no Jordán. Sería Waskewicz y no tendría miedo; aunque eso era algo vergonzoso. Si hubiera habido una persona, un recuerdo entre todos los humanos vivos, cuya imagen hubiera podido evocar oponiéndola a las imágenes de las tres naves oscuras, quizá hubiera podido

conseguirlo por sí mismo. Pero, no había tenido a nadie cercano a él desde el día del ataque a la ciudad.

Su mente se adentró en el banco de memoria, buscando el último recuerdo de Waskewicz. Recordó.

De las diez naves atacantes, seis habían sido abatidas. Sus cenizas flotaban en el vacío, y las cuatro naves restantes avanzaban con cautela, bastante alejadas entre sí para una máxima seguridad, convencidas de la victoria; no obstante, vigilaban su avispero, que quizá tuviera aún agujijones con los que no contaban. Sin embargo, la pantalla detectora se encontraba a la distancia mínima de ocultación efectiva, y sólo cinco perros se mantenían al acecho detrás de ella, como cinco flechas romas. Él —Waskewicz— estaba sentado, inclinado sobre el panel de control, sus manos gruesas y peludas apoyadas con suavidad sobre las teclas de proximidad.

—Acercaos —dijo, hablando a las naves, que, con cautela, se aproximaban a la pantalla—. Vamos, acercaos. ¡Acercaos!

Tenía los labios tirantes, mostrando los dientes en una sonrisa... carente de toda alegría. Sólo era una mueca automática, reflejo de la tensión de su espera. Las atraería hasta el último momento, haría que penetraran tan cerca como fuera posible, hacia los mecanismos de persecución automáticos de los perros que le quedaban, antes de quitar la pantalla.

—Acercaos —repitió.

Las naves se acercaron. Detrás de la pantalla, apuntó cuatro de sus perros a una nave, y el quinto en la dirección general de todas ellas. Siguieron acercándose.

Llegaron a la pantalla.

Sus dedos restallaron sobre las teclas. La pantalla retrocedió, hasta que apenas ocultó a los perros que aguardaban. Y éstos se agitaron, sus mecanismos de persecución activados en proximidad, ciegos ahora, total y terriblemente armados, dispuestos a atacar directamente a cualquier cosa que se aproximara lo suficiente a ellos.

Y las primeras bombas de las naves que avanzaban comenzaron a sondear la zona general del asteroide del Puesto.

Waskewicz suspiró, se apartó de los controles y se puso de pie, dando la espalda a las pantallas. Ya estaba. Había terminado. Durante un momento, permaneció indeciso; luego, dirigiéndose al distribuidor automático de la pared, marcó un café y lo sacó, caliente, en un vaso de papel. Encendió un cigarrillo y se mantuvo a la espera, fumando y bebiendo el café.

El Puesto se vio levemente sacudido por el impacto de una bomba que rozó el asteroide. Waskewicz se tambaleó y vertió algo de café sobre sus botas; sin embargo, mantuvo el equilibrio. Tomó otro sorbo del vaso, otra calada del cigarrillo. El Puesto se sacudió de nuevo, y las luces disminuyeron. Estrujó el vaso y lo arrojó por la ranura de residuos. Dejó caer el cigarrillo en el suelo metálico y lo aplastó con el tacón de la bota; regresó a la pantalla y se inclinó para echar un último vistazo.

Las luces murieron. Y el recuerdo terminó.

El presente retornó a Jordán, que miró a su alrededor con cierta brusquedad. Entonces, sintió algo duro debajo de los dedos y se obligó a mirar.

Las teclas estaban oprimidas. La pantalla había retrocedido. Los perros se encontraban activados en proximidad. Contempló sus manos como si fuera la primera vez que las viera, perplejo por su delgadez y su falta de vello en el dorso. Entonces, lentamente, luchando contra los resistentes músculos del cuello, se forzó a alzar la vista y mirar la pantalla de observación.

Y las naves estaban allí; sin embargo, retrocedían.

Se quedó mirando fijamente, incapaz de creer lo que veían sus ojos, y casi dispuesto a creer en cualquier otra cosa. Ya que los invasores habían dado la vuelta y las llamas de sus cohetes indicaban que estaban dirigiéndose al espacio exterior a su máxima aceleración, dejándole solo e indemne. Sacudió la cabeza para aclarar la visión falsa que le daba la pantalla situada ante sí; pero permaneció igual, negando su falsedad. El milagro que había inmovilizado sus instintos, se había presentado... en el momento en que él había pedido fuerza para rechazarlo.

Inspeccionó las pantallas, maravillado. Entonces, en un extremo inferior de la pantalla del perro guardián, tan lejano aún que sólo aparecían en la forma de unos puntitos diminutos en el espacio inmenso, vio la forma de su milagro. Aproximándose por el interior de la Línea a una aceleración máxima, había seis formas de pez resplandecientes que podían dejar a sus perros del tamaño de enanos... las naves de guerra de la Patrulla Veinte. Se dio cuenta de que, al despertar de la postergada sensación de maravilla, el conflicto, que había parecido tan breve mientras había tenido lugar, había durado en realidad las cuatro horas necesarias para que la Patrulla pudiera venir en su ayuda.

La sensación de comprender de que ya se encontraba a salvo le recorrió como una ola, y fue consciente de un profundo agradecimiento que crecía en él. Le abarcó y le desbordó, haciendo a un lado el miedo solitario y la desesperación de los últimos minutos, llenándole con un alivio tan total, que en su interior ya no cabía la cólera y el odio... ni siquiera hacia el enemigo. Era como volver a nacer.

Encima del panel de comunicaciones, parpadeaba la luz blanca de mensajes. Activó el altavoz con mano firme y la imperturbable voz oficial de la Patrulla resonó sobre su cabeza.

—Patrulla Veinte a Puesto. Veinte a Puesto. Responda, Puesto. ¿Se encuentra bien?

Oprimió la tecla de transmisión.

—Puesto a Veinte. Puesto a Veinte. Ningún daño del que informar. El Puesto está intacto.

—Nos alegra oírlo, Puesto. No emprenderemos la persecución. Estamos reduciendo la velocidad y aterrizaremos con todas las naves en su campo dentro de media hora. Eso es todo.

—Gracias, Veinte. El campo estará despejado y dispuesto para ustedes. Aterricen cuando quieran. Eso es todo.

Apartó la mano de la tecla y la luz de mensajes se apagó. En imitación inconsciente del recuerdo de Waskewicz, se apartó de los controles, se puso de pie, dio media vuelta y se acercó al distribuidor automático de la pared, donde marcó y recibió un vaso de café. Encendió un cigarrillo y mantuvo la postura del otro, fumando y bebiendo. Había ganado.

Y, súbitamente, la realidad volvió a él.

Observó su mano y vio el vaso de café. Aspiró el cigarrillo y sintió la caliente suavidad que penetraba profundamente en sus pulmones. Y el terror se aferró a su garganta.

¿Había ganado? No había hecho nada. Las naves enemigas no habían huido de él, sino de la Patrulla; y había sido Waskewicz, *Waskewicz*, quien se había apoderado del control de sus manos en el momento crucial. Waskewicz había ganado, no él. Había sido el banco de memoria. ¡El banco de memoria y Waskewicz!

La sala de control se balanceó a su alrededor. Le habían traicionado. No se había ganado nada. Nada se había conquistado. No era ningún amigo el que, por fin, había logrado atravesar su concha solitaria para salvarle, sino la parte que absorbió su mente y, a través de la dominación del recuerdo, le había devuelto la cordura. El banco de memoria y Waskewicz se habían apoderado de él férreamente.

Dejó el vaso de café y se levantó. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la bota. Una cólera incandescente, que surgía de lo más profundo de su ser, refulgió y lo consumió. *Títere*, le dijo la voz burlona de su mente consciente, susurrándole al oído. ¡*Títere!*

¡*Baila, Títere! ¡Baila al compás de las cuerdas que se mueven y te dirigen!*

—¡No! —aulló.

Conducido por una ardiente oleada de cólera, que había derretido la última huella de miedo en su interior como si se tratara de la escoria de acero líquido, se volvió para enfrentarse con su torturador, lanzando su mente de vuelta a la vida de Waskewicz, prisionera en el banco de memoria.

Voló a través de los recuerdos remolineantes, persiguiendo un punto de contacto, con el único deseo de enfrentarse con su predecesor, de estar cara a cara con Waskewicz. Seguro que, en todos los años que había pasado en el Puesto, el otro debía haber dedicado algún pensamiento al hombre que debería sustituirle. Deja que Jordán descubra ese punto, allí donde la influencia es más fuerte, y decida la cuestión, por cordura, por vergüenza o por orgullo, de una vez por todas.

—¡Hola, Hermano!

Las palabras amistosas salpicaron su ardiente furia como si fueran agua fresca. Él —Waskewicz—, permanecía delante del espejo del dormitorio y su rostro miraba al hombre que era él mismo y que, aún así, también era Jordán.

—¡Hola, hermano! —repitió—. Quienquiera que seas y dondequiera que te

encuentres. ¡Hola!

Jordán miró a través de los ojos de Waskewicz, al rostro reflejado de Waskewicz; y se trataba de una cara amistosa, la cara de un hombre como él mismo.

—Esto es lo que no te cuentan —comentó Waskewicz—. Esto es lo que no te enseñan en el entrenamiento... el mensaje que, tarde o temprano, cada oficial de Puesto deja para el hombre que le sucederá.

»Es el credo del Puesto. *No estás solo*. Sin importar lo que ocurra, *no estás solo*. En el extremo más alejado del imperio, enfrentándose a las razas desconocidas y a las infinitas profundidades del universo, esto es lo único que te protegerá contra cualquier peligro. Mientras lo recuerdes, nada te podrá afectar, ni atacar, ni derrotar, ni matar. Activa una pantalla de tu perro más alejado y amplía la imagen todo lo posible. Allí, en los límites de tu visión, podrás ver al perro de otro Puesto, de otro hombre que mantiene la Línea detrás de ti. A lo largo de toda la Frontera, hay Puestos de Vigilancia, que forman una cadena de acero para proteger a los Mundos Interiores y a la gente menuda que vive allí. Ellos tienen sus vidas y tú la tuya; mantener la vigilancia.

»No es fácil hacerlo; y ningún hombre puede enfrentarse solo al universo. Pero... *¡no estás solo!* Todos aquellos que, en este momento, vigilan la Línea, se encuentran contigo; y también todos los que alguna vez han vigilado la Línea. Ya que ésta es nuestra nueva inmortalidad; nosotros, que protegemos la Línea, no nos paramos con la muerte, sino que vivimos en los Puestos que hemos ocupado. Estamos en sus pantallas, en sus consolas, en su banco de memoria, en los mismos huesos y tendones de su cuerpo de acero. *Nosotros somos el puesto*, tus hermanos de acero que luchan y viven y mueren contigo y que, finalmente, te dan la bienvenida a nuestra comunidad cuando para tu “yo” personal la luz haya desaparecido para siempre, y cuando aquello que era lo individual de ti no es nada más que cenizas frías que vagan en la eternidad del espacio. *Estamos contigo y en ti, y no estás solo*. Yo, que en una ocasión fui Waskewicz, y que ahora formo parte del Puesto, te dejo este mensaje, tal como me lo dejó a mí el hombre que mantuvo este Puesto antes que yo, y tal como se lo dejarás tú al hombre que te siga, y así sucesivamente a lo largo de los siglos, hasta que nos hayamos convertido en una raza antigua y ya no necesitemos nuestro escudo de cerebros y acero.

«¡Hola, hermano! ¡No estás solo!».

Entonces, cuando las seis naves de la Patrulla Veinte se posaron en la pista de aterrizaje del Puesto, el hombre que les esperaba para darles la bienvenida, tenía en su pecho algo más que la estrella de batalla que indicaba que era un veterano. Porque había hecho algo más que ganar una batalla. Había encontrado su alma.

**FIN**





Gordon Rupert Dickson nace en Edmonton, Alberta (Canadá) el 1 de noviembre de 1923 y a la edad de 13 años se muda a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir. Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971. Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai!*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.